

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso de la trampa peligrosa

ERLE STANLEY GARDNER



La trama de esta novela es sencilla y complicada. El caso comienza con una jugada y una aparente trama en una gran empresa donde uno de los socios se mueve estratégicamente en la batalla por el control de la Multinacional.

Una lucha de egos, un caso de identidad equivocada y una mujer asesinada. Un caso en el que existen muchos casquillos de bala y muchos agujeros, con el añadido de que todo ha sido observado por el operador del ascensor. Un caso fino en el que Perry Mason muestra la importancia de interpretar correctamente las pruebas circunstanciales.

La imprudencia de Conway al ir a una habitación en un hotel para recibir un documento sobre una empresa competidora, le trae mala suerte. Cuando entra, una mujer medio vestida actúa sorprendida, y le apunta con una pistola. Conway la desarma y se va; pero encuentra una bala descargada.

Pensando que esto era una trampa para atraparlo, consulta a Perry Mason, que junto a Paul Drake regresan a la habitación y… ¡Encuentran el cuerpo de otra joven!

Perry Mason y Paul Drake deben trabajar rápidamente para investigar los hechos, las pruebas y todas las circunstancias que sirvan para limpiar la reputación del cliente de Mason.

Una atípica novela de Perry Mason, una novela de misterio en la que el abogado recibe y reúne información y pruebas de los hechos para que al final de la novela encuentre una ingeniosa e inesperada solución al desconcertante misterio.

Desconcertante misterio que entretiene hasta la última página. Una búsqueda exhaustiva de pruebas y evidencias circunstanciales son la mejor evidencia, pero… ¿Quién mejor que Perry Mason para interpretarlas?



Erle Stanley Gardner

El caso de la trampa peligrosa

Perry Mason - 54

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Daring Decoy*
Erle Stanley Gardner, 1957
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Jerry Conway abrió el diario por la página seis y, como los días anteriores, encontró el artículo que tanto le irritaba.

Bajo el título «LIGA DE SOCORRO A LOS ACCIONISTAS», Conway releyó los ataques que le lanzaban desde hacía más de una semana:

> *Accionistas de la Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas, ¿qué hace Jerry Conway por ustedes? Nada. Desean ganar dinero para ustedes mismos, para sus hijos, para sus herederos. Ahora bien, ¿qué reciben? Muy poco. Aparte de un golpe de suerte, Jerry Conway no actúa. Pretende que «construye para el porvenir». Pero ustedes desean que su dinero fructifique inmediatamente. No dentro de cinco, de diez o de veinte años.*
>
> *En tales condiciones, envíen sus poderes a Gifford Farrell, a cargo de la «Liga de Socorro a los Accionistas». En seguida verán cómo Farrell se pone en acción. ¡Será muy diferente que las promesas, de Conway!*

Asqueado, Conway cerró el periódico. Hubiese debido desconfiar de Farrell desde el principio. Este había sido expulsado de la Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas, pero esto no impedía que encontrase elementos para entablar la lucha con vistas a apoderarse de los puestos de mando de la citada compañía.

¿Quién podía pagar aquellos artículos? A Conway le hubiese gustado saberlo para poder pagar a su vez. Pero si quería triunfar en su promesa de compra de vastas concesiones petrolíferas, necesitaba ante todo actuar disimuladamente, sin demasiada publicidad, para

evitar el alza de precios de los terrenos que ambicionaba. Y los artículos periodísticos constituían una mala publicidad.

Por lo demás, hubiese resultado interesante saber qué porcentaje de las acciones representaban los poderes reunidos por Farrell, con la intención, seguramente, de intervenir en el curso de la próxima reunión de accionistas, que era inminente.

Jerry Conway estaba entregado a estas reflexiones cuando el teléfono empezó a sonar. Descolgó.

—Jerry Conway al aparato —contestó.

—Señor Conway —dijo una voz suave de mujer, de inflexiones lentas—, es necesario que le hable. Tengo informes confidenciales muy interesantes para usted.

—Mañana a las nueve estaré en mi despacho…

—No puedo ir. Me vigilan. Es preciso que le vea a solas en un lugar ignorado por todos, donde estemos seguros de no ser molestados.

—¿Conoce un lugar así?

—Sí. Vaya esta noche al Motel Apex, en el Sunset Boulevard. Reserve una habitación a su nombre y encienda la luz eléctrica. No cierre con llave la puerta, y poco después de medianoche yo…

—Es inútil —interrumpió Jerry—. No iré.

—¿Por qué?

—Esta noche tengo un compromiso.

—Entonces, ¿mañana por la noche?

—Me temo que tampoco podré.

—¿Es que tiene miedo de mí?

—En estos momentos estoy viviendo en una casa de cristal, y no puedo actuar libremente.

—Muy bien. No puedo proseguir la conversación. Me llamo digamos, Rosalind. Necesito verle para darle informes que le permitirán asegurar la protección de sus accionistas, de usted y de su compañía. Giff posee muchas más acciones de las que puede usted imaginar. Además, es un peligroso adversario contra el que debería emprender una contraofensiva.

—Lo siento mucho, pero hay ciertos asuntos que no puedo discutir ni por teléfono ni a través de la prensa. Después de todo, los accionistas deben confiar en alguien, o de lo contrario nos encontraremos en el arroyo. Las acciones de mi compañía han

doblado su valor desde el año pasado, y tengo buenos motivos para creer que no se detendrán aquí…

—Válgame Dios —exclamó la voz femenina—, no es necesario que me haga su propio elogio. Sé que Giff Farrell es un ladrón. Quiere apoderarse del dominio de su compañía, para que él y sus amigos puedan, dedicarse a sus pequeñas marrullerías. Por esto, precisamente, quiero comunicarle lo que sé.

—Escríbame.

—No. Y si conociese usted mi información, comprendería que corro cierto peligro con sólo telefonearle.

—¿Qué peligro?

—Sencillamente, el de ser asesinada —exclamó ella con ira.

Y colgó bruscamente.

Al día siguiente, poco después de las once de la mañana, ella volvió a llamar y, al oír la voz de Rosalind, Jerry tuvo otra vez la impresión, al igual que la víspera, de que aquella voz le era familiar.

—Buenos días, señor Conway —saludó ella.

—Buenos días, Rosalind.

—¿Sabe que le sigue un detective perteneciente a una agencia privada muy buena? La citada agencia no vacila en contratar, a veces, a asesinos. Vigile mis pasos.

—Gracias por el aviso.

—Sin embargo, es urgente que nos veamos. Por lo tanto, he imaginado un plan. Sé que el detective que le sigue no es hombre peligroso. Pero en el asunto interviene otro hombre llamado Baker. Este es muy aficionado a manejar el revólver. ¿Va usted armado?

—¡Válgame Dios, no!

—Pues bien, consiga un permiso para llevar armas. No le costará demasiado identificar al detective privado. Baker, ya es otra historia. En la actualidad circula al volante de un coche negro antiguo, con una placa de matrícula que tiene una esquina torcida. No se fíe de él a ningún precio.

»Esas personas son unos ladrones y no actúan con honradez. Mientras tanto, usted piensa en una lucha leal, y actúa en consecuencia.

»Además, no diga a nadie, en absoluto, que yo le he telefoneado. No hubiese debido facilitarle el nombre de Rosalind, pero yo

también prefiero poner las cartas boca arriba.

—Desearía que me precisara de qué naturaleza son sus informes.

—Bien, puedo decirle, con exactitud, la cantidad de acciones de que disponen sus adversarios. Y, si podemos vernos, le facilitaré nombres. Pero si cualquiera de estas informaciones fuese divulgada, sabrían de dónde procede y me vería en peligro… ¡Oh, oh!

El teléfono fue colgado y la línea quedó libre. Cuando fue a almorzar, Jerry Conway lanzó frecuentes ojeadas a su retrovisor, pero no vio nada extraordinario.

A las dos y media, Rosalind volvió a llamar. Esta vez parecía asustada.

—Señor Conway —suplicó—, procure verme o de lo contrario su compañía está arruinada.

—¿Por qué actúa así?

—Porque quiero que Giff Farrell y su banda de ladrones se mantengan apartados de la Compañía. Además, tengo que saldar una pequeña cuenta personal.

—¿Con quién?

—¡Haga funcionar un poco su cerebro!

—Dígame, Rosalind, ¿no podría enviar a uno de mis empleados para verla…?

—No —repuso ella—, es con usted, el presidente de la compañía, con quien quiero hablar. Sólo tengo confianza en usted. Si tiene miedo de verme, llegaré a la conclusión que lo que dice Giff Farrell sobre usted es cierto.

—Escuche —dijo Conway, adoptando una repentina decisión—, vuelva a llamarme dentro de quince minutos. Ahora no puedo comprometerme, pero si me telefonea otra vez, tal vez podré. ¿Lo hará?

—Sí.

Conway llamó a su secretaria.

—Señorita Kane, la joven que acaba de llamarme, me volverá a telefonear dentro de quince minutos. Hemos de entrevistarnos con el mayor secreto. Pero quiero que escuche usted la conversación y la anote taquigráficamente, de modo que, si hubiese necesidad, pueda repetir fielmente todo lo que haya oído.

—De acuerdo —dijo Eva Kane, sin alterarse—. ¿Quiere que anote solo las palabras de la señorita que llamaré o la conversación

entera?

—Toda la conversación. Tan pronto haya colgado, páseme a máquina la conversación. Podría, incluso, si el caso lo requiere que le pidiese que haga una declaración jurada.

—Muy bien —convino Eva Kane, saliendo del despacho.

Jerry Conway se puso a pasear por su despacho como un león enjaulado, y cuando sonó el timbre del teléfono corrió hacia el aparato.

—¿Oiga? —dijo la voz tranquila de Eva Kane—. Una joven que se llama Rosalind desea hablarle.

—¿Está dispuesta, señorita Kane?

—Sí, señor Conway.

—Entonces, páseme la comunicación.

—¿Oiga? —dijo la voz suave—. ¿Señor Conway?

—¿Rosalind?

—Bueno, ¿cuál es su respuesta?

—Estoy dispuesto a que nos veamos, pero debo tomar ciertas precauciones contra una posible encerrona.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Rosalind—. ¡Es usted soltero, sin hijos y tiene treinta y seis años! ¿Qué teme? Por las tardes, el detective que le sigue termina su servicio a las cinco y media. Sin que los dos hombres se vean, otro le sustituye, presentándose a veces con algunos minutos de retraso. Es un riesgo que hay que correr. Esta tarde, a las cinco y media en punto, coja su coche, enfile el Sunset Boulevard en dirección oeste, doble por Vine y después, una vez en el Hollywood Boulevard, tuerza a la izquierda y siga hasta Ivar. Allí siga hacia la derecha. Desde entonces, pase los semáforos en el momento en que pasen al rojo, y no aparte la vista del retrovisor. Tome los virajes bien cerrados y asegúrese de que no le vigilan. Creo que puede conseguirlo. Cuando esté seguro de que ningún coche le sigue, vaya al Establecimiento Empire, en la esquina del Sunset Boulevard y de la Avenida La Brea. En el interior verá tres cabinas telefónicas. Entre en la que queda más lejos de la puerta de entrada. A las seis y cuarto en punto, si ha podido usted despistar a sus perseguidores, sonará el teléfono y recibirá nuevas instrucciones. En caso contrario, el teléfono callará.

—Caramba —dijo Conway—. Cualquiera diría que nos encontramos en plena conspiración.

—Así es —repuso Rosalind—. Y si le interesan mis informes, siga estas indicaciones.

Colgó.

Unos minutos más tarde, Eva Kane entró en el despacho de su jefe y le entregó unas cuartillas mecanografiadas. Conway las recorrió con la mirada.

—Perfecto —comentó.

—Señor Conway —rogó con tono suplicante la señorita Kane—, ¡no vaya!

Jerry contempló con sorpresa a su secretaria.

—Ya sé que no es partidario de los contactos humanos —prosiguió, ella—. Para usted, no soy más que una máquina. Y, sin embargo, conozco sus dificultades y deseo que salga vencedor de la batalla…

—¡No me tenía por tan inaccesible! —protestó Conway.

—No quería decir eso —explicó la secretaria, sonrojándose—. No interprete mal mis palabras… Usted se limita, simplemente, a las relaciones de trabajo. Sé que me estoy propasando, pero se lo suplico, no acepte las proposiciones absurdas de esa mujer. Es una trampa.

—¿Cómo lo sabe?

—Es evidente que, si tuviese informes tan importantes, le bastaría con escribírselos en un pedazo de papel, meter éste en un sobre y enviárselo por correo. ¡Todo este misterio es para atraerle mejor!

—Tal vez —reconoció Conway—, pero no puedo ignorar los informes que esta mujer parece poseer.

—Entonces, ¿irá?

—Sí.

—Otra cosa —insistió la señorita Kane—. Me ha llamado la atención la voz de esa mujer. Tengo la impresión de haberla oído ya.

—Yo también. Tiene una pronunciación muy especial.

—Exactamente. Seguramente, ya ha venido por aquí. Disimulaba el timbre de su voz, pero no ha pensado en el ritmo de las palabras. Los dos la conocemos, y el hecho de que disimule su identidad me parece, todavía más sospechoso.

—Sin embargo, acudiré a la cita.

—Muy bien, señor Conway —dijo fríamente la señorita Kane, otra vez dueña de sí misma.

Conway sincronizó su reloj con la hora de la radio y abandonó su despacho a las cinco y media en punto. Actuó según las instrucciones recibidas, sin observar ningún vehículo sospechoso y a las seis y cinco entró en el establecimiento Empire, dirigiéndose a la cabina telefónica que se le había indicado.

A las seis y doce, sonó el teléfono, Conway descolgó.

—¿Señor Conway? —preguntó una voz femenina bien timbrada.

—Sí… No hablo con Rosalind, ¿verdad?

—No haga preguntas. Rosalind debe tomar precauciones para deshacerse de las personas que la vigilan. He aquí lo que debe hacer. Cuando haya colgado, coja su coche y vaya al Hotel Redfern. Deje su coche en el aparcamiento, entre en el hotel y diríjase al recepcionista haciéndose pasar por Gerald Boswell. Diga que espera una carta y el empleado le entregará un sobre. No le de propina, vaya al *hall* y abra el sobre. Entonces sabrá lo que debe hacer.

Sin añadir nada más, la mujer colgó.

Conway siguió al pie de la letra las instrucciones recibidas y se encontró en el interior del hotel Redfern.

—¿Tiene usted un mensaje a nombre de Gerald Boswell? —preguntó al recepcionista.

Este pareció vacilar, pero luego se volvió y cogió un montón de cartas, que empezó a examinar.

—¿Boswell? —dijo el recepcionista—. Boswell. ¿Qué nombre?

—Gerald.

—De acuerdo… Gerald Boswell. Aquí tiene, señor.

El empleado alargó un grueso sobre oscuro a Conway, que lo cogió mientras el corazón le latía con fuerza. ¡Tal vez contenía la lista, tan deseada, de los accionistas que se hablan pasado al bando de Farrell!

Se dirigió a un rincón del hall, se sentó en una butaca de cuero algo deslucido y echó una ojeada a las demás personas que se encontraban allí. Nadie parecía prestarle la menor atención. Conway sacó un cortaplumas del bolsillo y abrió, con cuidado, el sobre. Con gran sorpresa se encontró que estaba lleno de papel de periódico, en medio del cual había una llave con una etiqueta que decía: «Hotel Redfern, número 729». Si hubiese hecho caso de su

prudencia, Conway se habría marchado, inmediatamente, pero, después de reflexionar, pensó que los informes debían ser, verdaderamente, importantes para obligar a tomar tantas precauciones. Volvió a meter en el sobre los pedazos de periódico, lo tiró todo a la papelera y se dirigió hacia los ascensores.

La joven que manejaba el ascensor, no le concedió ni una sola mirada, absorta, completamente, en la lectura de una novela barata.

—Séptimo piso —indicó Conway.

El ascensor arrancó, luego se detuvo y Conway salió al pasillo.

El hotel, un establecimiento de segunda categoría, mostraba un lujo vulgar: las alfombras eran delgadas y la iluminación deficiente.

Al llegar ante la puerta del 729, Conway llamó. Nadie acudió a abrir. Volvió a llamar, también sin resultado, y después de una ligera vacilación metió la llave en la cerradura. La puerta se abrió suavemente. Conway distinguió una habitación normal, con dos camas gemelas. La puerta del cuarto de baño estaba cerrada.

—¿Hay alguien? —gritó Conway.

Cerró la puerta y empezaba a examinar la habitación cuando una joven apareció canturreando, procedente del cuarto de baño. No había visto a Conway. Llevaba el cabello envuelto en una toalla, mientras que una máscara de belleza cubría su rostro con una espesa capa de barro marrón. Tenía una silueta excitante e iba escasamente tapada.

Conway la contemplaba con ojos sorprendidos cuando ella lo vio de repente. Abrió la boca como si se dispusiera a gritar.

—¡Un momento! —atajó, rápidamente, Conway avanzando un paso en dirección a la joven—. Déjeme que le explique. ¿Usted no es Rosalind?

—Soy Mildred, su compañera de habitación. Y usted, ¿quién es? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Rosalind me ha entregado su llave. Tengo que verla aquí. Escúcheme, Mildred, y no tenga miedo. No le causaré ningún daño. Vístase. Esperaré a que llegue Rosalind.

—Pero, ¿por qué tenía que entregarle su llave? Esto no es propio de ella. Y además, ¿debo creerle? ¿Quién es usted?

—Rosalind tenía que entregarme una serie de documentos importantes.

—¿Documentos importantes? —repitió la joven—. Déjeme

reflexionar.

Se dirigió con pasos rápidos hacia una mesa y Conway tuvo la impresión de que veía actuar a una actriz que desempeñaba perfectamente su papel. La joven abrió un cajón del mueble, metió la mano y volvióse bruscamente, empuñando un revólver.

—¡Eh, oiga! —exclamó Conway—. Aparte esta arma. ¡Podría dispararse!

—¡Arriba las manos! —ordenó la joven con voz temblorosa de miedo.

—Vamos —dijo Conway—, no sea estúpida. El disparador del revólver está levantado, y la menor presión en el gatillo… ¡Deje esta arma de una vez!

En lugar de obedecer, la joven avanzó en dirección a Jerry, sin dejar de empuñar el revólver con mano temblorosa.

—¡Arriba las manos! —repitió—. ¡Voy a hacer que le metan en la cárcel!

Conway la dejó adelantar otro paso y luego, con un ademán brusco, cogió la muñeca de la joven con su mano izquierda mientras que con la derecha se apoderaba del revólver. Bajó, con cuidado, el seguro y se guardó el arma en el bolsillo.

—¡Pequeña estúpida! —dijo—. ¡Hubiese podido matarme!

Ella retrocedió y se dejó caer en un sofá, muda de terror.

—Tranquilícese —prosiguió Conway—. Le repito que no le haré ningún daño. No he venido para crearle preocupaciones. Solamente necesito que Rosalind me entregue ciertos documentos. ¿Me comprende?

—No me toque —dijo ella—, y si promete no hacerme daño, obedeceré todas sus órdenes… Pero no me haga daño. Tengo el bolso encima de la mesa. Coja todo lo que hay dentro. Pero no me…

—¡Cállese! —ordenó Conway—. Me marcho. No se acerque al teléfono antes de cinco minutos, y no diga a nadie que me ha visto aquí, con excepción de Rosalind. ¿Comprende?

Ella seguía mirándole con ojos extraviados bajo la mascarilla de barro.

Conway se dirigió, rápidamente, hacia la puerta, la abrió, la cerró de golpe y fue hacia la escalera, indicada por una flecha roja. Bajó dos pisos y, al llegar al quinto, fue a tocar el timbre del

ascensor, le pareció que esperaba un siglo, después la puerta se abrió y Conway penetró en la cabina, con el corazón tembloroso de emoción.

La ascensorista oprimió los botones y, siempre sin mirar a Conway, dijo:

—¿Ha bajado dos pisos a pie? Extraña idea.

Maldiciéndose interiormente por su estupidez, Conway se abstuvo de contestar. Abandonó el hotel sin atreverse a entregar al recepcionista la llave del 729. Una vez en la calle, se dirigió hasta su coche, abrió la portezuela, se instaló al volante, sacóse del bolsillo el revólver de calibre 38, con el fin de dejarlo en el compartimiento para los guantes, pero luego cambió de idea y abrió el cargador. Dentro había cinco cartuchos llenos y uno vacío. Conway cerró el tambor y acercó el cañón del arma a su nariz. Inmediatamente, reconoció el olor de pólvora quemada. Muy asustado, Conway metió el revólver en el compartimiento y arrancó rápidamente.

Al llegar ante una cabina telefónica, se apeó, buscó en el listín el número de Perry Mason, abogado y le llamó:

—Oye usted un mensaje registrado —dijo una voz—. Si necesita, imprescindiblemente, al señor Perry Mason llame al despacho de la agencia Drake. Entonces, facilite su nombre, su dirección, el motivo de su llamada y el señor Mason será avisado con la máxima rapidez posible.

Capítulo 2

El teléfono se puso a tocar en casa de Perry Mason. Solo dos personas conocían aquel número: Della Street, la secretaria particular del abogado, y Paul Drake, director de la agencia de investigaciones que llevaba su nombre.

Mason, que se disponía a salir, cogió el auricular.

—Perry —dijo Paul Drake—, tengo un problema para ti. ¿Has seguido la lucha de la Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas con Gifford Farrell?

—Sí, vagamente.

—Jerry Conway, presidente de la compañía está hablando conmigo por otro teléfono. Parece muy excitado, pretende que le han atraído a una trampa y quiere verte inmediatamente.

—¿Qué clase de trampa? ¿Tentativa de corrupción, o…?

—No lo sabe. Pero tiene en su poder un arma que se ha utilizado recientemente. Solo te lo explico a grandes rasgos porque Conway se muestra un poco incoherente. Sin embargo, puedo asegurarte que su historia es lo bastante extraordinaria como para interesarte. Además, pretende que el asunto de los honorarios es secundario. Quiere acción inmediata.

—¿Dónde ha conseguido ese revólver?

—Pretende haberlo arrancado de manos de una mujer, en la habitación de un hotel.

—¿Era él quien había llevado a la mujer a ese sitio?

—Afirma que no. Asegura que le han entregado una llave de la habitación, que ha subido, que la mujer lo ha amenazado con el arma y que él ha conseguido quitársela. Ha sido después de abandonar el hotel cuando ha observado que se había disparado una bala, y, ahora, teme las consecuencias de esta historia.

—¡Vaya barullo!

—Es lo que yo pienso. Si ese tipo es detenido y piensa justificarse con tales fábulas, lo menos que puede hacerse es aconsejarle que imagine una defensa mejor.

—Pregúntale si puede depositar inmediatamente mil dólares como anticipo de honorarios —ordenó Mason—. Si dice que sí, allá voy.

—Entendido, Perry, voy a preguntárselo.

Unos segundos más tarde, Mason volvió a oír la voz de Drake.

—Conway dice que puede depositar dos mil dólares. Tiene un miedo cerval.

—Muy bien. Dile que acuda a tu despacho y que te extienda un cheque de mil dólares. Ten a mi disposición a dos de tus hombres, para un caso de necesidad. Hasta ahora.

* * *

Cuando Mason penetró en el despacho de Paul Drake, Conway se sobresaltó.

—Señor Mason —dijo a quemarropa—, estoy acorralado. Ignoro hasta qué punto, pero estoy librando una batalla cuyos resultados se cifran en millares de dólares, y mis adversarios no retroceden ante ningún golpe bajo.

Drake alargó un cheque a Mason.

—¿Tienes dispuestos a tus hombres, Paul? —preguntó Perry Mason.

—Sí —repuso el detective.

Colocando una silla en medio del despacho, el abogado se sentó a horcajadas, apoyó los codos en el respaldo y clavó su mirada en Jerry Conway.

—Adelante —ordenó—. Le escucho.

—No disponemos de mucho tiempo —dijo Conway—. Lo que ha pasado, pasado está…

—Es inútil andar con rodeos —interrumpió el abogado—. Necesito conocer su historia desde el principio.

Conway le relató los hechos y cuando hubo terminado lanzó un suspiro de alivio.

—¿Dónde está el revólver? —preguntó Mason.

Conway se sacó el arma de un bolsillo.

—Abra el tambor —ordenó el abogado.

Conway obedeció.

—Vuélvalo de manera que le dé la luz de lleno, y saque el cartucho vacío.

Conway siguió, de nuevo, las instrucciones y Mason se inclinó para olfatear el cañón del arma y el cartucho disparado.

—Muy bien —indicó—. Vuelva a meter el cartucho en el tambor, y el arma en el bolsillo. ¿Dónde está la llave de la habitación del hotel?

—En mi cartera.

—Démela.

Conway alargó el objeto al abogado, que lo examinó y se lo guardó en un bolsillo de su americana.

—Paul —dijo Mason, volviéndose hacia Drake—. Vas a venir conmigo.

—¿Y yo? —preguntó Conway—. ¿Qué hago?

—Usted se queda aquí.

—¿Y el revólver?

—¡No se preocupe!

—¿Debo avisar a la policía?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—De momento ignoramos de lo que se trata. Hábleme de la mujer que ha visto. ¿Parecía verdaderamente asustada, o desempeñaba un papel?

—Temblaba mientras sostenía el revólver.

—Cuando ha salido del cuarto de baño, ¿llevaba solo pantalones y sostén?

—Sí.

—¿Está bien?

—¡Ya lo creo!

—¿Parecía incómoda por su indumentaria?

—Ejem… Yo diría que sobre todo tenía miedo. Ni siquiera ha tratado de vestirse.

—¿Qué edad?

—Probablemente, unos treinta años.

—¿Rubia, morena o pelirroja?

—Lo ignoro. Llevaba el cabello envuelto en una toalla. Solo he visto bien su cuerpo, desde el cuello hasta los pies.

—¿Color de los ojos?

—Con aquella mascarilla de barro, no he podido observarlo.

—¿Llevaba anillos?

—No me he fijado en este detalle.

—¿De dónde ha sacado el revólver?

—Me parece que de un cajón de la mesa.

—¿Se parecía su voz a la de Rosalind?

—No. La máscara de barro se había resecado y hablaba con cierta dificultad. Pero, de todos modos, la voz de Rosalind es distinta. Además, ya la he oído en más de una ocasión.

—Así, según usted, la joven del hotel no puede ser Rosalind.

—No lo creo.

—Pero, ¿no está seguro?

—No estoy seguro de nada.

—Aguarde aquí, hasta que tenga noticias mías… En marcha, Paul.

Mason se puso en pie y se dirigió hacia la puerta seguido de Paul Drake. Ambos subieron al coche del abogado y pronto llegaron al Hotel Redfern.

—¿Te darás a conocer? —preguntó Paul.

—No. Voy a permanecer en segundo plano. En cuanto a ti, pregunta al recepcionista si tiene un mensaje a nombre del señor Boswell. De esta manera, veremos si el empleado se acuerda claramente de Conway, pues en tal caso te hará preguntas. Entonces puedes decirle quien eres. Después, ya veremos.

—¿Y si no se acuerda?

—En tal caso, háblale el tiempo suficiente para que no te olvide. Si más adelante vienen a preguntarle la descripción de un tal Boswell, esto le armará un lio.

—Y si verdaderamente hay un Boswell inscrito en el registro del hotel, ¿qué hacemos?

—Ante todo, telefonearemos solicitando hablar con Gerald Boswell. Si no está, subiremos a la habitación 729, y le echaremos una ojeada.

Los dos hombres entraron en el hall del *Redfern*. Mason se dirigió a una cabina telefónica y solicitó hablar con el señor Gerald

Boswell.

—No hay nadie en la habitación del señor Boswell —declaró la telefonista al cabo de un momento—. No contestan.

Mason salió y fue a reunirse con Drake.

—Te toca a ti, Paul —dijo, entregando al detective la llave del 729.

Drake se dirigió al recepcionista.

—¿Tiene correspondencia a nombre de Boswell? —preguntó Drake.

—¿Cuál es el nombre completo?

—Gerald Boswell.

El recepcionista se acercó al casillero marcado con una B y sacó varias cartas que empezó a examinar. Se detuvo bruscamente, contempló a Paul Drake.

—Ya ha venido usted antes, ¿verdad, señor Boswell? ¿No le he entregado un sobre?

Drake sonrió amablemente.

—Digamos que me interesa saber si ha habido algún mensaje reciente.

—Estoy seguro de que no. Le he entregado un sobre y no ha habido nada más.

—¿Quiere asegurarse?

El recepcionista obedeció, luego miró de nuevo a Paul Drake.

—Discúlpeme, señor Boswell —dijo—, pero, ¿tiene algún documento que le identifique?

—Desde luego —dijo Drake, enseñándole la llave de la habitación 729.

—¿729?

—Eso es.

El empleado ojeó el registro de clientes y se deshizo en excusas.

—Le pido perdón, señor Boswell, pero tenía que asegurarme de su identidad. No hay nada para usted… ¿No ha enviado hoy a nadie para que se hiciese cargo del correo?

—¿Yo? —preguntó Drake, con aire sorprendido—. ¿Por qué? Soy lo bastante mayor para hacerlo solo.

—¿Le he entregado personalmente a usted una carta?

—Sí. En un sobre grande de color beige.

—Es verdad —convino el empleado, con alivio—. Por un

momento he temido equivocarme. Muchas gracias, señor.

—De nada, de nada —dijo Drake, que se guardó la llave en un bolsillo y avanzó hacia los ascensores.

Mason salió a su encuentro y los dos hombres penetraron juntos en la cabina. La ascensorista cerró el libro, conservando el punto con un dedo. En la cubierta, una mujer ligeramente vestida sostenía una conversación mundana con un hombre en traje de etiqueta.

—¿Piso? —preguntó.

—Séptimo —repuso Drake—. Ese librito suyo parece muy subido de tono.

—¿Hay alguna ley que impida leer lo que quiera?

—Seguramente no.

—Puede usted comprarlo por veinticinco centavos, si le apetece.

—¡Mucho! Pero veinticinco centavos son demasiado para mí.

La ascensorista lanzó una rápida ojeada a Drake y puso en marcha el ascensor.

Al llegar al séptimo, el ascensor se detuvo. Mason y Drake salieron, seguidos por la mirada de la joven.

—¿Vamos derechos al 729? —preguntó Drake en voz baja—. La chica nos observa.

—Seguro. Tanto mejor.

Mason se detuvo ante el 729 y llamó por dos veces, sin resultado. Drake sacó la llave del bolsillo y miró a Mason con aire interrogador. Este asintió con la cabeza y el detective introdujo la llave en la cerradura. La puerta se abrió sin ruido.

Mason entró el primero, pero, inmediatamente, hizo un brusco ademán de retroceso.

—¡He aquí por qué no contestaba nadie! —dijo.

En una de las camas gemelas yacía el cuerpo de una joven. El brazo izquierdo y la cabeza se encontraban al borde del colchón y una masa de cabellos rubios colgaba a lo largo del brazo. Iba vestida con un jersey ceñido, de color azul pálido, sobre el que aparecía, a la altura del corazón, una gran mancha de sangre. El brazo derecho tapaba el rostro, como si la muerta hubiese querido protegerse. La falda corta, levantada por encima de las rodillas, mostraba unas piernas con medias, que se cruzaban a la altura de los tobillos.

Mason se acercó, rápidamente, a la cama, buscó el pulso y tocó

ligeramente el brazo derecho. Este estaba rígido. Intrigado, rodeó la cama y fue a tocar el brazo izquierdo, que colgaba, fláccidamente.

—¡Válgame Dios, Perry! —exclamó Paul Drake—. ¡Nos hemos metido en un buen lio! ¡Hemos de llamar a la policía!

—Desde luego, Paul —dijo Mason, abismado en sus reflexiones.

Paul corrió hacia el teléfono.

—¡Aquí no! ¡Ahora no! —dijo Mason con tono seco.

—¡Pero es preciso! De lo contrario, nos acusarán de falta de cooperación con la policía y de ocultación de un crimen. Hemos de entregar a Conway a las autoridades y dejarle afrontar…

—¿Qué estás diciendo? —interrumpió Mason—. ¡Entregar a Conway a las autoridades! Él es mi cliente.

—Sí, pero está mezclado en esto.

—¿Qué sabes tú?

—Él mismo lo ha reconocido.

—En absoluto. Por lo que sabemos, cuando Conway se ha marchado de aquí no había ningún cadáver. De todos modos, no se trata de la misma mujer o, entonces, es que en el intervalo se ha vestido.

—¿Qué tienes intención de hacer? —preguntó Drake, inquieto.

—Nos vamos.

—Perry, he de pensar en mi licencia de detective. Pueden retirármela…

—Ni lo pienses. Soy yo quien manda. Tú sigue mis instrucciones y acepto toda la responsabilidad. ¡Vamos! ¡En marcha! Telefonearemos desde una cabina pública, donde estaremos más tranquilos. Pero ante todo, echemos una mirada a esto.

—No, Perry, o, en todo caso, no hay que tocar nada. ¡Lo sabes muy bien!

—Una ojeada no es tocar algo. La puerta del cuarto de baño está entreabierta. No veo equipaje ni ropa. Sin embargo, Conway nos ha explicado que la chica de la máscara iba en ropa interior y que ha asegurado ser la compañera de habitación de Rosalind. ¡Pero esta habitación me parece muy poco acogedora para que se la ocupe de manera continua!

—Perry, larguémonos —suplicó Drake—. ¿No ves que se trata de un golpe preparado, y que corremos el riesgo de convertirnos en víctimas? Si nos ven salir y pretendemos que vamos a avisar a la

policía, se burlarán de nosotros. Pero, ¿qué pasará si nos pescan registrando la habitación?

—Paul —dijo fríamente Mason—, no hubiese debido traerte conmigo.

Abrió la puerta de un armario vacío.

—Pero —añadió—, tienes razón. Es una trampa. Vayamos a telefonear desde abajo.

Cuando penetraron en el ascensor, la ascensorista los contempló con mirada inquisitiva, en especial a Paul Drake, quien, abstraído por sus pensamientos, ni siquiera lo notó.

Mason penetró en una cabina telefónica y marcó el número de Della Street.

—¿Diga? —contestó la joven.

—¿Estás vestida?

—Sí.

—Muy bien. Coge tu coche y corre al despacho de Paul. Encontrarás a un hombre que se llama Conway. Date a conocer e infórmale que deseo que se vaya contigo de manera que no puedan encontrarle.

—¿A dónde?

—A cualquier sitio, con tal de que no sea el hotel Redfern. Asegúrate de que se inscribe con su propio nombre. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—Otra cosa. Conway ha oído por teléfono una voz de mujer que le es familiar. Insiste para que trate de identificar esa voz. Es importantísimo. Cuando hayas hecho lo que te digo, regresa al despacho. Actúa discretamente y con rapidez.

Mason colgó, metió un níquel en el aparato y marcó el número de la policía.

—La Brigada Criminal —dijo—. Aquí, Perry Mason, el abogado.

—Un momento —dijo una voz masculina—. El sargento Holcomb está de servicio. Le pongo.

—¡Oh, oh! —dijo Mason.

—¿Qué hay, señor Mason? —saludó el sargento con forzada cortesía—. ¿Qué se le ofrece esta noche?

—Ante todo, pueden venir al hotel Redfern, habitación 729. Encontrarán el cuerpo de una joven tendido en una de las camas gemelas de la habitación. No he tocado nada, pero estoy casi seguro

de que ha muerto.

—¿Desde dónde llama?

—Desde la cabina telefónica del *hall* del hotel Redfern.

—¿Ha entrado en la habitación?

—Evidentemente. Todavía no soy clarividente. ¡Cuando le digo que hay un cadáver, es que lo he visto!

—¿Por qué no ha utilizado el teléfono de la habitación?

—No quería correr el riesgo de borrar huellas dactilares.

—Dentro de quince minutos estaré ahí.

—Le esperaremos. La habitación está cerrada con llave.

—¿Cómo ha entrado?

—Tenía llave.

—¡Ya!

—Le aseguro que sí.

—¿Quién ocupa la habitación?

—Un tal Gerald Boswell.

—¿Lo conoce?

—Por lo que sé, nunca le he visto.

—¿Cómo ha conseguido la llave?

—Me la han entregado.

—¡Espéreme en el hotel, y cuidado!

Mason colgó y fue a reunirse con Paul Drake, quien estaba hundido en un sillón.

—¿Qué diré a la policía? —gimió el detective.

—Déjame llevar la conversación —dijo Mason, flemático.

Al cabo de casi un minuto de espera, vieron que entraba un policía de uniforme, quien se precipitó hacia el recepcionista. Este señaló con el dedo a Mason y a Drake, y el policía se les acercó.

—¿Han sido ustedes quienes han denunciado la presencia de un cadáver en este hotel? —preguntó.

—Sí —repuso Mason.

—¿Dónde está?

—En la habitación número 729. ¿Quiere la llave?

—Les ruego que permanezcan aquí. En cuanto a mí, debo ir a sellar la puerta, esperando que lleguen los otros.

—Muy bien —dijo Mason—. Esperaremos.

—¿Es usted Perry Mason?

—Sí.

—¿Y éste?
—Paul Drake, detective privado.
Con un gruñido, el policía se apartó de ellos y se dirigió hacia el ascensor.
—Van a sacarnos toda la historia —dijo Drake.
—No, únicamente lo que hemos visto —corrigió Mason—. ¡No tenemos por qué ayudar a la policía con nuestras suposiciones!
—¿Qué vamos a hacer en relación con el nombre de nuestro cliente?
—De *nuestro* cliente, no —intervino Mason—. De *mi* cliente. Para ti no es nada. *Tu* cliente soy yo.
Se levantó, se dirigió hacia un escritorio, cogió un sobre en el que metió el cheque de mil dólares firmado por Conway, después cerró el sobre, escribió su propia dirección, le pegó un sello y fue a echarlo al buzón.
—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Paul Drake.
—Algún policía sería capaz de detenerme por uno u otro motivo y hacerme registrar —repuso Mason—. E, incluso, el sargento Holcomb sería capaz de establecer una relación entre este cheque de mil dólares y nuestra visita aquí.
—La policía es capaz de ir a mi despacho —dijo Drake—, y se encontrarán allí con Conway. ¡Vaya lío!
—No, ya no está allí.
—¡Ah, bueno! —murmuró Drake, con alivio—. ¡Para esto era tu primera llamada telefónica!
—Con la policía, no se puede dejar nada al azar y hay que facilitar indicaciones precisas. Es lo único que les interesa.
El recepcionista abandonó su puesto y se acercó a los dos amigos.
—¿Han sido ustedes dos quienes han denunciado a la policía la presencia de un cadáver en el 729?
—Desde luego —repuso Mason, como si la pregunta la sorprendiera.
—¿Por qué lo han hecho?
—Pues sencillamente, porque hemos descubierto el cadáver.
—¿Estaba con usted el señor Boswell cuando ha entrado en la habitación?
—¿Boswell? —preguntó Mason, sorprendido.

El recepcionista indicó con un ademán a Drake.

—Él no se llama Boswell —dijo Mason.

—Sin embargo, lo ha asegurado —exclamó el empleado.

—Es falso —corrigió el abogado—. Se ha contentado con preguntar si había un mensaje para el señor Boswell.

—Y yo le he pedido que se identificara.

—A lo cual —prosiguió el abogado—, él ha dejado la llave del 729 en el mostrador. Entonces, usted ha comprobado el registro, ha visto que dicha habitación estaba, efectivamente, reservada a nombre de Boswell. Satisfecho, no se ha atrevido a hacer ninguna pregunta más a este caballero.

La puerta del hall del hotel se abrió bruscamente, y el sargento Holcomb entró seguido de dos policías de paisano. Los tres se encaminaron hacia los ascensores, pero el sargento divisó a Mason y a Paul Drake y se desvió hacia ellos.

—Buenas noches, sargento —dijo Mason con tono cordial.

—¿Cómo es que está usted mezclado en este asunto? —gruñó el sargento, desdeñando corresponder al saludo.

—En interés de mi cliente, he ido a la habitación 729, para comprobar ciertas indicaciones.

—¿Cómo se llama el cliente?

—Confidencial —dijo Mason meneando la cabeza.

—Le advierto que si rehúsa contestarme se convierte en cómplice del asesino.

—Mi cliente no es culpable.

—¿Cómo lo sabe?

—No tiene importancia. Además, como estoy a cargo de sus intereses, no tengo por qué divulgar su nombre a nadie.

—Discúlpeme, sargento —intervino el recepcionista, señalando a Paul Drake—. Este señor es el cliente.

—Estúpido —dijo el sargento—. Este tipo es un detective particular que trabaja para Mason, y que éste ha debido hacer venir después de haber descubierto el crimen.

—Nada de eso, sargento —indicó el empleado—. Ha sido este señor el que ha enviado su secretaria a reservar una habitación aquí, y que ha venido varias veces a preguntarme si había algún mensaje para él.

—¿De qué se trata? —inquirió el sargento, furioso, encarándose

con Paul Drake.

—Este sujeto desvaría —dijo Drake.

—¡Su nombre! —exclamó el sargento, volviéndose hacia el recepcionista—. Y hábleme de esta historia de la habitación.

—Bob King —repuso el empleado—. Por lo que respecta a la habitación, hacia las dos de la tarde ha venido una joven, diciendo que era la secretaria del señor Gerald Boswell y que deseaba alquilar una habitación. Se ha declarado dispuesta a pagar, por anticipado, pues no llevaba equipaje y ha querido visitar la habitación para ver si convendría a su jefe. Me ha pedido dos llaves.

—¡Un momento! —interrumpió Holcomb—. ¡Está dando demasiados detalles en presencia de estos señores!

—Pero —protestó el recepcionista—, es usted el que…

—¡Cállese! Prefiero que me hable de Paul Drake, que está presente.

—Ha llegado esta tarde, hacia las seis y media, y ha preguntado si había, correo a nombre de Boswell. Le he entregado un sobre muy voluminoso.

—¿Está seguro de que ha sido Paul Drake quien ha recibido el sobre?

—Ejem… Sí, ha sido él.

—¿Qué ha hecho después?

—Sin duda habrá subido a la habitación, pero yo no me he fijado.

—¿Qué tiene que decir a esto? —exclamó el sargento, volviéndose hacia Paul Drake.

—Puedo responder por Paul —dijo Mason—. Creo que este empleado se confunde de persona.

—¡Desde luego! —exclamó el sargento—. Pero le aseguro que Drake ha subido a la habitación siguiendo órdenes suyas. Tal vez la chica se ha matado ante sus ojos, y él le ha enviado una llamada de socorro, Mason.

—Le repito, sargento, que el recepcionista comete un error.

—¡Bah! —exclamó el sargento—. Voy a subir a la habitación y haré buscar huellas dactilares…

—Hemos estado en la habitación —interrumpió Mason—. No hemos tratado de ocultarlo. Ha sido en ese momento cuando hemos descubierto el cadáver.

—¿Estaba Drake con usted?

—Sí.

—¿Qué es esa historia que cuenta el recepcionista acerca de que Drake le ha pedido si tenía correspondencia a nombre de Boswell?

—Hay parte de verdad en ello —dijo Mason—. Drake y yo teníamos buenos motivos para creer que la habitación 729 había sido reservada a nombre de Gerald Boswell. Drake se ha limitado a preguntar si había cartas a este nombre, sin pretender en absoluto que él se llamaba Boswell.

—Todo esto no me parece demasiado claro —aseguró el sargento—. Permanezcan aquí los dos. Tendré más preguntas que hacerles.

Después se dirigió, majestuosamente, hacia el ascensor.

—Paul —ordenó Mason—. Corre a telefonear. Moviliza, por lo menos, a seis de tus muchachos, si es posible.

—Claro que lo es. Pero, ¿qué tienes intención de hacer?

—¡Vaya pregunta! ¡Proteger a mi cliente!

—¿Y yo? ¿Qué papel desempeño?

—¿Tú? Voy a eliminarte, permitiéndote que expliques todo lo que sabes.

—¿Incluso el nombre de tu cliente?

—No puedo dejarle al margen del asunto. Se ha metido de cabeza en la trampa. Solo me queda una esperanza. Ganar tiempo, aunque solo sea unas cuantas horas.

—¿Qué harás entonces?

—Todavía no lo sé. Ve a telefonear. Paul, y convoca a los muchachos en tu despacho.

Mientras Drake obedecía, Mason encendió un cigarrillo y se puso a pasear por el hall reflexionando sobre lo ocurrido.

Drake acababa de salir de la cabina telefónica, cuando el sargento Holcomb se presentó de nuevo.

—Y ahora —dijo a los dos hombres—, dejémonos de bromas. Exijo que me lo cuenten todo.

—¡Pero si se lo hemos explicado todo! —repuso Mason—. Hemos entrado en la habitación, hemos visto un cuerpo y le hemos telefoneado.

—Esto ya lo sé, pero, ¿cómo es que han entrado ustedes en dicha habitación?

—Actuaba siguiendo las instrucciones de un cliente.

—¿De veras? ¡Su nombre!

—No puedo dárselo sin su permiso y, por desgracia, no podré ponerme en contacto con él hasta mañana por la mañana.

—No trate de hacerse el vivo. Una cosa es ser abogado y otra, muy distinta, convertirse en cómplice de un asesino.

—No me las doy de listo, pero no puedo traicionar la confianza que mi cliente ha depositado en mí. Es él quien debe adoptar las decisiones, no yo.

—Entonces, deme su nombre, y ya se defenderá él mismo.

—Imposible. Me comprometo a ir mañana por la mañana, a las nueve en punto, al despacho del fiscal del distrito, en compañía de mi cliente, que se someterá, voluntariamente, a un interrogatorio. En todo caso, puedo decirle una cosa concreta, sargento: cuando ha entrado en la habitación 729, mi cliente no ha visto ningún cadáver. En cuanto a mí, esperaba encontrar otra cosa.

—¿Qué?

—Una mujer.

—¿La muerta?

—No lo creo.

—Quiero ver, en el acto, a su cliente.

—Mañana, a las nueve de la mañana.

—Muy bien —dijo el sargento, furioso—, puesto que se niega a colaborar con nosotros, permítame comunicarle que su cliente no será tratado por nosotros con ninguna consideración.

—No nos interesa su consideración —dijo Mason—. Nos contentamos con exigir que se respeten nuestros derechos… ¡Vámonos, Paul!

Y, volviendo la espalda al sargento Holcomb, el abogado salió del hotel seguido por Drake.

Capítulo 3

Era un poco más de las ocho y media cuando Perry Mason, dejando a Paul Drake ante su despacho, torció por un pasillo en ángulo recto y llegó unte una puerta en la que se leía: PERRY MASON, ABOGADO PARTICULAR.

Mason introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y penetró en su despacho. Della Street estaba instalada en él, leyendo el diario.

Al ver al abogado, se levantó precipitadamente.

—Jefe —dijo—. ¿Se trata de un crimen?

—¡Por lo menos, hemos descubierto un cadáver!

—¡Malo!

—Se diría que nuestro destino es descubrir cadáveres.

—¿Quién es la víctima?

—Una hermosa muchacha, tendida en una cama… Pero háblame de mi cliente.

—Le he conducido al *Gladedell Motel*, a cuyo dueño conocemos un poco. El señor Conway se ha inscrito a su nombre. Tiene el *bungalow* 21. Luego me ha acompañado en coche hasta una estación de taxis y he vuelto aquí.

—¿Qué opinas de Conway?

—Es un tipo muy simpático, soltero, y que parece interesarse por las personas a quienes emplea. Me ha hablado de Giff Farrell. Este había trabajado en la Compañía, y Conway le ayudó a escalar los puestos hasta el cargo de subdirector. Entonces, Conway se dio cuenta de que Farrell trataba de hundirlo, propagando falsas noticias y utilizando informes secretos sacados de los archivos. Por lo tanto, Conway puso a Farrell de patitas en la calle, pese a que éste se defendió como gato panza arriba. Incluso hubiese conseguido convencer de su inocencia al consejo de administración,

si una de las secretarias, muy fiel a Conway, no hubiese aportado la prueba de que Farrell había facilitado informes confidenciales a una compañía rival, sólo para deshacer el plan de acción de Conway.

—Muy bien, Della —dijo Perry—. Puedes irte a casa. Voy a ver a Conway.

—Te espero aquí —repuso la joven—. Si necesitas cualquier cosa, telefonea. Prepararé café.

Mason sonrió y bajó a coger su coche. Luego condujo hasta el *Gladedell Motel.*

Cuando llamó, Conway acudió a abrir, tomando la precaución de mantenerse oculto. Mason entró y cerró cuidadosamente la puerta.

—¿Qué hay? —dijo Conway—. ¿Es muy mala la situación?

—Hable más bajo —ordenó Mason—. Las puertas son delgadas… Sí, la situación es muy mala. ¡Han descubierto un crimen!

—¡Un crimen! —exclamó Conway.

—¡Chitón! ¡Ya puede imaginarse que no le hubiese hecho venir aquí por una tontería!

—¡Vaya! ¿Quién es el muerto? ¿Farrell?

—No, una joven. Voy a hacerle una descripción muy detallada, y quisiera que me dijese usted si la ha visto alguna vez. Se trata de una rubia de veintiséis o veintisiete años, ojos azules, con un cuerpo de curvas algo exageradas, pero con una cintura muy esbelta. Iba vestida con un jersey azul claro y una falda del mismo color.

—Esto no me dice nada en absoluto —manifestó Conway, después de un momento de reflexión—. Pero puede tratarse de la muchacha que he visto. Llevaba la ropa interior de encaje negro. En cuanto a sus ojos, con la capa de barro que llevaba en el rostro, sólo he podido observar un detalle: tenía las córneas muy brillantes.

—Entre las jóvenes que conoce —insistió Mason—, ¿ninguna corresponde a la descripción que acabo de hacerle?

—¿Sabe que tengo a mis órdenes quince o veinte jóvenes? —dijo Conway con tono irritado.

—Bien —asintió Mason, con un suspiro—. Ocupémonos un poco del revólver.

Conway alargó el arma al abogado, que la examinó, anotando el número en su agenda.

—¿Va a intentar descubrir de dónde procede? —preguntó Conway.

—Exactamente. Otra cosa: ¿Cómo se llama su secretaria, y dónde vive?

—Eva Kane. Cloudcroft Apartments.

—Mañana a las nueve debe usted presentarse ante el fiscal del distrito, para explicarle su historia.

—¿Es verdaderamente necesario? ¿Qué diré?

—Yo estaré con usted. Vendré a buscarle aquí a las ocho. Discutiremos durante el trayecto.

—¿Por qué no puedo regresar a mi casa? —dijo Conway—. Necesito mi máquina de afeitar y ropa para cambiarme.

—Vaya a un *drugstore* abierto toda la noche y cómprese objetos de tocador. En cuanto a la camisa limpia; por esta vez tendrá que prescindir. Es inútil que vaya a su casa. Le han tendido una trampa, ¿no es así? ¿Quién le asegura que no tratan de obligarle a ocultarse durante tres o cuatro días para luego revelar a la policía el lugar en que se encuentra, a menos que sepan que ha acudido a mí, en cuyo caso tratarán de atraparle antes de que yo haya tenido tiempo de actuar?

—¡No querrá hacerme creer que hasta mañana por la mañana podrá usted hacer muchas cosas! —exclamó Conway.

—¡Pues, sí! Voy a pasar una noche muy agitada. En cuanto a usted, vaya al *drugstore* a hacer sus compras. Regrese aquí, y no se mueva más.

—¿He de conservar el revólver?

—¡Ya lo creo! Y mucho cuidado con perderlo.

—¿Por qué? Ah, sí, comprendo. Si tratara de librarme de él, haría el juego a mis enemigos.

—Exactamente. ¡Seria como si hubiese confesado usted! Ahora bien, deseo que cuente su historia sin omitir un detalle. Sin embargo, no les explicará dónde ha pasado la noche.

—¿Sabe lo que significa decir la verdad? Si la policía me acusa de haber disparado la bala que falta en el revólver, quedo desacreditado a los ojos del Consejo de Administración de mi compañía.

—Desde luego —dijo el abogado—. Esta es la causa de que le hayan tendido una trampa.

—¡Me cuesta creerlo!

—¡Qué ocurrencias tiene! —exclamó el abogado—. Pero resulta tan visible como la nariz en mitad del rostro: una joven ligeramente vestida, armada con un revólver, temblorosa de miedo, avanza hacia usted, ¿me oye? *¡Avanza hacia usted!* Es evidente que hacía todo lo posible para que usted le quitara el arma, y es lo que ha ocurrido.

—¿Cree que se trata del arma del crimen?

—Desde luego. Y, sin duda, descubriremos que la joven asesinada tenía en su poder la lista de accionistas que se han pasado a Farrell.

—Tiene usted razón —reconoció, lentamente, Conway—. Sin embargo, estoy convencido de que la joven que se hacía pasar por Rosalind no mentía. Me pregunto si será ella la muerta.

—Hay diez probabilidades contra una de que efectivamente es así. La joven que usted ha visto, ha fingido ser compañera de habitación de Rosalind. Ahora bien, allí no había ningún vestido femenino, ni en el cuarto de baño ni en el armario.

—Lo que corrobora la teoría de una trampa. El fiscal del distrito no dejará de comprenderlo.

—¡Su historia parece tan absurda!

—No obstante, es la pura verdad.

—Lo sé, pero el fiscal no opinará lo mismo. No le gustará que primero haya usted acudido a mí en lugar de precipitarse a la primera comisaría de policía. Y lo que es más, incluso nosotros ignoramos hasta qué punto está usted comprometido.

—¡Cómo! ¿Piensa que esto no es todo?

—No, pero hay ciertas cosas que no entiendo. Por ejemplo: si la banda de Farrell no ha retrocedido ante un crimen, ¿por qué no le han matado a usted? Creo que se disponían a hacerle caer en una trampa, pero que en cierto momento las cosas han salido mal y se han encontrado con un cadáver entre los brazos. Han tenido que actuar con rapidez para tratar de echarle la culpa a usted. En tales condiciones, seguramente, habrán cometido errores. Si descubrimos por lo menos uno, tal vez podamos pescarles… Y ahora, tengo que ir a ver a su secretaria. Telefonéele para prevenirle mi llegada, pero sin facilitarle ningún detalle sobre lo que ha ocurrido ni sobre su residencia actual.

—Muy bien —dijo Conway—. En seguida, porque yo también tengo muchas cosas que hacer.

Mason le lanzó una mirada recelosa.

—¿Cuáles?

—Telefonear a mi secretaria, ir a la tienda…

—De repente, me parece usted lleno de energía…

—No se preocupe por mí.

—Bueno, en todo caso, nada de tonterías. Esté dispuesto mañana a las ocho, y desayune abundantemente. ¡Los malos tragos se resisten mejor con el estómago lleno!

Capítulo 4

Mason abandonó el motel, detúvose ante una cabina telefónica y llamó a Paul Drake.

—¿Han identificado el cadáver? —preguntó.

—Todavía no.

—Tengo trabajo para ti. Es preciso descubrir de dónde procede el revólver que tiene Conway. Es un Smith y Wesson C48809.

—¡Dada la hora, no va a resultar fácil!

—No te he preguntado si era o no fácil, sino que me obtengas esta información. ¡Haz trabajar a tus muchachos!

—¿Nos veremos pronto?

—Sin duda, dentro de una o dos horas.

Mason colgó y se dirigió a los Cloudcroft Apartments. Llamó suavemente a la puerta de Eva Kane, que le abrió casi en el acto.

—¿Señorita Kane?

—Sí. ¿Señor Mason?

—Sí.

—Pase. El señor Conway acaba de anunciarme su visita.

Aunque amueblada con sencillez, la habitación de Eva Kane era acogedora.

—Siéntese, señor Mason. ¿Dónde está el señor Conway?

—En su casa, no. Esté tranquila, se encuentra seguro y mañana por la mañana se presentará a las nueve ante el fiscal del distrito.

—¿Por qué?

—Se ha cometido un crimen. Ignoramos aun el nombre de la víctima, una joven rubia, con ojos azules, de veinticinco a veintiséis años. Llevaba un jersey de color azul pálido. ¿Conoce a alguna joven que se ajuste a esta descripción?

—¡Muchísimas! ¿Se trata de la que ha telefoneado al señor Conway bajo el nombre de Rosalind?

—No lo sé, en todo caso, he venido a verle para que trate de decirme el verdadero nombre de esa Rosalind. El señor Conway me ha explicado que su voz le era familiar.

—Es cierto. Tiene una manera muy especial de enlazar las palabras. Pero cuando más reflexiono, menos lo sé. ¡Y desearía tanto ayudar al señor Conway!

—En tal caso, procedamos con método —dijo el abogado, sonriendo—. Rosalind, llamémosla así, ha prometido entregar la lista de accionistas seducidos por las promesas de Farrell. Esto significa dos cosas: o bien Rosalind ha servido de cebo para atraer al señor Conway a una trampa, o bien poseía los Informes mencionados. En ambos casos, esa joven está muy relacionada con Farrell: sea porque él la utiliza para conseguir sus fines, o porque le ha facilitado informaciones, debido a que tenía confianza en ella.

—De acuerdo.

—¿Era una voz joven?

—Sí.

—¿Hay muchas jóvenes más o menos relacionadas con Farrell?

Eva Kane se puso a reír.

—El señor Farrell es un hombre que está constantemente al acecho de una presa atractiva. Una mujer no le basta, necesita varias.

—¿Le gustaba trabajar para él?

—No mucho.

—¿Está casado?

—Sí, pero he oído decir que su esposa y él se habían separado hace algo más de un mes.

—¿Cómo es su esposa?

—Muy simpática…

Eva Kane, de repente, se calló.

—Señor Mason —exclamó—, ¡ya sé quién es Rosalind! ¡Es Evangeline Farrell!

—¿Está segura?

—Absolutamente. Yo ya había hablado con ella por teléfono, y había observado su pronunciación irregular y su manera de tropezar en ciertas palabras.

—¿Ha tratado de disimular la voz cuando ha telefoneado?

—Sí, pero no ha pensado en el ritmo de sus frases. Se lo repito:

se trata sin duda de Evangeline Farrell.

—Así, pues, ¿no se entendía bien con su marido? —No. Y no me sorprende.

—¿Sabe dónde vive?

Los Farrell tenían un hermoso piso, pero en los diarios he leído que la señora Farrell había abandonado el domicilio conyugal. Sin embargo, creo tener su nueva dirección en mi agenda. Evangeline Farrell es accionista de la compañía y, a causa de lo que ocurre actualmente, he anotado todas las direcciones en dos libretitas. Una la he dado al señor Conway y la otra la llevo siempre conmigo.

—¿Cómo es que la señora Farrell tiene acciones de una compañía que ha expulsado a su marido?

—Esto ocurrió cuando el señor Farrell trabajaba aun con nosotros. Pero ignoro por qué las acciones fueron puestas a nombre de la señora Farrell.

Eva Kane se levantó, se acercó a un pequeño escritorio y sacó una gruesa libreta, que se puso a hojear. Luego lanzó una exclamación triunfal.

—¡Aquí está! —dijo—. La señora Farrell vive en el Holly-Arms.

—Sé donde está eso —indicó el abogado—. Señorita Kane, le doy mil gracias. Voy inmediatamente a, ver a la señora Farrell.

—¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa? Si telefonea el señor Conway, ¿debo decirle que he identificado la voz?

—No, no diga nada por teléfono. Nunca se sabe, Hasta la vista, señorita Kane. Y gracias de nuevo.

Capítulo 5

Mason penetró en la cabina telefónica del vestíbulo del edificio donde vivía la señora Farrell, y solicitó hablar con ella.

Son más de las diez —dijo la telefonista—. No sé si…

—La señora Farrell espera mi llamada.

—Muy bien.

Un momento más tarde, Mason tenía a la señora Farrell al otro extremo de la línea.

—Señora Farrell, soy abogado. Desearía consultarla en relación con un asunto importante.

—¿Representa a mi marido?

—En absoluto.

—¿Cuándo desea verme?

—En seguida.

—¡Pero es imposible! Por favor, dígame su nombre.

—Mason.

—¿No será usted… Perry Mason?

—El mismo.

—¿Dónde está?

—En el vestíbulo de este edificio.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su visita?

—Preferiría no mencionarlo por teléfono. Pero puedo afirmarle que es urgente y que puede servirle de ayuda.

—Muy bien. Suba hasta mi departamento, señor Mason. Discúlpeme, pero estoy vestida para estar por casa. Leía y…

—No tiene importancia.

—Muy bien. Le espero.

Mason tomó el ascensor y, cuando llegó ante la puerta del piso,

apretó el botón de nácar. Casi inmediatamente la puerta fue abierta por una encantadora mujer pelirroja, vestida con un pijama de seda bordado con dragones chinos.

Buenas noches, señor Mason —dijo—. Pase, por favor.

Condujo al abogado al salón donde había una luz tenue.

—Siéntese —dijo, indicando un sillón.

Luego, se instaló en un diván, cogió una larga boquilla de marfil a cuyo extremo había un cigarrillo medio consumido.

—¿Qué es esto tan importante que tiene que decirme? —preguntó.

—Quería hablarle de la Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas, y de la batalla que se está librando en relación con sus accionistas.

—¡Vaya, vaya! ¿Puedo preguntarle por qué le interesa a usted?

—Soy el abogado de Jerry Conway.

—¡Oh!

—¿Por qué deseaba usted hablarle?

—¿Yo? ¿Hablar con el señor Conway?

—Sí.

—No he tenido ninguna intención de hacerlo —indicó ella, lentamente—. Me inspira mucha simpatía y confío, plenamente, en su habilidad como hombre de negocios. Sin duda, sabrá usted, señor Mason, que mi marido y yo estamos separados, ¿no? Me propongo solicitar el divorcio, y las bases en que me apoyaré para hacerlo, dependen de la manera como arreglemos nuestras cuestiones financieras. Usted es abogado, señor Mason, y por lo tanto, le será fácil comprender estas cosas.

—¿Están en juego intereses importantes?

—Depende de cómo se miren las cosas. Gifford Farrell es un impulsivo y un charlatán. Su abogado pretende que tiene muy poco dinero, pero yo estoy convencida de lo contrario.

—Me parece que es un muchacho muy hábil.

—Sí.

—Desde este punto de vista, ¿no le convendría a usted que venciese en la lucha entablada contra Conway?

—Hum —dijo ella, lanzando al aire una bocanada de humo.

—Esto no es una respuesta —insistió Mason.

—Reconozco que su deducción es evidente.

Quitó el cigarrillo de la boquilla y lo aplastó en un cenicero.

—¿Desea beber algo, señor Mason? —preguntó.

—Ahora no —repuso el abogado—. He de disculparme por haber venido a una hora tan intempestiva, pero si me facilita usted, rápidamente, el informe que necesito, no la importunaré por más tiempo.

—Ignoraba que pudiera serle útil hasta ese punto… ¿Dice que representa al señor Conway?

—Sí.

—¿Qué desea saber?

—¿Cómo es que ha ofrecido usted a Jerry Conway el facilitarle la lista exacta de los accionistas que han firmado poderes a nombre de Gifford Farrell, si está discutiendo, con éste último, la disolución de sus intereses comunes?

—¿Qué quiere decir, señor Mason? No le comprendo…

—¡Ya lo creo que sí! Quiero saber el motivo de sus actos, y por qué ha contrahecho su voz y ha adoptado el nombre de Rosalind.

Ella no contestó.

—Estoy esperando su respuesta —insistió el abogado.

—¿Qué le hace pensar que yo he actuado de esta manera?

—Vamos, vamos —dijo Mason, con cierta impaciencia—. Ha utilizado usted el teléfono, y si se desea, siempre es posible encontrar la pista de una comunicación…

—Pero no he utilizado el mío —dijo ella, sorprendida—. Yo…

Se interrumpió y miró a Mason, que la contemplaba con aire severo.

—He caído en la trampa —dijo.

Mason permaneció silencioso.

—Muy bien —prosiguió la joven—, voy a contárselo todo. Poseo un buen montón de acciones de la Compañía de Conway, que representa, aproximadamente, toda mi fortuna. Temo que si Gifford Farrell se apodera del dominio de la compañía, mis acciones no valgan, dentro de poco, ni el papel en que están impresas, mientras que si Jerry Conway sigue siendo presidente, redondearé mi fortuna.

—Así pues, está usted a favor de Conway.

—Exactamente, pero no quiero que se sepa, porque los abogados de Gifford Farrell podrían utilizar la información en contra mía.

Señor Mason, ¿cómo sabe que he sido yo la que he telefoneado a Jerry Conway?

—Es una larga historia, y no quiero perder tiempo contándosela ahora. Otra pregunta: ¿por qué ha enviado a Conway al hotel Redfern?

—No he hecho nada de eso.

—¡Vamos, dejémonos de tonterías! —exclamó el abogado—. Le interesa mucho contarme la verdad. ¿Tal vez pretenderá hacerme creer, también, que no le ha telefoneado a las seis y cuarto?

La joven puso un cigarrillo en su larga boquilla, y lo encendió.

—Veo que está bien informado —dijo—. No tengo más alternativa que confiar en usted, porque podría colocarme en una situación muy embarazosa, si informase de mis actos a Gifford Farrell.

—Esto queda descartado. Señora Farrell, la escucho.

—Poseo la lista de los accionistas que han entregado sus poderes a mi marido, y quería comunicársela al señor Conway.

—¿Por qué no se la envió por correo?

—Porque temía que alguien llegase a descubrir que yo tenía esa lista y lo comunicase a mi esposo, que así habría podido demostrar que ayudaba a sus adversarios.

—¿Qué ha hecho usted?

—Quería dar a Jerry Conway la impresión de que estaba muy vigilada, enviarle a un motel con el pretexto de una cita misteriosa y, después, telefonearle y decirle que había dejado la lista en su coche. Así pensaba disimular tan bien mi pista, de modo que él nunca sabría quién le había informado. Es verdad que le había dicho que a las seis y cuarto estuviese en una cabina de un *drugstore*, y que le telefonearía allí para fijarle el lugar de cita, pero cuando he telefoneado, él ya no estaba.

—¿Me dice la verdad?

—Sí.

—Así que no ha conseguido comunicar con Jerry Conway, y, por tanto, no ha podido dirigirle hacia el hotel Redfern para preguntar si había correspondencia a nombre de Gerald Boswell, ¿no es así?

—Le aseguro que no.

—Discúlpeme, pero tengo que estar completamente seguro de que no me miente.

—Le repito que le digo la verdad, aunque no tenga que darle ninguna explicación, como tampoco al señor Conway.

—Tal vez, pero quiero explicarle que una mujer ha sido asesinada en el hotel Redfern. Ahora bien, Conway ha entrado en la habitación donde se ha encontrado el cuerpo, y, precisamente, ha sido enviado al hotel por la persona que le ha llamado al *drugstore*…

—¡De modo que es esto! —exclamó Evangeline Farrell—. Conway ha sido llamado al teléfono poco antes de las seis y cuarto porque, cuando yo he marcado el número, la línea estaba ocupada, y cuando, finalmente, a las seis y dieciséis, han contestado, ha sido el empleado del *drugstore*. Me ha dicho que un hombre había entrado poco antes en la cabina, pero que se había marchado. En todo caso, es la línea telefónica personal de Jerry Conway la que está vigilada, no la mía, porque he hecho todas las llamadas desde una cabina pública.

—Probablemente tenga usted razón —asintió el abogado.

—¿Qué sabe de la secretaria de Conway?

—Muy poca cosa.

—Pues infórmese sobre ella. Puede serle útil.

Mason encendió un cigarrillo.

—¿Tiene, aún, en su poder la lista de accionistas que se proponía entregar al señor Conway?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle cómo la ha obtenido?

La joven fumó en silencio durante unos segundos, y, después, decidiéndose bruscamente, se levantó y fue a la biblioteca donde cogió un atlas. Abrió el grueso volumen y sacó una gran fotografía, que entregó a Mason.

A primera vista, el abogado creyó que la joven había posado desnuda, pero después notó que llevaba un minúsculo bikini de color claro. De repente se levantó y fue a examinar más atentamente la reproducción a la luz de una potente lámpara.

—Ustedes los hombres son todos iguales —dijo la señora Farrell con una risita—. Lleva traje de baño, señor Mason, no está desnuda.

—Ya me doy cuenta.

—Sí, pero ha tenido que mirarla dos veces.

—Sí.

Mason dejó la fotografía, que representaba a una joven rubia, de

silueta voluptuosa, que, evidentemente era la misma que había contemplado muerta en la cama del hotel Redfern.

—Si lo he entendido bien —dijo el abogado—, ¿conoce usted a esa joven?

—Digamos que mi marido la conoce mucho mejor que yo —precisó Evangeline.

Y alargó al abogado una fotografía recortada de una revista barata. Se veía a una mujer de curvas acentuadas y vestida con un bikini, junto a la leyenda «A ELLA LE ENCANTARÁ», impresa en grandes letras negras, en tanto que, con caracteres más pequeños, el anuncio afirmaba «y a usted le adorará por este regalo atractivo, intimo, personal».

—Mi marido leyó, indudablemente, este anuncio —explicó la señora Farrell—. Seducido, compró el traje de baño y persuadió a la joven rubia para que se lo pusiera. Satisfecho del efecto conseguido, debió de decidir tomar una foto. Señor Mason, ¿se ha fijado en el dibujo de la alfombra sobre la que está la joven? Para su información personal, es exactamente el de la alfombra que hay en la habitación de mi esposo. Esta fotografía debió de hacérsela mientras yo estaba en Nueva York, hace aproximadamente dos meses.

—¿Cómo ha conseguido obtenerla?

—Mi marido adora la fotografía. Observé que su máquina, generalmente guardada en un armario, estaba en un cajón de la cómoda, en el dormitorio. El aparato estaba cargado, y se habían hecho tres fotografías. Me parece que poseo un carácter muy suspicaz, señor Mason. Por lo tanto, sustraje la película y la sustituí por otra de virgen, que pasé hasta que el número cuatro apareciese en el contador de exposiciones, para que mi marido no sospechara nada.

—Así que, además de esta foto, ¿había otras dos?

—Sí. Y perfectamente conseguidas en cuanto a exposición, tanto desde el punto de vista técnico como desde el punto de vista del modelo.

—¿Ha conseguido averiguar quién es el modelo?

—Desde luego. Se llama Rose M. Calvert, y ha trabajado con los agentes a quienes mi marido encarga sus transacciones, así como para algunos administradores de la Compañía para el Desarrollo

Integral de California y de Texas. Mi marido tiene ojos de lince, y por lo que respecta a Rose Calvert… ¡Usted mismo ha podido comprobar que atrae fácilmente las miradas! No es necesario decirle que ella ahora ya no trabaja. Vive en el *Lane Vista*, habitación 379. Por lo demás, solo se trata de un refugio ocasional a donde ella va para cambiarse de ropa y recoger la correspondencia. He hecho vigilar el sitio durante varios días.

—¿Dónde están las otras dos fotografías? —preguntó Mason.

Evangeline Farrell sacudió la cabeza, riendo.

—No las verá usted —dijo—. Demuestran que Rose Calvert no posee ningún pudor y no teme exponer sus encantos ante los hombres y los aparatos fotográficos.

—¡Estoy curado de espantos!

—Yo no.

Mason volvió a estudiar la atractiva foto.

—Señor Mason —advirtió Evangeline Farrell—, permítame asegurarle que dentro de diez años esta chica será una bola de grasa.

—No lo dudo.

Al decir esto. Mason no pudo contenerse y lanzó una mirada a la señora Farrell, que se puso a reír.

—No se preocupe por mí —dijo—, no es mi tipo. Y ahora, ¿desea beber algo?

—¿Por qué no?

—¿Qué desea? ¿Whisky o ginebra?

—Whisky con soda, si me hace el favor.

—Muy bien. Espéreme un momento, pero no desgaste esta fotografía durante mi ausencia. Tal vez me haga falta, todavía.

Apenas se hubo marchado Evangeline de la habitación. Mason se precipitó hacia el atlas, que hojeó febrilmente, pero sin encontrar nada.

La señora Farrell regresó con una bandeja que contenía dos vasos llenos. Mason levantó el suyo hacia la luz.

—¡Me ha puesto una buena ración! —exclamó.

—Es lo menos que puedo hacer. Es usted uno de mis favoritos. Sigo con pasión todos sus casos. Me gusta su manera de proceder.

—Gracias —dijo Mason, inclinándose.

Ella levantó su vaso.

—¡Por el crimen! —brindó el abogado.

—¡Por nosotros! —dijo la joven, tocando con su vaso el del abogado, mientras que clavaba su mirada en los ojos de Mason.

Bebieron y después la joven volvió a sentarse.

—Me gustaría saber cómo ha podido procurarse la lista que quería entregar al señor Conway —señaló Mason.

—Muy fácilmente. Figúrese que me interesé mucho por Rose Calvert y la hice vigilar por unos detectives. Hace varios días, ella se encerró en su casa y estuvo escribiendo a máquina durante horas enteras. Uno de los detectives tuvo la ocurrencia de ir, de vez en cuando, a examinar el cubo de la basura situado en el extremo del pasillo, con la esperanza de descubrir cuartillas rotas que, vueltas a reunir, hubiesen podido informamos sobre las ocupaciones de Rose Calvert. Sin embargo, el detective descubrió algo mucho mejor. Rose Calvert escribía seguramente documentos muy confidenciales y muy importantes, y, sin duda, había recibido orden de cambiar frecuentemente el papel carbón para que las copias salieran bien claras. El detective se apoderó de dichos papeles y me los trajo. Los seleccioné y, de ese modo, obtuve una serie completa que me indicaba lo que la señora Calvert hacía para mi marido.

—¿La *señora* Calvert?

—Sí, está casada, pero separada del marido, que vive en el campo, por el lado de Riverside… ¿Quiere ver los papeles carbón, señor Mason?

—Ciertamente.

Ella se levantó con movimientos graciosos, se dirigió hacia un escritorio, abrió un cajón y sacó varias hojas de papel carbón.

—¿Ha tenido tiempo de hacerlos copiar? —preguntó el abogado.

—Aun no. Pero los he fotografiado. Tenía intención de entregar al señor Conway una serie completa de papeles carbón, pero como está usted aquí y lo representa, se los daré.

—Gracias —dijo Mason—, muchas gracias.

—De nada. Algún día, tal vez, podrá usted ayudarme. En todo caso, le ruego formalmente que no diga a nadie, y, sobre todo, al señor Conway, que he sido yo quien le ha entregado estas hojas de papel carbón.

—Puede confiar en mi discreción. ¿Quiere hacerme un favor más? Desearía hacer una llamada telefónica.

—Vaya a la habitación. El aparato está sobre la mesita de noche.

Mason obedeció y solicitó a la telefonista el número del *Gladedell Motel*. Cuando obtuvo comunicación, solicitó el *bungalow* 21.

—Lo siento —se excusaron al cabo de un momento—, el 21 no contesta.

—Gracias —dijo Mason.

Y colgó.

Cuando regresó al salón, Evangeline Farrell estaba tendida en el sofá, muy atractiva.

—¿Ha conseguido hablar? —preguntó.

—No.

—Llame dentro de un rato.

Sin contestar, Mason cogió su vaso, lo vació de un trago y, luego, consultó su reloj de pulsera.

—Ahora se muestra usted muy impaciente —dijo la joven—. Una vez ha conseguido todos los informes que necesitaba sólo piensa en una cosa: marcharse. ¿Tan poco atractiva me encuentra?

—No se trata de eso. Pero esta noche aún tengo muchas cosas que hacer.

—¿De veras? ¡Y yo que confiaba en que íbamos a conocernos mejor!

—¿Quién le asegura que no vigilan su departamento y que su marido no declarará, después, que recibe usted hombres durante la noche?

—¡Ah, esos leguleyos! —suspiró ella—. En todo caso, confío en usted: no revele la verdadera identidad de Rosalind.

—¿Debo, también, guardar silencio respecto a las fotografías?

—De momento sería preferible. Después, cuando haya finalizado mi divorcio, yo me encargo de hacerle mucha publicidad a la señora Calvert. Si le gustan los exhibicionismos, conseguiré que sus fotografías se publiquen en lugar adecuado.

—¡Me resulta usted muy vengativa! ¿Reprocha a esa joven el haberle quitado a su marido?

—No, pero no me gustan las mujeres que nos desprestigian a los ojos de los hombres. Cuando haya terminado con Rose Calvert, ella deseará con toda su alma no haber conocido nunca a Gifford Farrell… No me mire con esta expresión, señor Mason. Tengo garras

para defenderme y en ocasiones puedo resultar peligrosa. Las personas me gustan o me desagradan, pero no soy nunca indiferente.

—Discúlpeme —dijo Mason—, pero tengo que marcharme, de verdad.

—No trataré de retenerle por más tiempo. Buenas noches, y vuelva a visitarme pronto.

Capítulo 6

Mason llamó a Drake desde una cabina telefónica.

—¿Qué novedades hay sobre el revólver, Paul?

—¡Todavía nada! ¡Apenas hemos empezado!

—¿Ha sido identificado el cadáver?

—No.

—Estoy sobre una pista, Paul. Voy a correr ciertos riesgos.

—Como de costumbre.

—Voy a la residencia *Lane Vista*. Quiero conocer a una tal Rose Calvert, que ocupa el departamento 379. Para no ocultarte nada, ella será indudablemente citada como cómplice en el proceso de divorcio que entablará la señora Farrell contra su marido. He aquí lo que deseo que hagas por mí, Paul. Es posible que haya allí un detective encargado de vigilar a esa joven. ¿Puedes enviar inmediatamente a uno de tus hombres para que lo compruebe y me advierta?

—Desde luego.

—Yo también voy hacia allá. Llegaré dentro de media hora. Esto proporcionará a tu hombre quince minutos para inspeccionar el lugar.

—Perfecto. Estará allí.

—¿Me conoce?

—De vista.

—Dile que estaré dentro de media hora en la residencia *Lane Vista*, y que dejaré el coche a una o dos manzanas de allí. Pasaré, lentamente, andando ante la entrada de la residencia. Que tu hombre vigile con cuidado y no me pase por alto.

Mason colgó, consultó su reloj y anotó la hora exacta. Después subió a su coche, se detuvo ante un restaurante abierto toda la noche y tomó dos tazas de café. Después entró en una cabina

telefónica y llamó al *Gladedell Motel*. Esta vez Jerry Conway le contestó.

—¿Dónde estaba? —dijo Mason.

—En ningún sitio, ¿por qué?

—Porque antes le he llamado y no me ha contestado.

—Oh, solo he ido al *drugstore* para comprar unos objetos de tocador. ¿Qué deseaba?

—Quería comunicarle que poseo la lista, probablemente completa, de los accionistas que se han pasado al campo de Farrell. La cosa parece pintar fea para usted. Pero no se preocupe, y hasta mañana.

Mason colgó e, instalándose en su coche, llegó muy pronto a la residencia *Lane Vista*. Dejó el auto junto a la acera y se dirigió a pie hacia la entrada del edificio, pasando de largo. Casi inmediatamente, vio una silueta masculina que, surgiendo de las sombras andaba en dirección a él.

—Soy el detective enviado por Paul Drake —indicó el hombre, sin volver la cabeza.

—Reúnase conmigo en la próxima esquina.

Una vez allí, el detective sacó su carnet de identidad y lo enseñó a Mason, que lo estudió cuidadosamente.

—Perfecto —convino el abogado—. ¿Cómo se presenta la situación?

—Conozco al tipo que vigila —repuso el detective—. Es de Simons y Wells.

—¿Le ha visto a usted?

—¡Ya lo creo! He entrado en la residencia por la puerta grande. Además, ese sujeto y yo nos conocemos. Después de muchos rodeos, ha acabado por admitir que vigilaba a una tal Rose Calvert.

—¡Ah, ah! —dijo Mason—. ¿Está ahora en su casa?

—No. Ayer si, pero esta mañana ha hecho venir un taxi hacia las diez y se ha ido con mucho equipaje. Todavía no ha vuelto.

—¿Habrá volado el pájaro?

—Es posible, a juzgar por la cantidad impresionante de maletas. El detective me ha contado también que en el buzón del departamento de la chica había un sobre dirigido a Rose M. Calvert, que en el dorso llevaba el nombre del remitente: Norton B. Calvert. 6831, Washington Heights, Elsinore.

—¿Ha visto la carta usted mismo?

—¡Válgame Dios, no! No quisiera tener conflictos con el Tío Sam. Ni siquiera he tocado el sobre y me he contentado con los informes que me ha facilitado el compañero.

—¿Llevaba sello el sobre?

—Sí, y con matasellos de fecha de ayer, de la estafeta de Elsinore.

—Me pregunto quién puede ser Norton B. Calvert. ¿El marido? ¿El hijo?

—El hijo seguro que no, porque esa mujer, según dice mi colega, no tiene más de veintisiete años.

—¿Cómo iba vestida cuando se ha marchado de la residencia?

—Llevaba un jersey ceñido de color azul claro, una falda estrecha del mismo color y zapatos de tacón alto.

Mason asimiló, silenciosamente, la información.

—¿Le sugiere esto algo? —preguntó el detective.

—Tal vez. Repítame esa dirección de Elsinore.

—6831, Washington Heights, Elsinore.

—Veamos. Necesito una hora aproximadamente para llegar en coche hasta Corona y luego unos treinta minutos hasta Elsinore. Telefonee usted a su jefe y dígale que no se marche del despacho hasta que yo haya dado señales de vida. Dígale que avise a Della Street de que se puede marchar a su casa. ¿Cree usted que su compañero ha observado que nos habíamos reunido?

—¡Ya lo creo! Y, además, se muere de curiosidad por saber el motivo de mi presencia en la residencia *Lane Vista*. En todo caso, acaba su vigilancia a la una y media. En ese momento, puede usted venir sin riesgo de ser visto. Tal vez, entonces, la chica haya regresado.

—Lo dudo. En todo caso, regrese a su sitio, junto a su colega, para que él no piense que sólo había venido aquí para informarme. Cuéntele que debe pasar la noche de guardia y, cuando él se marche a la una y media, espérese diez minutos, para asegurarse de que no regresa, y márchese al despacho de su jefe.

Mason dejó al detective, cogió su coche, llenó el depósito de gasolina y enfiló la carretera. Pese a las dos tazas de café, tenía sueño, y se detuvo en Corona para tomar otra.

Cuando llegó a Elsinore, la ciudad estaba completamente

dormida. Sólo aparecían iluminados el puesto de policía y el cuartelillo de bomberos. Recorrió lentamente la ciudad, sin conseguir localizar Washington Heights, cuando distinguió un coche que se metía por un pequeño camino privado. Mason se acercó.

—Discúlpeme —dijo—, ¿puede indicarme dónde está Washington Heights?

—Desde luego —repuso el conductor—. Siga la carretera hasta la primera avenida. Allí doble a la derecha, trepe por la colina y la segunda calle a la izquierda es Washington Heights.

—Gracias —contestó Mason, inclinando ligeramente la cabeza, de modo que el ala de su sombrero le ocultaba las facciones—. Muchas gracias.

Encontró, sin dificultad, Washington Heights y se detuvo ante el número 6831. En una casa vecina, un perro empezó a ladrar furiosamente, con gran contrariedad del abogado. Descendió del coche, subió los escalones que llevaban al porche y, después de haber buscado inútilmente el botón del timbre, se decidió a golpear la puerta. Nadie se movió en el interior. Mason insistió con más fuerza y oyó un ruido de pasos desnudos en el parquet. De repente, sin razón aparente, el perro cesó de ladrar. La luz del porche se encendió y la puerta de entrada, sujeta con una cadena de seguridad, se entreabrió.

—¿Quién hay? —preguntó una voz masculina.

—Soy abogado —dijo Mason—. Quisiera hablarle.

—¿Sobre qué?

—Sobre su esposa, Rose Calvert.

—¿Rose Calvert?

—Es su mujer, ¿no?

—¡Pregúntele de quién no es la mujer! —exclamó la voz.

—En todo caso, escúcheme —dijo Mason—. No tengo intención de discutir para que todos los vecinos puedan enterarse de nuestra conversación. He venido a verle, porque lo que debo decirle es importante.

—Me niego a aceptar sea lo que sea. Espero que Rose recobre el conocimiento. En este caso, bien. De lo contrario, no voy a facilitarle las cosas, como tampoco a ese sujeto que la ha hipnotizado.

—Un momento —insistió Mason—. No le pido que acceda a

nada. Sólo quiero algunos informes.

—¿Por qué?

—Puede ser importante para usted.

El hombre vaciló, después quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta de par en par. En pijama, con los cabellos en desorden, aparentaba unos treinta y dos años.

—Entre —dijo, conteniendo un bostezo.

—Gracias —contestó el abogado—. Me llamo Perry Mason. Me ocupo de un asunto y necesito ciertos informes sobre su mujer.

—Estamos separados —repuso Calvert—. ¡Se equivoca de puerta! Sólo puedo decirle una cosa: ella quiere divorciarse.

¿Cuánto tiempo llevan casados?

Dos años y medio. Discúlpeme si he estado descortés, pero me ha sobresaltado usted.

—Tengo que revelarle algo, pero antes necesito estar seguro de un par de detalles. Esto, tal vez, nos emplee algún tiempo. ¿No quiere abrigarse más?

—Cogeré una manta y me envolveré con ella.

Calvert desapareció en la habitación y regresó con una manta echada por encima de los hombros.

—Siéntese junto a la mesa —indicó a Mason.

El abogado obedeció.

—Tiene una bonita casa —comentó.

—La alquilo amueblada —repuso Calvert con un ademán desdeñoso—. Cuando Rose y yo nos separamos, creí que ella regresaría, pero ahora he perdido la esperanza.

—¿Habían vivido juntos aquí?

—No; estoy instalado en esta casa desde hace tres meses, inmediatamente después de separarnos.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy fontanero.

—¿Le molestaría hablarme de su matrimonio y del motivo de que se hayan separado?

—En absoluto. Empezamos bien. Conocí a Rose cuando ella trabajaba con unos agentes de bolsa. Yo hacía de representante. Salimos juntos durante tres meses y, luego, nos casamos. Como ella no quería tener hijos, de momento, decidimos seguir trabajando los dos. Luego murió un tío mío, dejándome una bonita suma: unos

sesenta mil dólares. Entonces pensé que ya estábamos lo bastante arreglados, finalmente, para tener chicos.

—¿Qué le queda de la herencia?

—Está intacta. Pero si hubiera escuchado a Rose, lo hubiese gastado todo en vestidos, viajes y diversiones. Deseaba reservar ese dinero para hacer una buena inversión, y, tal vez, instalarme por mi cuenta. Y, además, no quería que Rose siguiese trabajando. En resumen, las cosas no iban mal, excepto que percibía cierto cansancio en mi mujer. Además, ella agrada mucho a los hombres y le gusta que la agasajen.

—¿Qué fue lo que les decidió a separarse?

—Un hombre llamado Gifford Farrell. Todas las chicas están locas por él y Rose no fue una excepción. Además, tiene el mismo temperamento que ella: conduce automóviles potentes, se gasta cuatrocientos dólares en un traje y ni se digna mirar un par de zapatos que cuesten menos de veinte dólares. Además, adora los clubs nocturnos, los restaurantes, en fin, los lugares de placer.

—Y ahora, ¿su mujer quiere divorciarse?

—Sí.

Mason se sacó del bolsillo la pitillera.

—¿Le molesta que fume?

—En absoluto —repuso Calvert—. Voy a imitarle. Soy un gran fumador.

Empujó hacia el abogado un cenicero lleno de colillas; luego cambió de idea.

—Un momento —dijo—. Voy a vaciar esto.

Fue a la cocina y regresó con el cenicero vacío. Mason le alargó su pitillera, pero Calvert rehusó.

—Tengo mis preferencias —indicó, mientras cogía un paquete de cigarrillos de su bolsillo.

Se puso un cigarrillo entre los labios y se inclinó para encenderlo en el mechero de Mason.

—¿Tiene fotografías de su esposa? —preguntó Mason.

—Claro.

—¿Puedo verlas? Es necesario para que esté seguro de que hablamos de la misma persona.

Calvert escrutó, un momento, el rostro del abogado, y después, exhalando por la nariz el humo de su cigarrillo, fue a la otra

habitación y regresó con dos fotografías enmarcadas, y un álbum.

Mason estudió los dos retratos retocados y hojeó el álbum. En seguida tuvo la certidumbre que buscaba, y lo cerró.

—Lamento tenerle que decir esto —empezó—. No estoy completamente seguro, pero creo poderle asegurar que su mujer está mezclada en una tragedia ocurrida hace unas cuantas horas.

Calvert se irguió como un resorte.

—¿Un accidente de automóvil?

—Un crimen. Ha sido asesinada.

Calvert permaneció inmóvil durante unos segundos. Después sus labios empezaron a temblar.

—¿Está bien seguro, señor Mason? —preguntó.

—No por completo, se lo repito, pero tengo buenos motivos para pensar que el cadáver que he visto es el de su esposa.

—¿Dónde ha ocurrido eso?

—Estaba tendida en la cama de una habitación del hotel Redfern. Llevaba un jersey azul claro y una falda del mismo color.

—Se los regalé el año pasado, para Navidad… ¿Han detenido al culpable?

—No lo creo.

—Rose tenía relaciones con el señor Farrell y temía mucho a la mujer de éste, que, según creo, en una ocasión la había amenazado.

—¿Se había separado usted sin propósito de reanudar su vida en común?

—Nada de eso. Siempre esperé que Rose se volvería razonable.

Calvert aplastó su colilla en el cenicero.

—Pero, dígame, ¿cómo ha conseguido usted encontrar mi dirección? —preguntó.

—En el buzón del departamento de su esposa hay una carta, y, en el dorso del sobre aparecían su nombre y dirección.

—Hacía seis semanas que no tenía noticias de ella. Después, he recibido una carta en la que me comunica su deseo de ir a Reno para obtener el divorcio.

—¿Le ha dicho si quería casarse con Farrell?

—No. Sólo me decía que si aceptaba cooperar con ella, el divorcio se realizaría sin dificultad.

—¿Qué entendía ella por «cooperar»?

—Quería que contratase un procurador, en lugar de hacerme

condenar por falta de comparecencia con el fin de ganar tiempo. Estaba dispuesta a pagar todos los gastos.

—¿Qué ha contestado usted?

—De momento he dicho que estaba de acuerdo, pero después he reflexionado y estaba a punto de cambiar de opinión. Cuando usted me ha despertado acababa de dormirme muy enfadado. Estaba decidido a no hacer nada para, facilitar el matrimonio de Rose con ese Farrell.

De repente, Calvert se puso en pie.

—Discúlpeme, señor Mason —dijo—. Tiene usted todos los informes que he podido facilitarle… y ya no puedo más. Tengo la impresión de que me ahogo. He tratado de engañarme imaginando que podría vivir muy bien sin Rose, pero esperaba que ella volvería a mí… Y ahora… Adiós, señor Mason, cuando salga cierre la puerta, por favor.

Tras estas palabras, Calvert se metió rápidamente en su habitación y cerró bruscamente la puerta.

Mason apagó la luz y se dirigió hacia la puerta de entrada. Sollozos convulsivos salían del dormitorio.

El abogado subió a su coche y regresó al centro de la ciudad. Desde allí telefoneó a Paul Drake.

—Aquí Perry —dijo—. ¿Hay alguna novedad?

—Nada importante, excepto que el sargento Holcomb ha telefoneado preguntando dónde estabas. He dicho que lo ignoraba, pero que mañana a las nueve te presentarías en el despacho del fiscal.

—Bien. ¿Y Della?

—Se ha negado a irse a dormir. Te espera en el despacho, y ha preparado la cena.

—Perfecto. Paul, tengo trabajo para ti: envía a alguien al hotel Redfern para que compruebe si ha habido alguna salida en el séptimo piso, entre las seis y las ocho de ayer por la tarde. En caso afirmativo, quiero que uno de tus muchachos se instale en la habitación de que se trate. Que actúe con tacto, para no levantar la liebre.

—Entendido. ¿Vendrás pronto?

—Sí. ¿Tienes noticias sobre el revólver?

—Todavía no.

—Espabílate.

—Perry, ¿sabes qué hora es?

—¡Ya lo creo! Y también sé otra cosa: mañana por la mañana, la policía irá tras de nosotros, y si queremos obtener resultados positivos, hemos de hacerlo en el curso de la noche.

—Tengo trabajando a diez de mis muchachos —dijo Drake—. Supongo que me traerán informes exactos. Dos de ellos están en el Redfern, invitando a beber a los empleados y distribuyendo propinas a manos llenas.

—Excelente. Hasta ahora.

Capítulo 7

Los pasos de Mason resonaron en, el pasillo desierto. Introdujo la llave en la cerradura de su despacho y entró. Acurrucada en un butacón de cuero, con las piernas apoyadas en otro sillón y envueltas en un abrigo, Della Street dormía. Al oír al abogado, se sobresaltó y abrió, penosamente, los ojos.

—Te esperaba, y me he dormido —dijo—. A medianoche he preparado café, pero ahora ya no valdrá nada.

—¿No te ha dicho Drake que te marcharas a tu casa?

—Sí —repuso la joven, sonriendo—, pero he preferido esperarte. Había comprado *krapfen*. Recién hechos… ¡Bonito aspecto deben tener!

Se alisó la falda, se ahuecó el cabello y sonrió a Mason.

—¿Qué hay de nuevo, jefe? —preguntó.

—Muchas cosas. Telefonea a Paul y pregúntale si le gusta el café pasado, los *krapfen* y la conversación.

Della llamó a Paul y luego colgó el auricular.

—Ahora viene —indicó, sonriendo.

Mason abrió la puerta que ocultaba el lavabo, se frotó las manos y el rostro con agua tibia y luego se secó vigorosamente con una toalla. Entretanto, Della se afanaba junto a la cafetera. El aroma del café se esparció pronto por el despacho.

Drake llamó a la puerta de una manera especial y la joven fue a abrirle.

—Hola, Paul —dijo Mason—. ¿Sigues sin noticias?

—Ejem… De momento, sí. ¿Y tú?

—El cadáver debe ser identificado dentro de media hora escasa.

—¿Y tú qué sabes?

—He preparado una bomba de relojería que debe estallar en el momento preciso —repuso Mason, sonriendo de buena gana.

—Explícate, demonios, que no entiendo nada.

—El cadáver pertenece a Rose Calvert —contó el abogado—. Su marido, Norton B. Calvert, vive en Elsinore, donde trabaja como fontanero. En estos momentos estará probablemente tratando de convencer a la policía, de que su mujer ha sido asesinada. Dentro de poco, se pondrán en comunicación con la policía de Los Angeles, y en vista de la descripción que les darán los de Elsinore, no tardarán en sumar dos y dos y descubrir el nombre de la joven del jersey azul claro, encontrada muerta en el hotel Redfern.

—Sí —intervino Della—, y sabrán, igualmente, que tú has estado en Elsinore.

—Seguramente —reconoció el abogado—, y se pondrán locos de rabia, convencidos de que les he ocultado, a conciencia, detalles susceptibles de ayudarles a identificar el cadáver.

—Dadas las circunstancias —comentó Paul Drake—, me parecerá muy normal por parte de ellos.

—Desde luego —replicó Mason—. Y en consecuencia, la policía decidirá meterse con mi cliente, cuyo nombre ignoro. A tal efecto, indagarán sobre las amistades de Rose Calvert y descubrirán que estaba relacionada muy íntimamente con Gifford Farrell. Llegados a este punto, deducir que éste es mi cliente, no es más que un paso, que franquearán con facilidad. Tras de lo cual, sin duda, irán a interrogarle, sin muchos miramientos.

—Bébete el café antes de que se te enfríe —dijo Della Street.

Mason cogió una taza, le echó azúcar, cogió un *krapfen,* en el que hincó los dientes, y después se bebió un sorbo del ardiente brebaje.

—¡Hum! —exclamó—. Es muy fuerte. Por lo demás, lo necesito, porque a las nueve en punto tendré que enfrentarme con un fiscal furibundo, sin hablar de los policías.

El teléfono se puso a sonar.

—Probablemente será para ti, Paul —señaló Della.

Drake dejó su taza y cogió el receptor.

—¿Sí? —dijo—. Sí, Drake al aparato… Repítelo… Espera.

Se volvió hacia Della.

—Toma nota, por favor —indicó—. Pitcairn, armería y artículos deportivos. Bueno. Anotado. ¿Qué fecha? Dos de septiembre, de hace tres años. Perfecto.

Colgó.

—Parece que han encontrado la pista del revólver —dijo—, pero no sé si te servirá de gran cosa, Perry.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mason.

—El revólver fue vendido a la Compañía Integral, con vistas a la protección del cajero. La firma corresponde a éste, pero la orden de compra fue aprobada por Conway. ¡Por lo tanto, todo vuelve a caer sobre él!

Mason reflexionó un buen rato, después sonrió.

—Nada de eso. Gifford Farrell se encuentra también metido en el asunto, porque en aquella época formaba parte de la Compañía Integral.

—¿Cómo crees que se ha cometido el crimen? —preguntó Della.

—Pienso que Gifford Farrell ha debido descubrir que su amiguita le mentía, y ha empezado a discutir con ella. Ha perdido la cabeza, ha sacado el revólver y ha disparado. A menos que haya sido Rose Calvert la que haya sentido dudas sobre la sinceridad de Gifford Farrell y se haya suicidado. Lo que no impide que Farrell había hecho vigilar la línea telefónica de Conway. Por lo tanto, ha sabido que éste debía ir a la cabina telefónica de un *drugstore*, a las seis y cuarto en punto. Farrell ha cogido la ocasión por los pelos. Ha hecho que una mujer llamara un poco antes, por si Conway se hubiese anticipado. Así ha podido dirigir a Conway hacia el Hotel Redfern.

—Sí —aceptó Drake—, pero no hemos adelantado nada. Tanto Farrell como Conway han podido apoderarse del arma del crimen.

—No tiene importancia —replicó Mason—, con tal de que Conway no haya tenido la idea de… No, no creo que sea capaz de actuar así… De todos modos, cuando nos ha enseñado el revólver por primera vez, no me he fijado en su número. Solo he pensado en hacerlo cuando estábamos en el motel. Pero todo irá bien. Iremos a ver al fiscal del distrito y no ocurrirá nada grave. Ahora no puede presentar ninguna prueba contra Conway, y no se arriesgará a acusarlo. Paul, ¿tienes noticias sobre la marcha de clientes en el Redfern, entre las seis y las nueve?

—En el séptimo piso solo se ha marchado una persona: una joven que ha abandonado el hotel hacia las siete menos veinte. Se llamaba Ruth Culvert y ocupaba el 728.

—¿Dónde está esa habitación, en relación con el 729?

—Exactamente en frente. Como me habías ordenado, Perry, he puesto en ella a un muchacho, con el encargo de que no se mueva hasta que se lo advirtamos.

—¿Tienes informes sobre esa Ruth Culvert?

—Sí. Es una chica atractiva, de unos veinticinco años, con cabellos rojizos. Cosa curiosa, Perry: ha llegado al hotel por la mañana, hacia las diez, y se ha marchado la misma tarde, a las siete menos veinte. Para justificar su partida, ha pretendido haber recibido malas noticias de su padre, que vive en San Diego.

—¿Llevaba equipaje?

—Sí, bastante.

—Entonces, haz comprobar la línea aérea de San Diego, Paul, y trata de encontrar el nombre de Ruth Culvert. Después…

—¡Un momento! —exclamó Paul, ofendido—. Conozco mi oficio, Perry. El recepcionista ha dicho que la cliente pensaba ir a San Diego por carretera.

Mason se terminó su buñuelo y alargó a Della la taza vacía, para que se la llenase.

—¿Puede confiarse en el individuo que ocupa el 728? —preguntó a Paul.

—Sí, mientras la policía no empiece a acosarlo demasiado. Ninguno de mis muchachos quiere ponerse contra la policía. La necesitan para seguir trabajando.

—¿Cómo se llama?

—Fred Inskip.

—¿Me conoce?

—No lo creo.

—Telefonéale y dile que iré a verle al 728 antes de mediodía. Que no cierre la puerta con llave. ¿Y la policía? ¿Se ha marchado del hotel Redfern?

—Sí, después de haber sellado la puerta del 729.

Mason cogió otro buñuelo.

—Cómo envidio tu estómago de avestruz, Perry —suspiró Drake—. Yo me lo he estropeado bebiendo cafés infectos y bocadillos medio crudos.

—Haz como yo —dijo Mason—. Cómprate una cafetera eléctrica. Así tendrás buen café.

—Traspásame a Della Street y lo haré inmediatamente.

—Paul —indicó Mason, sonriendo—, no hables así o vas a recibir un puñetazo. Más vale que telefonees a Inskip y le anuncies que iré a verle entre las diez y las once de la mañana.

Drake obedeció, y cuando hubo dado las órdenes a su subordinado, colgó y se encaró con Mason.

—Perry —recordó—, no olvides que el sargento Holcomb te buscaba. ¿No tratas de comunicarte con él?

—A estas horas está en la cama —replicó el abogado. ¡No quisiera arrancarlo de sus sueños color de rosa!

—Otra cosa, Perry. Puesto que proyectas ir a ver a Inskip al Redfern, si la policía lo interroga después, no podrá ocultarles este hecho.

—Me es indiferente. Lo que no quiero es que un tipo listo, estilo Bob King, me localice cuando llegue y telefonee a la policía para advertirle. ¡Resultaría prematuro!

—Por no decir otra cosa —observó Drake—, Della, te lo ruego, aparta estos buñuelos de mi vista. Se me hace la boca agua, pero si trato de imitar a tu famélico jefe, sufriré unos calambres espantosos.

—En tal caso, vámonos —propuso Mason—. Della, necesitas dormir.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Correr a mi departamento, afeitarme, tomar una ducha y tratar de dormir una o dos horas antes de ir a buscar a Conway.

—Muy bien —dijo Della.

—Sobre todo, ni pienses en ordenar el despacho. Ya podrás hacerlo por la mañana. Vamos, en marcha, te acompañaré hasta tu coche.

Mason cogió el abrigo de su secretaria y le ayudó a ponérselo. Después, apagó la luz y los tres salieron al pasillo.

—¿Te vas a dormir a tu casa, Paul? —preguntó el abogado.

—¡Por desgracia no! Tengo que quedarme aquí para contestar a las posibles llamadas telefónicas. No será la primera noche en blanco que paso. Sin duda, esto es lo que me ha desquiciado el estómago.

—En fin, creo que todo lo tenemos previsto. Comparecemos ante el fiscal del distrito por pura rutina, pero… ¡un momento! Paul, la policía debería saber ya el nombre de la muerta. Comprobémoslo.

—De acuerdo —convino Drake—. Telefoneemos, desde mi despacho.

Cuando llegaron al mismo, el detective descolgó el aparato.

—¿Tiene novedades sobre el asunto del Redfern? —preguntó a la telefonista.

—No; solo he recibido las comunicaciones que ya le he transmitido.

Drake colgó y miró a Mason.

—Nada —dijo.

—Calvert me ha parecido muy afectado —señaló el abogado—, pero estaba convencido de que tan pronto como me he marchado acudiría a la policía. Me sorprende mucho. En todo caso, ahora sí que me voy a casa. Buenas noches, Paul.

Mason y Della Street abandonaron el despacho de Drake y cogieron, en silencio, el ascensor. Al llegar al sitio en que estaba aparcado el coche de la joven, el abogado comentó:

—No me gusta que conduzcas sola por estas calles desiertas, Della.

—¡Qué broma! Correré como una centella. Nadie me molestará. Estoy acostumbrada a salir de día y de noche.

—De sobra lo sé —convino Mason—, pero, sin embargo, sigue sin gustarme.

Della le palmoteo una mano.

—No te preocupes, jefe. Subiré los cristales, cerraré con llave las portezuelas y no me detendré hasta que haya llegado a casa. ¡Hasta mañana!

—Voy a seguirte en mi coche, Della.

—Nada de eso. ¡Necesitas descansar!

Y, apretando enérgicamente el acelerador, Della Street arrancó como una flecha.

Mason subió a su coche y emprendió la persecución. No alcanzó a la joven hasta el extremo de la calle y la siguió hasta su casa. Allí, ella se detuvo, apeóse del coche y acercóse al del abogado. Este bajó el cristal.

—Jefe —dijo Della…

—¿Sí?

—Cuando un hombre acompaña a una mujer hasta su casa, tiene derecho a una recompensa.

Y antes de que Mason se diera cuenta, Della le dio un prolongado beso en los labios. Después dio media vuelta y subió corriendo las escaleras.

Capítulo 8

Eran las ocho y cinco cuando Mason detuvo su roche ante el *bungalow* 21 del *Gladedell Motel*. Jerry Conway le esperaba.

—Ya está todo arreglado —dijo Conway—. ¿Le sigo en mi coche?

—Un momento —indicó Mason—. Tenemos que hablar de bastantes cosas. Iré a dejar mi coche por aquí cerca y me instalaré a su lado.

—¿Por qué no habría de ser yo quien fuese en su coche?

—Porque la policía querrá registrar su auto, no el mío.

—Yo ya lo he hecho, y he descubierto, debajo del asiento delantero, pulcramente mecanografiada en hojas blancas, la lista de accionistas que han hecho caso de las promesas de Farrell.

—Déjeme verlo.

—Se diría que la persona que ha puesto la lista en este sitio quería dar la impresión de que yo la había ocultado.

—¿Cuándo han podido meter la lista en su coche?

—Lo ignoro. Nunca lo cierro con llave.

—¿Ha tenido tiempo de estudiar esta lista?

—Sí, y me ha llamado la atención un detalle: me parece, casi, demasiado perfecta.

—¿Qué quiere decir?

—Es demasiado tranquilizadora. Los accionistas inscritos sólo poseen pequeños títulos, y entre ellos hay cierto número de descontentos crónicos, de esos tipos que siempre están protestando. En resumen, entre todos no deben representar más que un diecisiete por ciento de las acciones.

—¿Está fechada la lista?

—Sí, de anteayer.

—Todo esto parece formar parte de un plan bien estudiado —

señaló el abogado—. En todo caso, pongámonos en camino. Y, entretanto, yo le explicaré lo que he descubierto. ¿Ha desayunado ya?

—Sí, a primera hora, porque he dormido mal.

—¡No ha sido usted el único!

—¿Estaba inquieto? —preguntó Conway.

—He estado muy ocupado… Y ahora, vámonos.

—Un momento, me gustaría que, ante todo, me dijese por qué supone que la lista que he descubierto en mi coche forma parte del plan de ataque de mis enemigos.

Mason sacó de su cartera las hojas de papel carbón que le había entregado Evangeline Farrell.

—Eche una ojeada a esto y lo comprenderá.

Conway examinó, con mucha atención, las hojas. Cuando hubo terminado, su rostro estaba sombrío.

—Si estos informes son exactos, estoy fastidiado.

—¿Hasta este punto?

—Sí.

—Tal vez esta lista sea falsa —indicó el abogado.

—¿Qué voy a hacer con la que he encontrado en mi coche?

—Entréguesela al fiscal del distrito, explicándole la verdad.

—¿He de hablar, también, de las hojas de papel carbón que acaba usted de enseñarme?

—¡No! A menos que desee un billete directo para la prisión de San Quintín.

—Es usted muy misterioso, Mason. No olvide que soy su cliente.

—Precisamente por esto, actúo así. Voy a sacarle del atolladero, pero actuando a mi modo.

—Entendido. Voy a comunicar mi marcha a la dirección del motel, y nos encontraremos en la esquina.

—De acuerdo. Tómese el tiempo que quiera.

A corta distancia del motel, Mason encontró un lugar libre y aparcó en él su coche. Cogió la cartera y sentóse al lado de Conway, que le había alcanzado.

—Dígame, Mason —preguntó de repente Conway—. ¿Cómo ha conseguido usted esas hojas de papel carbón?

—Es una historia larga que ahora no tengo tiempo de contarle. Más vale que piense en lo que va a decir dentro de un rato al fiscal

del Distrito. ¡Los periodistas se lanzarán sobre su relato como un lobo sobre las ovejas!

—¡Lo que vendrá de perlas a Farrell! —comentó Conway, con amargura.

—No esté tan seguro. Farrell tendrá, ciertamente, preocupaciones también, porque le he preparado un pequeño truco de los míos. Pese a que no se ha anunciado nada oficialmente, creo que la policía ha conseguido ya identificar el cadáver.

—¿De quién se trata?

—De una llamada Rose Calvert, que…

—¡Rose! —exclamó Conway.

—¿La conocía?

—Desde luego. Trabajaba con unos agentes de quienes soy cliente; o, para ser más exactos, había trabajado. Creo que les dejó hace dos o tres meses. Por lo demás, hace bastante tiempo que no la veía.

—¿Había salido con ella?

—De ningún modo. Era una mujer casada.

—Bien. Otra cosa —dijo Mason con calma—. ¿Ha tratado usted de cambiar el revólver?

—¿Qué quiere decir?

—Sé que la tentación existía. Tenía usted la sensación de haber sido engañado por Farrell, y se ha dicho que si podía desembarazarse del revólver fatal para sustituirlo por otro, no habría manera de demostrar que fue el arma del crimen la que usted quitó a la chica de la mascarilla de barro.

—¡Caramba! —exclamó Conway—. ¡Tiene el don de adivinar los pensamientos!

—¿Qué ha hecho del revólver?

—Nada. Es usted mi abogado y he seguido sus instrucciones. No he cambiado ningún arma.

—En un asunto como este, resulta muy difícil saber cómo hay que actuar. Al realizar un cambio de revólveres, coloca usted a sus adversarios en una situación muy difícil, porque ellos no pueden decir nada, so pena de declarar sus trucos. Todo el éxito de su maquinación se resume en esto: obligarle a usted a que cuente una historia que parecerá verosímil para explicar la presencia entre sus manos del revólver del crimen, así como la lista de accionistas

partidarios de Farrell, robada, según todas las evidencias, a Rose Calvert. Añada a esto que ha pedido usted correspondencia bajo un nombre falso, ha entrado en una habitación con una llave que se encontraba, inexplicablemente, en su poder, habitación en la que luego se ha descubierto un cadáver. De este modo ha reunido contra usted mismo un montón de pruebas suficientes para acusarle de asesinato en primer grado.

—Sólo de oirle noto escalofríos —dijo Conway.

—No se preocupe. Este soberbio tinglado tiene un defecto: sabemos de dónde procede el arma del crimen.

—¿Sí? ¿De dónde?

—¡La compró usted!

—¿Qué? —exclamó Conway—. ¡Está usted loco!

—La compró usted —repitió Mason—, o por lo menos, autorizó su adquisición.

—Vamos, vamos, nunca había visto ese revólver.

—Tal vez, pero hace unos tres años, su cajero estaba convencido de la necesidad de tener un arma para protegerse, y ordenó usted la compra de un Smith y Wesson en la casa Pitcairn.

—¡Caramba! Ahora me acuerdo —recordó Conway—. Pero ese revólver nunca llegué a verlo.

—¿Estaba Farrell entonces en la compañía?

—Sí.

—¿Qué sucedió con el arma?

—¿Se da cuenta, Mason, de que la Compañía Integral posee opciones sobre terrenos petrolíferos diseminados por todo Texas, y que yo trato de descubrir dónde están los yacimientos, qué capitales podemos invertir…? ¡Y quiere que me ocupe de un simple revólver!

—Ahí tiene —dijo Mason, triunfante—. Esta es la demostración. Farrell pudo, muy bien, apoderarse del arma y, cuando la policía llegue a los motivos del crimen, tal vez Farrell se encuentre en una situación delicada. Había salido mucho con la asesinada, para no decir nada más, le había hecho fotografías muy íntimas, y su esposa tenía intención de citar a Rose Calvert como cómplice en el divorcio que quiere entablar contra su marido.

—¡Oh, oh! —exclamó Conway.

—Por lo tanto —concluyó Mason—, está usted fuera de peligro, con tal de que no haya efectuado un cambió de revólveres entre el

momento en que dejó el despacho de Drake y aquel en que yo tomé nota del número del arma que estaba en su poder.

—En todo caso —intervino Conway—, no menosprecio a Farrell. Es un granuja, pero posee una inteligencia aguda y es capaz de engañar a cualquiera.

—Conozco esa clase de tipos —declaró Mason—. No se preocupe por mí.

Capítulo 9

Eran exactamente las nueve cuando Mason y Jerry Conway llegaron al despacho de la secretaria del fiscal del Distrito.

—Diga a su jefe que Perry Mason y el señor Conway desean hablarle —indicó el abogado—. Estamos citados con él.

—Un momento —repuso la joven—. Voy a anunciarles.

Cogió el teléfono, advirtió al procurador de la llegada de los dos visitantes y colgó.

—Adelante, señor Mason —dijo—. El señor Burger le espera. Ya conoce el camino.

Hamilton Burger, grueso y corpulento, llenaba el sillón en que estaba instalado. A su lado tenía al teniente Tragg, uno de los sabuesos más astutos de la Brigada Criminal, y al otro a un policía uniformado y al experto en balística Alexander Redfield.

Sobre la mesa había un magnetófono abierto, cuyas bobinas giraban lentamente.

—Buenos días, señores —saludó Burger—. He decidido registrar esta conversación. Supongo que no tendrán inconveniente, ¿verdad?

—Ninguno —contestó Mason.

—Gracias —declaró el fiscal con tono sarcástico—. También quiero decirles que en este despacho hay instalado un micrófono y que un taquígrafo de la policía transcribirá todo lo que digamos.

—Perfecto —dijo el abogado—. Señores, les presento a mi cliente, Gerald Conway.

—Siéntense —invitó Burger—. ¿Cuál es su profesión, señor Conway?

—Soy presidente de la Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas.

—Si lo he entendido bien, se decidió usted a consultar con el señor Perry Mason ayer por la tarde, ¿no?

—En efecto.
—¿Qué hora era?
—Creo que un poco antes de las siete.
—¿Cómo estableció contacto con el señor Mason?
—Busqué en el listín su número telefónico y luego fui dirigido hacia la agencia de informaciones Drake, que avisó al señor Mason.
—¿Qué deseaba que hiciese éste?
—Quería que me aconsejase en relación con un incidente muy extraño que se produjo en el Hotel Redfern.
Hamilton Burger lanzó al abogado una mirada recelosa.
—¿Está decidido a dejar que su cliente relate toda su historia?
—En efecto —repuso el abogado.
—Muy bien, le escucho, señor Conway.
Conway relató entonces los acontecimientos desde la primera llamada telefónica de Rosalind hasta su propia llegada al Hotel Redfern.
—¡Un momento! —exclamó Mason—. Quisiera hacerle una o dos preguntas.
—Luego —dijo Hamilton Burger—. Ante todo, quiero el relato completo.
—Lo siento —insistió el abogado—, pero me interesa precisar varios detalles, necesarios para comprender bien el conjunto. Señor Conway, ¿le habían dicho que sería a las seis y quince, exactamente, cuando le llamarían a la cabina del Establecimiento Empire?
—Sí.
—¿A qué hora sonó el teléfono, en realidad?
—Unos minutos antes.
—No veo qué diferencia representa —intervino el fiscal del Distrito.
—Sin embargo, la tiene, y grande, como le demostraré después. Ahora otra cosa, señor Conway; la persona que le llamó, ¿era una mujer?
—Sí.
—¿Era la misma con la que había hablado usted varias veces y que pretendía llamarse Rosalind?
—Desde luego, no.
—No creo que mi cliente comprenda toda la importancia de este

detalle, señores —declaró Mason—. Insisto: la mujer que se hacía llamar Rosalind, debía llamar al señor Conway, en un lugar convenido, a las seis y cuarto, en punto. Ahora bien, cuando ella telefoneó, según lo previsto, nadie contestó, por la sencilla razón de que el señor Conway había recibido instrucciones falsas y se dirigía, en aquel momento, hacia el Hotel Redfern.

—¿Por qué habían de darle indicaciones falsas? —preguntó el teniente Tragg.

—Usted mismo lo comprenderá —repuso Mason—. Y ahora, Conway, prosiga y cuénteles lo que pasó.

Conway reemprendió su relato, e insistió en el miedo que se apoderó de él al comprobar que el arma que había quitado a la joven de la mascarilla de barro, había sido utilizada. Fue, entonces, cuando decidió llamar a Perry Mason.

—¿Y qué consejo le dio éste? —preguntó el fiscal del Distrito.

—El relato de mi cliente termina aquí —interrumpió el abogado, con sonrisa bonachona—. Sin embargo, deseo precisar que ha descubierto en su coche una lista de los accionistas que le son hostiles, que le entrego, ahora, con las iniciales de Conway y las mías escritas en lo alto de cada página.

»El coche de mi cliente está abajo, y, antes de subir a este despacho, se lo he comunicado a la policía, sugiriéndole que tal vez deseara registrarlo.

»Mi cliente no tiene nada que decir sobre lo que ha podido ocurrir después de haberse entrevistado conmigo, pero yo estoy dispuesto a contestar todas las preguntas. Como comprenderán, los consejos que un abogado facilita a su cliente, no pueden ser utilizados en un asunto como este, y en consecuencia, no debería hacerse ninguna pregunta a este respecto.

Hamilton Burger enrojeció.

—Como ciudadano —dijo—, está usted sometido a las leyes lo mismo que cualquier otra persona. Cuando trata de ocultar un arma con la que se ha cometido un crimen…

—¿Un crimen? —repitió Mason.

—¡Efectivamente, un crimen! —gritó Hamilton Burger—. ¡Un asesinato!

—¡Pero yo lo ignoraba! Y Conway también. El sólo sabe que entró en posesión de un arma en circunstancias que le hicieron

sospechar la posibilidad de una trampa. Me pidió que investigara. Yo le he obedecido.

—Lo que significa que entró usted en la habitación en la que se encontró un cadáver.

—Sí.

—¡Pues, en aquel momento, ya sabía que el arma había servido para cometer un crimen!

—Nada de eso. Entonces ignoraba que el revólver fuese el arma del crimen, y ahora sigo sin saberlo.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Burger—. Se lo supondría un niño de dos años, y usted no es ningún tonto. ¿Dónde está ese revólver?

Conway se sacó el arma del bolsillo y la alargó a Hamilton Burger.

—Cuidado —advirtió—, está cargada.

El procurador examinó el revólver y lo entregó a Alexander Redfield. El experto estudió, a su vez, el arma, abrió el tambor, contempló el cartucho vacío y, sacando un estilete de grabador del bolsillo, marcó en los cartuchos la posición que ocupaban dentro del tambor. Luego cerró éste y se guardó el arma en un bolsillo.

—Ahora —dijo Hamilton Burger—, exijo que me expliquen lo que ha pasado esta noche, y dónde estaba este hombre.

—¡No veo en qué puede esto interesarle! —dijo Mason.

—Pues, sencillamente, porque este hombre ha huido —replicó el fiscal—. No crea que la policía, es tonta, Mason. Esta mañana, poco después de la identificación del cadáver, hemos descubierto que Conway había ido al despacho de la agencia Drake, y que, alrededor de una hora más tarde, Della Street, su eficiente secretaria, ayudaba a su cliente a huir.

—¿Por qué había de hacer yo una cosa así? —preguntó el abogado.

—Sencillamente, para evitar que su cliente fuese interrogado.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí ahora?

—Porque ya han tenido tiempo de preparar alguna fábula.

—Discúlpeme, señor fiscal —señaló Perry Mason—, pero sus sospechas carecen de todo fundamento. Nadie ha huido. Sencillamente, el señor Conway ha pensado que sería poco adecuado que yo le viese en su departamento. Yo estaba haciendo ciertas investigaciones, para descubrir hasta qué punto mi cliente

estaba metido en una trampa. Por lo tanto, pedí al señor Conway que fuese a un lugar donde le pudiera visitar, durante la noche, sin molestar a nadie y sin llamar, inútilmente, la atención.

»Conway, señores, ha pasado la noche en el *Gladedell Motel*, donde ha ocupado el *bungalow* 21. Se ha inscrito con su propio nombre y, por lo tanto, no puede acusársele de haber querido esconderse.

—En este caso —exclamó Burger—, ¿por qué ha esperado hasta esta mañana, a las nueve, para relatar los hechos y entregar las pruebas que poseía?

—¿Qué pruebas?

—El arma del crimen, que ahora tiene Redfield.

—Le repito, nuevamente, que ignoro si ese revólver es lo que usted afirma. Yo sabía sencillamente que usted no estaría en su despacho antes de las nueve de la mañana y el señor Conway y yo nos hemos combinado las cosas para llegar lo antes posible. Además, no sería difícil demostrar que ha llegado usted excepcionalmente temprano, porque deseaba interrogar a mi cliente.

—Es una cuestión de pura rutina —comentó Hamilton Burger—. Pero hubiera debido entregar el arma del crimen a la policía ayer noche, y lo sabe. ¡Se ha cometido un crimen con ella!

—Espero que no —contestó Mason—, porque esto complicaría mucho las cosas.

—¿Me permite una palabra, señor fiscal? —intervino Alexander Redfield, después de carraspear.

—¡Ahora no! —repuso Hamilton Burger—. Exijo, ante todo, que el señor Mason nos dé una explicación.

—No la hay, porque no estoy dispuesto a admitir lo que usted afirma. Ignoro si se trata del arma del crimen. Por el contrario, he tenido la sensación bien clara de que se quería meter a mi cliente en una situación muy fea, obligándole a apoderarse de un arma que había servido recientemente. Por lo tanto, me he esforzado en obtener datos sobre ese revólver y sobre todo, en saber de dónde procedía.

—Y, ¿lo ha conseguido? —preguntó Burger.

—Sí. Para su información, ese revólver fue adquirido hace tres años por la Compañía Integral, para permitir que el cajero se

defendiese de un posible ataque de los malhechores. Por otra parte, puedo aclararle que me ha costado enormemente obtener, esta misma noche, informes susceptibles de ayudarle a usted ahora.

—¡Ha estado en Elsinore! —exclamó Hamilton Burger.

—No lo niego.

—¿Por qué?

—Porque he pensado que el señor Norton B. Calvert, que vive en aquella ciudad, podría, tal vez, ayudarnos a averiguar la identidad de la muerta.

—Perfecto —dijo Burger con tono burlón—. ¿Puede explicarnos qué método intuitivo ha seguido para llegar a esta conclusión?

—Señor Burger —repuso Mason—. Contestaré a esta pregunta, con la condición de que usted me asegure que me la hace oficialmente y que estoy obligado a contestarla como ciudadano y como miembro de la curia.

—¿Qué se propone usted? —gritó Hamilton Burger.

—Trato de protegerme. Le repito mi pregunta.

—Pues, sí, se la hago oficialmente. Contésteme.

—Muy bien. Así pues, le diré que pensando que se trataba de una trampa, y observen señores, que no se trata de una sencilla suposición mía, he considerado que guardaba relación con la batalla entablada por los adversarios de mi cliente, con la intención de poner de su parte a la mayoría de accionistas de la Compañía Integral.

»Por eso, realicé, ayer por la noche, una investigación, en la que descubrí que Gifford Farrell se interesaba mucho por una joven llamada Rose Calvert. Descubrí que su descripción correspondía, exactamente, a la de la persona cuyo cadáver había visto en el Hotel Redfern. Por lo tanto, decidí ir a ver al marido de Rose Calvert, para pedirle que me enseñara fotografías de su esposa.

—¿Cómo consiguió la dirección del marido? —intervino el teniente Tragg.

—Me habían dicho que en el buzón de Rose Calvert había una carta, y que la dirección del remitente correspondía a Norton Calvert, 6831, Washington Heights, Elsinore.

—¿Cómo consiguió esta información?

—Por un detective, que a su vez lo había sabido por uno de sus colegas, que estaba encargado de vigilar el departamento de Rose

Calvert.

—¿No sería la señora Farrell quien le hizo dicho encargo? —preguntó el teniente Tragg.

—No he aludido a eso, teniente —contestó Mason—. No he mencionado ningún nombre. Trato sencillamente de explicarle el conjunto de circunstancias que me indujeron a ir a Elsinore. Contesto a una pregunta y no formulo ninguna acusación.

—En todo caso —comentó irónicamente Hamilton Burger—, ha tenido usted una intuición notable, a menos que posea el don de la telepatía, porque resulta que el cadáver es, efectivamente, el de Rose Calvert. Pero nosotros sólo lo hemos sabido esta mañana a las seis cuando, según todas las apariencias, usted estaba enterado, desde hacía horas, pero se ha abstenido de comunicarlo.

—Es falso —indicó Mason—. Vi fotografías y observé una gran semejanza. Por lo tanto, manifesté al señor Calvert que temía que su esposa hubiese sido víctima de una tragedia, pensando que, si él quería cerciorarse de ello, se pondría en contacto con la policía. Comprendan mi posición: no podía afirmar que Rose Calvert había sido asesinada, sin estar seguro de ello, para correr el riesgo de verla comparecer disfrutando de buena salud. Identificar un cadáver, mediante fotografías, es una cosa delicada, y estoy seguro de que usted, teniente Tragg, lo comprenderá fácilmente.

—¡Veo que de repente se ha vuelto usted muy prudente! —dijo el fiscal del distrito.

—Quería estar seguro.

—En todo caso, ¿está seguro de que nos dice la verdad sobre la manera cómo descubrió la dirección del marido?

—¿A qué se refiere?

—En el buzón de Rose Calvert no había ninguna carta —exclamó Burger, triunfalmente.

—Lo siento; pero, sin embargo, fue de ese modo que conseguí la dirección.

Hamilton Burger se encaró con el experto en balística.

—Redfield —dijo con tono seco—, váyase a su laboratorio y examine este revólver. Redacte un informe estableciendo que se trata del arma del crimen. Por lo menos, será trabajo avanzado. Además, para eso está usted aquí.

—¿Puedo decirle algo, señor fiscal? —preguntó Redfield,

mientras se ponía en pie.

—¿Qué pasa? —gritó Burger, agotada la paciencia—. ¿De qué se trata? ¡Ya es la segunda vez que intenta interrumpirme!

—Este revólver no puede ser el arma del crimen. La bala que mató a Rose Calvert fue disparada con un Colt, y este revólver es un Smith y Wesson. En el mismo momento que el señor Conway me lo ha entregado, he sabido que no podía tratarse del arma fatal.

—¿Qué…? —aulló Hamilton Burger.

El teniente Tragg tuvo un sobresalto, mientras que Mason hacía verdaderos esfuerzos para conservar un rostro impasible. En cuanto al fiscal del Distrito, pareció desorientado.

—Ya —dijo—, ¡siempre la misma historia! Mason se ha apoderado del arma del crimen y la ha cambiado por otra.

—¡Protesto enérgicamente! —interrumpió el abogado.

—¡Proteste todo lo que quiera, pero no me importa! —aulló Burger—. Conozco demasiado bien sus trucos, sus estratagemas…

—Un momento —volvió a interrumpir Mason—. No diga estupideces. Siempre estoy dispuesto a recurrir a métodos desacostumbrados para comprobar la declaración de un testigo, pero, ciertamente, no me arriesgaría a cambiar un arma, sobre todo si se tratase del instrumento del crimen, como tampoco aconsejaría a un cliente, que mintiera sobre esto.

—Palabras —declaró el fiscal.

Hubo un momento de silencio y luego Burger descolgó el teléfono:

—Hagan pasar a Gifford Farrell —ordenó.

Se abrió una puerta y el sargento Holcomb entró, precedido por un individuo alto y de aspecto bonachón.

—El señor Gifford Farrell —comentó el fiscal, sin dirigirse a nadie en particular.

De unos treinta años de edad, Gifford Farrell era guapo, tenía anchos hombros y caderas estrechas. Su rostro moreno, se adornaba con un delgado bigote y sus ojos eran tan negros, que no se podía distinguir la pupila. Iba vestido con una americana sport, a cuadros marrones, y un pantalón de gabardina.

—¿Conoce al señor Conway? —le preguntó Hamilton Burger.

—Desde luego —declaró Farrell, con una sonrisa—. ¿Cómo estás, Jerry?

—Hola, Giff —gruñó Conway.

—Y este es el señor Perry Mason —prosiguió el fiscal—. Acaba de acusarle de haber tratado de meter en una trampa a su cliente, el señor Conway.

La sonrisa se heló en los labios de Farrell, que miró al abogado con hostilidad.

—No he hecho tal cosa —aclaró suavemente Mason—. Me he limitado a aclarar al fiscal que tenía la *impresión* de que mi cliente había sido atraído a una trampa.

—¡Ha hablado usted de la batalla que se libra respecto a los accionistas de la Compañía Integral, y ha dicho que la trampa formaba parte de la lucha entablada contra su cliente! —exclamó Burger.

—Exacto —convino Mason—. Y sostengo lo que he dicho, añadiendo que hay grandes probabilidades de que el señor Farrell pueda ser considerado sospechoso de participación en todo el asunto.

—¡Ahí tiene! —exclamó el fiscal.

—¡Sus palabras no me gustan! —intervino Farrell.

Mason examinó a Farrell de pies a cabeza.

—Nadie le ha pedido su opinión —repuso.

Farrell avanzó un paso en dirección al abogado, que permaneció inmóvil.

—¡Un momento! —gritó Hamilton Burger.

Farrell se detuvo.

—Farrell —prosiguió Burger—, ¿qué sabe sobre un revólver comprado hace tres años para asegurar la protección eventual del cajero de la Compañía Integral?

—Me temo que nada en absoluto —contestó Farrell.

—Reflexione bien —insistió el fiscal—. Este revólver fue entregado al cajero para…

—¿Quién autorizó la orden de compra? —interrumpió Farrell.

—El señor Conway ha reconocido que probablemente fue él.

—Señores —declaró Farrell, con ancha sonrisa—, ahí tienen la respuesta.

—Según tengo entendido —interrumpió Mason—, ¿conocía usted a la joven que fue hallada muerta en el hotel Redfern, señor Farrell?

—¿Y qué? —preguntó Farrell, con aire impertinente.

—La conocía bastante íntimamente, ¿verdad?

—¿Es que me está acusando de algo?

—Me limito a hacer una pregunta.

—A la que no tengo por qué contestar. Solo consentiré en hacerlo a las que me formule la policía y el fiscal.

—¿Trabajaba para usted Rose Calvert? —preguntó Burger a Farrell.

—Sí, señor. Realizaba un trabajo de carácter muy confidencial que no me hubiese atrevido a confiar a una secretaria normal. Debía realizarlo alguien ajeno a mi negocio, y había escogido a la señora Calvert. Y debo añadir esto: Conway supo, ignoro cómo, que la señora Calvert estaba confeccionando la lista de accionistas que habían depositado su confianza en mí, y ofreció cinco mil dólares, en efectivo, a esa joven para que le facilitara la lista.

—¡Es falso! —exclamó Conway—. Nunca hablé a esa persona… Por lo menos, de ese trabajo, porque ignoraba que estuviera haciéndolo.

—Ella me aseguró todo lo contrario —insistió Farrell.

—¿Y usted? —intervino Mason—. ¿Hasta qué punto había intimado con ella?

—Soy yo el que dirijo la investigación, señor Mason —dijo Burger.

—Déjeme manifestarle —prosiguió el abogado—, que el marido de la señora Calvert declara que Gifford Farrell conocía, demasiado bien, a su esposa.

—¡Mentira! —exclamó Farrell—. Mis relaciones con Rose Calvert eran puramente amistosas, aparte de las cuestiones laborales.

—¿Le había regalado alguna ropa? —preguntó Mason.

—¡No! Y quien pretenda lo contrario, es un condenado mentiroso.

—En tal caso, he hablado con una persona que me ha mentido, porque me ha asegurado que había usted regalado a Rose Calvert un bikini, por mediación de una revista. Resultará muy fácil encontrar en los archivos la orden de compra firmada por usted.

La sorpresa se pintó en el rostro de Farrell, que bajó los ojos, mientras todos los presentes le observaban con interés creciente.

—Me parece, señor Mason —dijo Farrell, después de lanzar un profundo suspiro—, que ha hecho usted una montaña de un grano de arena. En efecto, como asegura, encargué un bikini, para gastar una broma a uno de mis asociados. Rose Calvert no tuvo nada que ver en el asunto.

—En tal caso, ¿cómo es que ella se puso el citado bikini? —inquirió Mason, con tono suave.

—¡Es falso! —exclamó Farrell.

—Entonces, ¿cómo justifica la existencia de fotografías de Rose Calvert, ataviada con el citado bikini, tomadas en su habitación, durante un viaje de su esposa a Nueva York?

Farrell no pudo contestar nada al abogado y permaneció callado. El silencio se prolongó.

—¿Bueno? —insistió Hamilton Burger—. Estamos esperando, Farrell.

—No entiendo nada —declaró Farrell—. He venido aquí para ayudar, en la medida de mis posibilidades, a que se encuentre al asesino de Rose Calvert y no para que me interrogue un leguleyo que trata de proteger al asesino enredando las pistas.

»Se ha hablado mucho de una trampa, pero tengo la clara impresión de que haría muy bien en hacer que un abogado me aconseje.

—¿Niega haber tomado esas fotografías? —preguntó Mason.

—¡Váyase al diablo! —gritó Farrell.

—Señor Burger, he sostenido una larga conversación con el señor Farrell, y estoy convencido de que es un hombre de bien —intervino el sargento Holcomb—. Perry Mason trata simplemente de despistarnos.

—En todo caso —dijo Burger—, no veo ningún motivo para que esta entrevista degenere en disputa. Conway se ha presentado y ha relatado su historia. El revólver que nos ha entregado, asegurando que es el que cogió a una mujer en el hotel Redfern, no es el arma del crimen.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Farrell—. En este caso, Conway ha cambiado los revólveres.

—No es preciso que explique los hechos que ya están claros —dijo el fiscal, con dignidad—. La ingeniosidad legal del señor Mason, es demasiado conocida para que sea necesario comentarla

aquí.

»Deseo hacer algunas preguntas, suplementarias, al señor Farrell. El señor Mason y el señor Conway pueden retirarse. Si les necesito les llamaré de nuevo.

—Venga, Jerry —indicó Mason, cogiendo a Conway por un brazo.

Abrió la puerta y los dos hombres salieron al pasillo para dirigirse a la sala de espera, que estaba llena de periodistas y de fotógrafos cargados con sus aparatos. Hubo destellos deslumbradores en tanto que los periodistas se precipitaban sobre los dos hombres para acosarlos a preguntas. De muy mal humor, Conway trató de sacárselos de encima.

—No se preocupe usted, Jerry —intervino Mason, que añadió, después de encararse con los representantes de la prensa—: Estamos dispuestos a hacer una declaración, señores. Se ha tratado de comprometer en un crimen a mi cliente, Jerry Conway. Ignoro si, una vez cometido el crimen, el asesino trató, como último recurso, de echar las culpas sobre el señor Conway, o si todo había sido organizado a fin de desacreditar al señor Conway, en un momento en que éste está librando una dura batalla para conservar la supremacía en la Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas. Únicamente puedo contestarles lo que ha pasado, señores, y asegurarles nuestro deseo de colaborar al máximo con las autoridades, para solucionar este asunto.

—Le escuchamos —indicó uno de los periodistas.

—Cuéntele su historia, Jerry —señaló Mason—. Es preferible que los diarios tengan una versión directa de los hechos, antes que una deformada que les facilite alguna de las personas presentes en el despacho del fiscal… Por ejemplo, Gifford Farrell.

Y mientras los periodistas se apretujaban a su alrededor, Conway empezó su relato.

Capítulo 10

Mientras acompañaba a Mason al *Gladedell Motel*, donde el abogado había dejado su coche, Conway se relajó.

—Bueno —dijo—, la entrevista con la prensa no ha resultado mal, ¿verdad? ¿Qué tal lo he hecho, Perry?

—Muy bien. Creo que ha causado buena impresión a esos muchachos, cosa muy importante. Después, ha tenido la suerte de ser el primero, de modo que será su versión y no la de Farrell la que aparezca en los diarios.

—¡Vaya cara que ha puesto Farrell cuando le ha hablado usted del bikini! —exclamó Conway, encantado.

—Lo que no quiere decir, Jerry que el asesino de Rose Calvert sea él.

—Sin embargo, no tendría nada de extraño.

—No olvide que ignoramos si se trata de un crimen. Rose Calvert pudo muy bien suicidarse. En todo caso, el asunto del revólver me intriga bastante.

—¿Por qué?

—¡Porque no es el arma del crimen!

—¡Válgame Dios, qué sensación de alivio he tenido cuando ha hablado el experto en balística! —comentó Conway—. Gracias a él, quedo completamente exento de culpa.

—No estoy tan seguro. Encuentro algo raro en todo esto, que no me gusta. Meditemos. La mujer de la mascarilla de barro quería, según todas las probabilidades, que usted le quitase el revólver de las manos. No tenía intención de disparar contra usted. Esto es seguro, a juzgar por la manera como actuó.

—Pensándolo mejor —reconoció Conway—, ya no estoy tan seguro de que estuviese muerta de miedo… En todo caso, no hay por qué preocuparse, ya hemos salido del atolladero.

Como Mason no respondiera, Conway condujo en silencio durante un rato.

—Hemos llegado —dijo por fin—. Ahí está su auto.

—Un momento —indicó Mason—. Un poco más lejos hay detenido un coche de la policía. Vayamos a ver lo que hacen por aquí. Adelánteles lentamente, Jerry.

Conway obedeció.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason—. Registran el terreno del motel con detectores de minas.

—¿Para qué?

—Piensan que usted ha realizado un cambio de armas y que ha enterrado aquí el revólver que sirvió para matar a la víctima… ¡Mire hacia la izquierda, aprisa!

Uno de los policías había dejado el detector de minas y llamaba con, voz excitada a sus colegas. Algunos de estos corrieron hacia él, y Mason distinguió a un hombre que mostraba un revólver. Como habían rebasado el grupo, Conway apretó el freno y aminoró la marcha.

—¡Siga avanzando! ¡Prosiga! —ordenó el abogado.

—¡Ese hombre tenía un revólver! —exclamó Conway.

—Desde luego, y lo que es más, lo ha encontrado en el suelo, delante del *bungalow* que usted ha declarado haber ocupado esta última noche. Bueno, Conway, ¿y si me contara la verdad?

—¡No le comprendo!

—Se ha creído usted muy listo: ha enterrado el colt y, después, ha ido a su despacho a buscar otro revólver: el que esta mañana ha entregado al experto en balística.

—¡No he hecho nada de eso! —protestó Conway, encolerizado.

Y disminuyó la marcha del automóvil.

—No se detenga —ordenó el abogado—, o estamos listos.

—Vamos, Mason, no soy ningún loco. Me he puesto en sus manos, le he pedido consejo. Le he hecho caso y…

—¡Está bien, está bien! Cállese y déjeme reflexionar.

—¿A dónde quiere que vaya?

—Dé la vuelta a la manzana y luego condúzcame hasta mi coche. Después…

Una sirena aulló tras ellos.

—¡Ya está! —dijo el abogado—. Deténgase junto a la acera y

trate de imaginar lo que va a contarles. Sin duda nos ha reconocido.

Pero la sirena había sido accionada por el conductor del coche policíaco, para despejar el camino, y el poderoso vehículo pasó velozmente y desapareció.

—Se llevan al laboratorio el revólver que acaban de encontrar.

—¿Cómo podía saber, anticipadamente, Giff Farrell a dónde pensaba yo ir, para venir aquí a esconder el revólver? —preguntó Conway.

—Adoptó usted precauciones para que no le siguieran hasta el hotel Redfern. Pero cuando se marchó de allí no se aseguró de si alguien le seguía.

—Cuando llegué no llevaba a nadie detrás mío; había despistado a los perseguidores. Por lo tanto, no podían saber que iba al Redfern.

—Admitiendo que le hayan tendido una trampa, no hay duda de que le esperaban en el Redfern y muy bien pudieron seguirle hasta el despacho de Drake y desde allí hasta el *Gladedell Motel*. ¡Qué idea más brillante! Obligarle a apoderarse de un revólver que usted se imagina es el arma del crimen, ponerle ante el dilema sobre lo que ha de hacer con dicha arma, y luego obligarle a ir a contar una historia fantástica al fiscal del Distrito. ¡Y, a continuación, se descubre que, durante la noche, ha efectuado usted un cambio de armas!

—¡Ya le había dicho que Farrell era muy listo! —dijo Conway, completamente abrumado.

—Si —reconoció Mason—, esto es lo que yo llamo una bonita trampa.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—De momento, permanecer quietos. Esperaremos, porque si los hechos han ocurrido tal como yo imagino, deberé recurrir a todos mis recursos jurídicos e intelectuales para sacarle de esto. Entretanto, condúzcame a mi coche, Conway. Me espera mucho trabajo.

—¿Y yo? ¿Qué debo hacer?

—Regresar a su casa. Cuando el revólver que la policía acaba de descubrir, haya sido examinado en el laboratorio de balística, no hay duda que le llamarán para ser interrogado, y si resulta ser el arma del crimen, será acusado de homicidio en primer grado.

—¡Estoy perdido! —exclamó Conway—. Un tipo como Farrell, no podía contentarse con una sencilla trampa. ¡Tenía que añadir lo que él llama el toque artístico!

—De todos modos, Farrell no esperaba que se descubriese la historia de las fotografías, ni que su mujer estuviese enterada de ello.

Conway detuvo su coche junto a la acera.

—Perry —dijo—, no puedo continuar. Tiemblo como una hoja. Ahora sé lo que me espera: incluso aunque no me acusen de homicidio en primer grado, estoy listo en lo que respecta a la compañía. ¡Los accionistas van a inclinarse hacia Farrell como un solo hombre!

—Vamos, domínese un poco. Y no olvide esto: si le convocan en el despacho del fiscal del Distrito y le colocan ante la nariz el arma del crimen, declarándole que se le acusa de asesinato en primer grado, exija que el proceso tenga lugar antes de la asamblea general de los accionistas de su compañía. Insista en el hecho de que ha sido víctima de una maquinación que forma parte de la lucha que sus adversarios libran contra usted.

Capítulo 11

Era casi el mediodía cuando Perry Mason detuvo su coche en las cercanías del hotel Redfern. Compró un diario, lo abrió y se dirigió, con paso rápido, hacia la entrada del edificio. Después, atravesó el *hall*, con la cabeza inclinada sobre el diario, como si estuviese absorto con la lectura de un artículo deportivo y penetró en el ascensor.

—Séptimo piso —dijo, siempre sin apartar el diario de delante de su rostro.

El ascensor se puso en movimiento.

—¿Dónde está su amigo? —preguntó, bruscamente, la ascensorista.

—¿Quién?

—El que se interesa por mi libro.

Mason bajó el diario y contempló a la joven con interés no disimulado.

—Caramba —comentó—. Es usted. ¿Qué hace aquí?

—¡Manejo el ascensor!

—Ya lo veo. ¿Trabaja las veinticuatro horas seguidas?

—No. Hacemos turnos de ocho horas y cambiamos el servicio cada quince días.

—¿Cómo me ha reconocido?

—Por los pies.

Mason contempló sus zapatos con aire pensativo. El ascensor se detuvo en la séptima planta.

—¿Qué tienen de extraordinario mis zapatos? —preguntó el abogado.

—No son sus zapatos, sino sus pies y la manera como separa las piernas, como si se dispusiera a pegar un puñetazo a alguien. Por lo general, la gente se balancea de un lado a otro. ¡Pero usted es del

tipo inaccesible!

—Gracias por el cumplido. Trataré de portarme como la gente normal.

—¡No, sobre todo!

Y la chica lanzó a Mason una mirada provocativa.

—¿A dónde va? —prosiguió.

Sonó el timbre de llamada.

—Será mejor que baje —indicó Mason.

—¡De acuerdo, tío listo! Pero no imagine que no he adivinado su truco: me ha hablado usted para que yo no le haga ninguna pregunta embarazosa, ¡Cuando le digo que es inaccesible!

Cerró la puerta de la cabina y el ascensor descendió.

Mason se dirigió hacia la habitación 728, cuya puerta abrió sin llamar. Un hombre estaba sentado en una silla, con los pies sobre la cama y un cigarrillo en los labios. Mason cerró la puerta.

—¿Es usted el empleado de Drake? —preguntó el abogado.

—Buenos días —dijo el hombre, sin comprometerse, y bajando los pies.

—Usted me conoce, pero yo no sé quién es usted.

El detective sacó su cartera del bolsillo y la alargó a Mason.

—¿Ha registrado a fondo este lugar? —preguntó el abogado.

—Sí, pero no he encontrado nada.

—Vamos a hacerlo de nuevo entre los dos. ¿Tiene una linterna eléctrica?

El hombre se acercó a una cartera de cuero y sacó una linterna, que entregó a Mason. Este se puso a examinar detenidamente los bordes de la alfombra. Fue al cuarto de baño para inspeccionar el lavabo y, después, regresó a la habitación.

—¿Va a dormir aquí? —preguntó.

—Solo debo hacerlo si el jefe me lo ordena.

—Muy bien. Pero como ha cogido esta habitación después de la marcha de otro cliente, la camarera ha debido rehacer la cama. Quisiera verla más de cerca. Ayúdeme. Quitaremos las sábanas y las mantas. Quiero examinar el colchón.

—Muy bien —aceptó Inskip—, a sus órdenes. Descubrieron el colchón y Mason empezó a examinarlo, cuidadosamente.

—No sé lo que busca aquí —dijo el detective—, pero, en esta habitación, no ha sucedido nada. En todo caso, he oído decir que la

bala ha sido hallada en el pecho de la muerta. Falleció, instantáneamente y sangró muy poco, siendo absorbida la sangre por el jersey.

—No estará de más comprobarlo. Coja el colchón por una esquina y démosle la vuelta.

Mason reanudó su inspección.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué es lo que veo?

Inskip se acercó y contempló, en el colchón, un agujerito redondo.

—Se diría que alguien ha apoyado el cañón de un revólver contra el colchón y ha disparado.

—Busquemos la bala —ordenó Mason.

Y hundió un dedo en el agujero.

—No noto nada —dijo—. Necesitaría un objeto largo para poder sondear este agujero, que es profundo.

—En el armario hay unos alambres —indicó Inskip—. Y en mi cartera tengo un par de alicates. Con esto podríamos espabilarnos y fabricar una sonda.

Inskip se ausentó y regresó, en seguida, con un alambre bastante largo. Mason lo cogió y lo introdujo en el agujero.

—Noto un objeto duro —anunció—. Habrá que torcer la extremidad del alambre para formar una especie de gancho.

Inskip cogió el alambre y con ayuda de sus alicates lo torció tal como le pedía Mason. Luego se puso a su vez a tantear en el agujero del colchón.

—Creo que tengo la bala —dijo.

Con precaución, retiró el alambre y un objeto brillante surgió del agujero y cayó en el suelo. Mason lo recogió.

—Una bala de calibre 38.

Permaneció pensativo, un momento, y, después, hizo una señal a Inskip.

—Rehagamos la cama —ordenó—. Después, con la punta de un cortaplumas, si lleva alguno en su cartera, marque la bala, de modo que pueda reconocerla, pero procurando deformarla lo menos posible. A continuación, guárdela en su billetero y no se separe de ella bajo ningún pretexto.

—Preferiría que la guardase usted.

—No —objetó el abogado—. No me interesa, en absoluto, ser

testigo en un asunto en el que actuó como abogado. Por lo tanto, envuelva cuidadosamente esta bala para no destruir ninguna de las estrías que tiene, y, se lo repito, guárdela como si fuese un tesoro.

—¡Que me ahorquen si sé cómo ha podido ir a parar dentro de ese colchón!

—Es una de las cosas que tendremos que descubrir.

—¿Hemos de hablar de nuestro descubrimiento?

—Ahora no. La policía se burlaría de nosotros y aseguraría que fabricamos pruebas falsas. ¿Ha tenido alguna vez conflictos con la policía?

—No.

—Perfecto —dijo el abogado—. Guarde este gancho de alambre para poderlo enseñar en caso necesario. ¿Tiene intención de comunicar a la policía nuestro descubrimiento, Inskip?

—Lo preferiría, señor Mason.

—En todo caso, no hable antes de las diez de la noche. Desearía ser el primero en comunicar el hecho a la policía. Después, puede usted…

—Prescindamos del factor tiempo —interrumpió Inskip—. Le sugiero esto: le he dicho que la policía tenía que ser informada, y usted me ha contestado que se encargaba de ello. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Y yo no le he dicho cuándo pensaba avisar a las autoridades, ¿no es eso?

—No. He tenido el fallo de no preguntárselo. ¡Ha sido mi único error!

—De acuerdo —dijo Mason.

Capítulo 12

El juez Clinton De Witt hizo una seña a Hamilton Burger.

—¿Desea usted hacer una declaración preliminar, señor Burger?

Burger asintió, se levantó y se dirigió hacia el estrado del jurado.

—Señoras y señores del jurado —dijo—, voy a hacer una de las exposiciones preliminares más breves de mi carrera. Tenemos intención de demostrar que el 16 de octubre, el acusado, Gerald Conway, era presidente de una compañía, registrada bajo el nombre de Compañía para el Desarrollo Integral de California y de Texas, corrientemente conocida por Compañía Integral.

»El señor Conway había entablado una batalla en relación con los accionistas, con un antiguo director de la citada compañía, llamado Gifford Farrell. Han aparecido comunicados en la prensa, anunciando que la asamblea general de dichos accionistas, tendrá lugar dentro de tres días. A petición del acusado, este proceso se celebra hoy, con el fin de que sus conclusiones puedan ser conocidas antes de la mencionada asamblea.

»Tenemos la intención de demostrar que la víctima, Rose Calvert, estaba realizando una lista, sumamente secreta, de los accionistas que habían transmitido sus poderes al señor Farrell, la cual entregó a este último.

»Al mismo tiempo, les demostramos que, de una u otra manera, el acusado supo que la víctima confeccionaba tal lista, y que después de haber tratado, inútilmente, de sobornar a la víctima, intentó apoderarse de la lista con la amenaza de un revólver. La víctima se resistió y fue muerta.

»Tras esto, probaremos que el acusado facilitó a la prensa y a la policía una versión fantástica de los hechos, con el fin de justificar su presencia en la habitación donde se cometió el crimen. Pretendemos demostrar que el acusado fue a buscar al abogado,

aquí presente, Perry Mason, mucho antes de que se descubriese que se había cometido un crimen. Nos proponemos demostrar que Perry Mason empezó inmediatamente a plantear un sistema de defensa que consideraba beneficioso para la acusada. Este último fue obligado a desplazarse al *Gladedell Motel*, donde ocupó durante una noche, el *bungalow* 21.

»Nos proponemos demostrar que, durante esa noche, el acusado enterró el arma del crimen. Se trata de un revólver Colt número 740818, calibre 38, del que se sirvió, sin duda alguna, para disparar la bala que mató a Rose Calvert.

»Nos proponemos demostrar que el acusado fue al hotel Redfern, entró en la habitación del crimen después de haber dado un nombre falso al recepcionista, para hacer creer a este último que la joven que ocupaba la habitación era su secretaria. Seguidamente demostraremos que la habitación, antes citada, fue alquilada por la victima bajo este falso nombre, y que el acusado entró en ella, según sus declaraciones, con una llave que tenía, que permaneció allí un espacio de tiempo apreciable y que después salió del hotel y fue a consultar al abogado. Demostraremos que el abogado del acusado conocía la identidad de la mujer asesinada mucho antes que la policía, y que, únicamente pudo obtener esta información de boca del propio acusado.

»Como resultado de estas pruebas, señoras y señores del jurado, les pediremos un veredicto de asesinato en primer grado.

Hamilton Burger dio media vuelta y regresó con pomposa dignidad hasta su mesa.

El juez De Witt miró a Perry Mason.

—¿Desea la defensa hacer ahora una declaración, o prefiere reservársela para más adelante?

—Deseo hacer esta declaración ahora, Señoría —indicó Mason.

Se levantó y fue a situarse ante el jurado.

—Con la venia del tribunal y de ustedes, señoras y señores del jurado —dijo—, voy a hacer la declaración más breve de mi vida.

»Se acusa a mi defendido de asesinato en primer grado. En la actualidad, está librando una batalla para el dominio de la Compañía Integral, cuya empresa posee enormes intereses. Tenemos intención de demostrar que se ha hecho una tentativa para que mi cliente se vea acusado de asesinato, o al menos, de que quede tan

desacreditado como sea posible para arrebatarle la dirección de la Compañía Integral.

»Para realizar tal cosa, señoras y señores, hay que recurrir a dos factores: los falsos testimonios y las pruebas indirectas. Nos proponemos demostrar que en este asunto se han utilizado ambos. Además, según establece la ley, cuando la acusación recurre a las pruebas indirectas para establecer su tesis, si la defensa puede exponer una hipótesis razonable que invalide la culpabilidad y que se apoye en dichas pruebas indirectas, es deber sagrado del jurado el aceptar esta hipótesis y absolver al acusado.

»Nos han declarado ustedes, señoras y señores del jurado, que se ceñirían a las instrucciones del Tribunal, y éste les precisará que la ley dice lo que acabo de manifestarles.

»En tales circunstancias, solicitaremos de ustedes un veredicto de inocencia.

—Señor fiscal del Distrito —dijo el juez—, puede llamar a sus testigos.

—El primero será el sargento Holcomb —señaló Hamilton Burger.

El sargento se instaló en el sillón de los testigos, prestó juramento y relató la conversación que había tenido con Perry Mason en el hall del hotel Redfern. Precisando cómo, cuando subió a una habitación, había descubierto el cadáver de una joven tendida en la cama.

—En el curso de su conversación con el señor Mason —preguntó el fiscal—, ¿le dijo este último cómo había llegado a descubrir el cuerpo?

—Sí —repuso el sargento Holcomb.

—¿Qué le dijo Mason?

—Protesto —exclamó el abogado—. La pregunta es improcedente y sin importancia, desde el momento que dicha conversación no tuvo lugar en presencia del acusado.

—¿Reconoció el señor Mason si actuaba como abogado de alguien cuando descubrió el cuerpo? —preguntó el fiscal.

—Sí.

—¿Le precisó si se trataba del acusado, aquí presente? —inquirió el juez De Witt.

—No.

—Se acepta la protesta de la defensa, por lo menos, de momento —dictaminó el juez.

—Sargento Holcomb, ¿subió usted a la habitación 729? —prosiguió Hamilton Burger.

—Sí, señor.

—¿Qué encontró en ella?

—El cuerpo de una mujer muerta, tendida sobre una cama.

—¿Cuál era la posición del cadáver?

—Estaba tendido en diagonal, con el brazo derecho levantado como si la fallecida hubiese tratado de protegerse…

—Solicito que esta frase sea suprimida de las actas del proceso —intervino Mason—, porque el testigo no tiene por qué sacar conclusiones.

—Concedido —declaró el juez De Witt—. Limítese el testigo a detallar la posición del brazo, sin tratar de explicar por qué se encontraba en tal posición.

—Limítese a indicar a los jurados la posición del brazo —sugirió Hamilton Burger, con aire triunfal, sabiendo muy bien que el jurado había tomado nota del detalle, pese a la oposición de Mason.

El sargento Holcomb alzó un brazo y lo colocó ante su rostro.

—Puede proceder al contrainterrogatorio —invitó Burger a Mason, con tono brusco.

—¿Estaba, efectivamente, la mano derecha colocada ante el rostro, en la posición que acaba de indicarnos? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Mientras, el brazo izquierdo colgaba?

—Sí.

—¿Tocó usted el cuerpo?

—Toqué la muñeca derecha para asegurarme de que el pulso ya no latía.

—¿La mano derecha no descansaba sobre el rostro?

—No, señor, había un espacio libre entre el rostro y el brazo. El *rigor mortis*, ya se había presentado.

—¿Qué sabe usted del *rigor mortis*?

—Es la rigidez que se produce después de que alguien ha muerto —explicó el sargento.

—Así, pues, la mano derecha estaba levantada y el cadáver mostraba el *rigor mortis*, ¿no es así?

—Sí.

—Hábleme del brazo izquierdo.

—Colgaba al borde de la cama.

—¿Lo tocó usted?

—Sí.

—Dice que, «colgaba»; ¿se refiere a que el brazo izquierdo no estaba rígido? ¿Le fue posible moverlo?

—Sí, osciló ligeramente. Pero no traté de doblar el antebrazo.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—Mi próximo testigo es Gifford Farrell —señaló Hamilton Burger.

Farrell se instaló, con aire concentrado, en el sillón de los testigos y Hamilton Burger encargó a su ayudante, Marvin Elliott, que procediera al interrogatorio.

—¿Conocía usted a la señora Calvert? —preguntó Elliott.

—Sí.

—¿Estaba casada?

—Sí, pero separada de su marido.

—¿Sabe qué trabajo realizaba la señora Calvert antes de su muerte?

—Trabajaba para mí. Estoy librando una batalla por la Compañía Integral, y la señora Calvert llevaba al día la lista de accionistas de esta sociedad que me confiaban sus intereses.

Elliott se volvió hacia Perry Mason.

—Aquí tengo una lista que contiene el nombre de los accionistas —indico—, y la cantidad de acciones de cada uno de ellos, en cada una de cuyas páginas aparecen sus iniciales y las del acusado. Creo que tiene usted intención de manifestar que dicha lista fue entregada al fiscal del distrito por la mañana del 17 de octubre.

—En efecto, tal es mi intención —declaró el abogado—. Precisaré, además, que esta lista fue hallada, por el acusado, bajo el asiento delantero de su coche, durante la noche del 16 de octubre y que la entregó al fiscal, precisando que podría servir de prueba en este asunto. Añadiré que el acusado ignora cuándo y cómo había sido colocada esta lista en su automóvil.

—Muy bien —dijo Elliott—. Tenemos el propósito de demostrar que el acusado ha mentido.

Volvióse hacia Farrell.

—Señor Farrell —dijo—, examine esta lista. ¿Sabe de lo que se trata?

—Sí; es una lista, fechada en 14 de octubre, de los accionistas que hasta aquella fecha me habían enviado sus poderes.

—¿Quién la tenía en su poder?

—Rose Calvert.

—Solicitamos que esta lista sea incluida en el sumario en calidad de prueba, Señoría.

—Un momento —intervino Mason—. Desearía hacer varias preguntas relacionadas con esta lista antes de que sea admitida como prueba.

—Muy bien —dijo el juez.

—Mis iniciales y las de mi cliente figuran en la lista —dijo el abogado—. ¿Hizo usted alguna marca de identificación, señor Farrell?

—No.

—Entonces, ¿cómo puede saber si se trata precisamente de la lista que tenía Rose Calvert?

—Esta lista —repuso Farrell, con una sonrisa que demostraba que esperaba la pregunta— fue hecha para que la entregara Rose Calvert, en el caso de que se ejerciese sobre ella alguna presión en este sentido. Y esta lista es falsa.

—Así, pues, ¿esta lista no refleja la situación exacta de los accionistas?

—No.

—¿Quién la preparó?

—La dicté a Rose Calvert.

Mason se volvió hacia el juez.

—Pienso que la declaración según la cual esta lista fue entregada a Rose Calvert para que ésta la diera a quien hiciese presión sobre, ella, queda desplazada. Pero como estamos decididos a aclarar este asunto, no impediremos que esta parte de la declaración del testigo sea incluida en el sumario. Además, tampoco tenemos ninguna objeción que hacer a que la lista figure como prueba.

—Muy bien —declaró el juez De Witt—, por consiguiente, dicha lista será incluida en el expediente y el escribano la señalará con el número que le corresponda.

—Señor Farrell —intervino entonces Elliott—, ¿dio usted instrucciones a Rose Calvert sobre lo que ésta debía hacer en el hotel Redfern el día 16 de octubre?

—Un momento —exclamó Mason—. Protesto. La pregunta es improcedente, pues nada tiene que ver con el acusado. A menos que se demuestre que el acusado conocía dicha conversación o asistía a ella.

—Se acepta la objeción —dijo el juez.

—No tengo más preguntas que hacer —manifestó Elliott.

—La defensa no desea interrogar a este testigo —declaró, a su vez, Mason.

—Voy a solicitar que Robert Makon King suba al estrado de los testigos —señaló Elliott.

Robert King acudió y prestó juramento.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Elliott.

—Soy recepcionista del hotel Redfern.

—¿Tuvo usted ocasión de ver un cadáver en el hotel, el día 16 de octubre?

—Sí.

—¿Quién se lo mostró?

—El sargento Holcomb.

—¿Dónde estaba el cadáver?

—En la habitación 729.

—¿Pudo identificarlo?

—No con precisión. Pero recordé que se trataba de una cliente.

—¿Había visto viva a aquella joven?

—Sí.

—¿Dónde y cuándo?

—Vino al hotel indicando que deseaba una habitación en el sexto o séptimo piso, con preferencia este último. Declaró que…

—No tiene importancia —interrumpió Mason—. Se ruega al testigo, que se limite a citar los hechos.

—Protesto… —exclamó Elliott.

—Se acepta la objeción —dijo el juez, alzando una mano—. Limítese a pedir al testigo, que exponga los hechos.

—¿Qué nombre dio esa mujer al reservar la habitación? —preguntó Elliott a Robert King.

—El de Gerald Boswell.

—¿Le pagó por anticipado?
—Sí, señor.
—Puede proceder al contrainterrogatorio —indicó Elliott a Mason.
—¿Llevaba equipaje esa joven cuando reservó la habitación? —preguntó Mason al testigo.
—No vi ninguno.
—Pero, ¿pagó anticipadamente dando el nombre de Gerald Boswell?
—Sí, señor. Declaró…
—Un momento —interrumpió el juez De Witt.
—Señoría —dijo Mason—, retiro mi objeción a que esta conversación sea detallada. Que el testigo hable libremente.
—Muy bien —aceptó el juez.
—Me dijo —prosiguió King—, que era la secretaria de Gerald Boswell y que éste quería que ella le reservase una habitación, previo pago anticipado.
—¿Le dijo que pagaba anticipadamente porque no llevaba equipaje? —preguntó Mason.
—En efecto, creo recordar que sí.
—¿A qué hora ocurrió todo esto?
—Al empezar la tarde, hacia las dos.
—¿Está bien seguro de que se trataba de la misma mujer?
—Evidentemente.
—¡Sin embargo, no tiene usted demasiada buena memoria para los rostros!
—Al contrario. Recuerdo muy bien a mis clientes.
—No hay más preguntas —dijo Mason.
—Muy bien —asintió Elliott—. Más tarde interrogaré al testigo sobre otro aspecto del asunto, durante el proceso.
—¡Protestamos contra esta manera confusa de proceder! —exclamó Mason—. Creemos que este testigo debería ser interrogado, ahora, sobre todos los puntos que la acusación desea desarrollar.
—Señoría —protestó Elliott—, eso significaría introducir el desorden en nuestro informe. ¡Tenemos que presentar un certificado de la autopsia y fotografías!
—Si la defensa desea que estas pruebas sean exhibidas en seguida —declaró el juez—, considero que esto serviría para

ahorrar tiempo, del mismo modo que si interrogase ahora a este testigo.

—Muy bien —dijo Elliott—. King, durante la tarde del 16, ¿entregó a alguien un sobre a nombre de Gerald Boswell?

—Sí, al acusado, aquí presente.

—¿Qué hora era?

—Hacia las seis y media.

—¿Sostuvieron alguna conversación?

—No. Fue con su abogado y con un caballero que le acompañaba, y que más tarde he sabido que se llamaba Paul Drake y que era detective, con quienes estuve hablando un rato.

—Explíquenos la conversación.

—El señor Drake me preguntó si habla correo a nombre de Gerald Boswell. Le pedí que me demostrara su identidad y me enseñó la llave de la habitación 729. Después, se dirigió al ascensor.

—¿Ocurrió esto en presencia del señor Mason?

—Con la venia de la sala —intervino el abogado—, no elevo ninguna objeción, pero como es embarazoso para la defensa ser testigo al mismo tiempo, indicaré que acompañé al señor Drake al hotel Redfern, que él pidió si habla correo a nombre de Gerald Boswell, se le requirió que demostrara su identidad, enseñó la llave del 729 y le respondieron que no había ninguna carta. Luego, nos dirigimos a la habitación de referencia, en la que descubrimos el cadáver de una joven sobre la cama, de lo que dimos cuenta a la policía.

—Muy bien, esto simplifica las cosas —declaró Elliott.

—Tengo que hacer varias preguntas al testigo —señaló Mason.

Dicho esto, se volvió hacia Robert King.

—Señor King, cuando el señor Drake le preguntó si había correo a nombre de Gerald Boswell, usted le dijo que, a primera hora de la tarde, le había entregado un sobre a este nombre, ¿no es cierto?

—Ejem… Desconfiaba un poco, y…

—No le pregunto esto. Le pido que repita lo que dijo al señor Drake.

—Le dije, más o menos, lo que usted acaba de manifestar.

—Y, sin embargo, ahora dice que entregó el sobre al acusado.

—Porque desde entonces he tenido tiempo de reflexionar.

—¿Y de examinar al acusado?

—Sí.

—Sin embargo, el 16 de octubre, cuando sus recuerdos eran aun frescos, ¿preguntó usted a Paul Drake, detective, si era a él a quien había entregado una carta poco rato antes?

—Es posible.

—Así pues, si le fue posible confundir al acusado con Paul Drake, ¿no es igualmente factible que cometiese un error en lo que respecta a Rose Calvert y que fuese otra mujer la que reservó la habitación número 729?

—No, señor. Estoy seguro de lo que afirmo y no voy a dejarle que me confunda con sus palabras.

—Gracias —dijo Mason—. Esto es todo.

—Hagan entrar al doctor K. C. Malone —ordenó Elliott.

El doctor se instaló en el sillón de los testigos, prestó juramento y expuso su informe como médico forense.

—¿A qué hora se produjo el fallecimiento? —preguntó Elliott.

—Sin duda, entre las seis y cuarto y las siete de la tarde del 18 de octubre.

—¿Encontraron la bala en el cadáver?

—Sí, y la entregué a Alexander Redfield, experto en balística, que asistía a la autopsia.

—El testigo está a su disposición —indicó Elliott a Mason.

—¿Cuándo efectuó la autopsia? —preguntó el abogado al doctor.

—Hacia las siete de la mañana del día siguiente al del crimen.

—En general, ¿comienza a trabajar siempre tan temprano?

—No, pero, en este caso, el fiscal del distrito me había ordenado que actuara lo más rápido posible.

—¿A qué hora fue usted llamado, el día del crimen?

—Alrededor de las diez de la noche.

—¿Por qué no realizó, inmediatamente, la autopsia?

—El fiscal del distrito no necesitaba el informe hasta el día siguiente, a las nueve y preferí aplazar la autopsia hasta la mañana siguiente, a primera hora.

—Cuando vio, por primera vez, el cuerpo, ¿la rigidez cadavérica había empezado a manifestarse?

—Sí.

—¿En qué momento se presenta esta rigidez?

—Es muy variable y nadie está de acuerdo con esto. En los cadáveres de personas que mueren en circunstancias violentas o bajo el efecto de emociones fuertes, aparece, casi inmediatamente, la rigidez cadavérica. Igualmente sucede cuando la muerte está precedida por una lucha violenta.

»En todo caso, puedo precisar que en esta ocasión la rigidez cadavérica pareció haberse apoderado, muy rápidamente, del cadáver.

—¿Tuvo en cuenta este factor para establecer el momento de la muerte?

—No. Únicamente me basé en el contenido del estómago e intestinos.

—¿Sabe a qué hora tomó la víctima su última comida?

—Se me ha dicho que esto podrá establecerse de una manera exacta. Pero, en todo caso, el fallecimiento tuvo lugar unas dos horas después de haber comido por última vez.

—¿Qué puede decirnos acerca de la lividez cadavérica, doctor?

—Empezaba a extenderse. Sin embargo, señor Mason, en esto no hago más que citar las observaciones del ayudante del *coroner*, porque fue él quien hizo estas observaciones, poco después del descubrimiento del cadáver. Yo no estaba presente.

—Ahora —rogó el abogado—, desearía que me dijese si la posición de la herida en el cadáver deja, tanto la posibilidad de un suicidio, como la eventualidad de un crimen.

El doctor Malone vaciló y acabó por responder negativamente.

—¿Por qué?

—La trayectoria de la bala en el interior del cuerpo, indica que hubiese sido imposible a la víctima sostener el arma con la mano derecha para, de este modo, herirse mortalmente. Además, hemos analizado químicamente las manos de la víctima para, en su caso, localizar señales de un arma. No había ninguna.

—Gracias, doctor —repuso Mason—. Eso es todo.

Seguidamente, Elliott hizo declarar al doctor Reeves Garfield, adjunto del *coroner*, que manifestó haber visto el cuerpo una hora después del descubrimiento del cadáver. Había supervisado la toma de fotografías y había realizado algunas observaciones inmediatas. Al día siguiente, había ayudado al doctor Malone a realizar la autopsia. En conclusión, declaró que la muerte debía haberse

producido entre las seis y cuarto y las siete de la tarde.

—Puede usted contrainterrogar —dijo Elliott a Mason.

—Cuando usted lo vio, ¿el cadáver estaba vestido? —preguntó Mason.

—Si —repuso el testigo.

—¿En estado de rigidez cadavérica?

—Parcialmente.

—¿Qué entiende por esto?

—La rigidez cadavérica se inicia en los músculos de la barbilla y de la garganta y se extiende lentamente hacia abajo hasta afectar todo el cuerpo. Después, al cabo de cierto tiempo, esta rigidez desaparece en el mismo sentido en que ha aparecido.

—La aparición de este fenómeno, ¿no tiene lugar siempre en el mismo momento exacto?

—No.

—Acaba usted de decir que el cadáver de la víctima estaba en estado de rigidez cadavérica parcial. ¿Estaba presente cuando sacaron el cadáver del hotel?

—Sí.

—¿Existía aun la rigidez cadavérica?

—No; había sido quebrada.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando una persona muere —explicó el doctor Garfield—, los músculos están, al principio, completamente fláccidos; se puede mover la cabeza de izquierda a derecha y doblar los miembros con la mayor facilidad. Luego, al cabo de algún tiempo, muy variable, la rigidez cadavérica se apodera del cuerpo, que queda completamente tieso. Después, tras un nuevo rato, el cadáver vuelve a quedar flexible.

—¿A qué se refería, cuando ha dicho que la rigidez cadavérica de la víctima había sido quebrada?

—Me refiero a que puede quebrarse esta rigidez moviendo, por la fuerza, los miembros. Pero, cuando se ha eliminado de esta manera la rigidez cadavérica, ésta ya no vuelve a presentarse.

—¿Comprobó usted, doctor, que el brazo derecho de la víctima estaba rígido, mientras que el izquierdo aparecía flexible?

Observé perfectamente que no había ninguna rigidez cadavérica en el hombro izquierdo, mientras que el hombro y brazo derecho

estaban completamente rígidos, y la mano a pocos centímetros del rostro de la víctima.

—Gracias, doctor —dijo Mason—. Una última pregunta: ¿Es posible que la muerte se produjese más temprano de lo que se piensa… a primera hora de la tarde?

—Ejem —declaró el doctor, vacilando un poco—. Notamos, efectivamente, algunos pequeños detalles bastante curiosos: el desarrollo de la rigidez cadavérica, la lividez de la piel y una muy leve decoloración en el lado izquierdo del cuerpo.

—Según usted, ¿cuál es la razón de esta decoloración?

—No estoy seguro, y preferiría no hablar de eso, porque terminamos por llegar a la conclusión de que no significaba nada.

El doctor hizo una pausa y confirmó:

—Por el contrario, lo que resultó muy exacto fue el examen del contenido del estómago e intestinos.

—¿Pudieron ustedes determinar la hora del fallecimiento, en relación con la última comida que tomó la víctima?

—Sí; entre dos horas y dos horas y cuarto después.

—Lo que significa que esa joven había comido a las cuatro y media de la tarde, ¿no es así?

—Sí. Y esto ha sido confirmado por el restaurante del hotel que, a las cuatro y media en punto, envió a la habitación ocupada por la víctima, una bandeja que contenía pavo asado y patatas gratinadas. Efectivamente, encontramos en su estómago, los restos de estos platos mezclados con otros restos.

—Así, pues, ¿realizaron ustedes una comprobación con los empleados de las cocinas?

—Sí.

—¿A qué conclusión llegó usted, doctor?

—¿En lo que se refiere a la hora del fallecimiento?

—No. En lo que respecta al contenido del estómago, comparado con la comida que subieron.

El testigo vaciló, levemente.

—¿Qué? —insistió Mason.

—Es difícil contestar sin consultar otros testimonios —dijo el doctor Garfield—. Al restaurante del hotel le fue fácil comprobar la petición de la comida, que comprendía, como ya le he dicho, pavo asado, patatas al horno y espárragos. Hallamos todo esto en el

estómago de la víctima.

—¿Y qué más? —inquirió Mason.

—Guisantes.

—¡Pero en la orden de esa comida no aparecen citados! ¡Esos guisantes debían proceder de otro lugar que no eran las cocinas del Redfern!

—¡El hecho de que no figurasen en la nota de pedido, no quiere decir nada! —exclamó el doctor Garfield—. Los empleados reconocieron, unánimemente, que era muy posible que se cometiese un error y que los guisantes no apareciesen en el pedido por un sencillo olvido.

—Demostraremos cuál era la composición de la comida que envió el restaurante —intervino Elliott—, y también demostraremos que los guisantes fueron añadidos por un camarero novato que olvidó anotarlos en la cuenta. Pero no existe la menor duda sobre lo ocurrido verdaderamente.

—Con la venia de la Sala —dijo Mason—, protesto contra esta declaración del fiscal, en la que se permite anticipar sus propias conclusiones en lugar de exponer los hechos fehacientes.

—Sólo deseaba acordar el contrainterrogatorio del testigo, y ganar tiempo, así como evitar que el jurado cometa algún error de juicio —se defendió Elliot.

—Un momento, señores —interrumpió el juez De Witt—. A pesar del poco tiempo que se ha necesitado para designar al jurado, ha llegado la hora de aplazar la sesión. El Tribunal se retira hasta mañana a las diez de la mañana. Guardias, pueden llevarse al acusado.

Mason se volvió para sonreír a Conway.

—Creo que les tenemos, Jerry —le animó.

—Yo no veo las cosas lo mismo que usted —comentó Conway—. Más bien creo que hemos perdido. Gifford Farrell ha salido muy bien librado. ¿Por qué no ha insistido usted sobre sus relaciones con la víctima, así como sobre esas fotografías?

—Porque no quería asustar al pájaro desde el principio —replicó Mason—. Pero esté tranquilo, Conway. Cuando este proceso esté ganado, porque triunfaremos, Farrell no tendrá tan buen aspecto.

Capítulo 13

Mason, Paul Drake y Della Street, estaban reunidos en el despacho del abogado.

—¿Qué hay de nuevo, sobre Farrell, Paul? —preguntó Mason.

—Absolutamente nada —contestó el detective—. El tipo no hace ningún movimiento sospechoso.

—Escúchame bien, Paul —dijo Mason, frunciendo el ceño—, quienquiera que haya montado esta maquinación, solo ha podido hacerlo con ayuda de una cómplice femenina, joven, bonita y sin temor a mostrar sus encantos, si se presenta la ocasión.

»La mujer que se marchó del Redfern, debe ser la que Conway vio en el 729. Y es ella la que posee la llave de toda esta conjura. Farrell está, completamente, en sus manos. Por lo tanto, tiene que ser una mujer enamorada de él y a la que ve, frecuentemente, por miedo a que no empiece a experimentar remordimientos.

—Puede ser —reconoció Drake—, pero, en todo caso, Farrell casi no se mueve de su casa. Con toda seguridad, la muerte de Rose Calvert, ha representado un golpe para él. Tal vez la amaba.

—¡Todo esto son tonterías! —dijo Mason—. Seguramente Farrell ve a esa mujer en otro sitio. Tal vez sea una de sus empleadas.

—Me extrañaría mucho —indicó Drake—. Todas las chicas que trabajan para él, han sido vigiladas e investigadas por mis muchachos. Tengo un montón de informes de casi un metro de alto. De manera que si Farrell tuviese una cómplice femenina, la hubiésemos localizado… ¿Cómo va el proceso, Perry?

—Sigo mi camino de manera tan inocente, que la acusación no sabe a qué atenerse. Pero mañana tengo intención de exponer mi teoría.

—¿Cuál es?

—Creo que el cadáver de la víctima fue movido de sitio —

repuso el abogado—. Al principio, el cuerpo descansó sobre el lado izquierdo, con el brazo derecho doblado y el izquierdo extendido. La rigidez cadavérica se manifestó en seguida. Cuando el cuerpo fue desplazado y colocado en la cama donde lo vimos, fue preciso que la persona que realizara esta tarea, quebrase la rigidez cadavérica del brazo izquierdo, el cual, en la nueva posición del cadáver, se erguía rígido hacia el cielo, lo que no hubiese dejado de llamar la atención… Dime, Paul, para hablar de cosas más alegres, ¿cómo te va con la ascensorista?

—Es una chica estupenda —exclamó Drake—. Sólo tiene un defecto: continuamente está mascando chicle y esto me pone nervioso. En todo caso, me ha facilitado informes muy interesantes sobre el hotel Redfern. Si te dijese las actividades a que se entregan los empleados, se te erizarían los cabellos.

Pero Mason ya no escuchaba a Paul Drake y paseaba por el despacho con aire pensativo.

—¿Por qué cambiaron la posición del cadáver sobre la cama, y por qué se divirtieron en disparar un revólver contra el colchón de la habitación 728? —musitó—. Tengo que aclarar todo esto, y, como máximo, mañana por la mañana. Voy a poner mis cartas boca arriba ante el jurado, y con mis preguntas, colocaré al fiscal en una posición delicada.

—¿Crees que conseguirás que absuelvan a Conway?

—Sí, pero lo que me inquieta es la reacción del público, que puede considerar que Conway es el culpable, pero que no se ha podido demostrar. De todos modos, la carrera de este individuo está lista.

—Sí, porque no es un luchador.

—En el mundo de los negocios sí, pero aquí, lo que está en juego es su integridad, y le cuesta recuperarse. Paul, no pierdas el contacto con tu ascensorista… ¡Que me ahorquen si recuerdo su nombre!

—Myrtle Lamar.

—¡Espero que no te tome en serio Paul! —exclamó Della Street —. ¡No irás a destrozar el corazón de esa pequeña!

—Seguramente no —dijo Paul, con una ancha sonrisa—. ¡Myrtle tiene un corazón de caucho! En todo caso, me es muy útil, y me ha dicho que no debíamos tener ninguna confianza en Bob King. Es un

tipo servil capaz de hacer cualquier cosa con tal de ganarse el favor de los poderosos de este mundo.

Mason reanudó sus paseos de fiera enjaulada.

—Lo que me fastidia de todo esto, es que nos falta una mujer —dijo—. Farrell tiene, sin duda, una cómplice femenina, que no ha podido desaparecer sin dejar rastro. Desde mañana voy a empezar a hacer preguntas embarazosas…

De repente, Mason se detuvo.

—¿Qué te sucede, jefe? —preguntó Della Street, inquieta.

—Paul —dijo el abogado—. Cuando uno se mete en un asunto, lo peor que puede hacer, es obcecarse en una teoría y tratar de justificarla con los hechos que se presentan. Al contrario, hay que conservar el espíritu libre y no sacar conclusiones hasta que todos los hechos concuerden.

—¿Y qué? —dijo Paul—. ¿Qué es lo que ahora te molesta?

—Desde el principio —continuó Perry Mason—, me dejé influenciar por Conway. Este me afirmó que toda la maquinación había sido preparada por Gifford Farrell, que su línea telefónica estaba vigilada…

—Esto parece plausible —interrumpió Drake—. Alguien intervino en el plan de Evangeline Farrell…

—Y sacamos la conclusión de que se trataba de una cómplice de Gifford Farrell —cortó, a su vez, el abogado—. Ahí es donde nos hemos equivocado. Paul, tengo una idea. Ve a buscar a tu amiga, Myrtle Lamar, y, mañana, llévala a la sala de audiencias. Que asista al proceso sentada a tu lado.

—Tiene su trabajo, Perry…

—Voy a enviarle una citación para que comparezca como testigo de la defensa. De este modo, no tendrá más remedio que ir… Tengo en la cabeza una idea, Paul, ¿verdad que me has dicho que tenías dificultades con Inskip?

—Sí. Además, ya te lo había advertido. Tiene la impresión de que se reserva ciertos informes que la policía debiera conocer, y esto le preocupa.

—¡Pues bien, que facilite estos informes! —exclamó Mason.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Drake.

—Ponte en comunicación con Inskip y dile que vaya a encontrar la policía. Que declare que su conciencia le atormenta y que no

puede resistir más. Que sabe que yo guardo un triunfo en la manga, que consiste en el descubrimiento que él y yo hicimos en el hotel Redfern, en la habitación 728. Que les enseñe, entonces, la bala que encontramos en el colchón. Redfield la examinará y descubrirá que procede del Smith y Wesson que Conway entregó a la policía.

—Desde el punto de vista de Inskip, esto es perfecto —convino Drake—. Pero esto te entrega, atado de pies y manos, Perry. ¿Es esto lo que deseas?

—¡Efectivamente! Mañana, la acusación tendrá la impresión de que adivina lo que me propongo, y tratará de ganar tiempo…

—¡Pero, si has sido tú quien has querido adelantar el proceso, para que todo hubiese terminado antes de la celebración de la asamblea general de accionistas!

—Lo sé, lo sé —dijo Mason—. Pero todavía nos queda tiempo. Ve a telefonear a Inskip, y dile que vaya a explicar todo lo que sabe a la policía. A continuación, llégate a ver a Myrtle, y mañana por la mañana, asistid, los dos juntos, al Tribunal. Empiezo a ver las cosas claras, y la idea que se abre camino en mi cabeza, me parece de una lógica aplastante.

Capítulo 14

—El jurado está presente, el acusado ocupa su sitio —declaró el juez De Witt—. Cuando ayer se aplazó la sesión, el doctor Garfield, estaba en el sillón de los testigos. ¿Quiere volver a su sitio, doctor?

El médico obedeció.

—Volviendo a ese asunto de la ligera decoloración que observó usted en el cadáver —dijo Mason—, ¿en qué lado la vio?

—En el izquierdo.

—¿Es posible que esta decoloración fuese producida por el hecho de que el cadáver hubiese descansado, durante un tiempo bastante largo, sobre el costado izquierdo, y que se hubiera conservado, después de que el cuerpo hubiese sido desplazado?

—Evidentemente, es una posibilidad.

—Muy bien. Otra cosa, ¿ha observado usted alguna vez en un cadáver una rigidez cadavérica, pronunciada del hombro y brazo derecho, mientras que el hombro y el brazo izquierdo permanecían flexibles?

—Nunca.

—¿Deduce usted que la rigidez cadavérica del brazo izquierdo fue quebrantada?

El testigo lanzó una mirada de desesperación al fiscal del Distrito.

—Protesto —exclamó Burger—. Esta pregunta requiere que el testigo dé su opinión sobre este punto.

—Se rechaza la protesta —indicó el juez—, dado que el testigo es un experto y ha estado declarando de acuerdo con sus opiniones. Conteste la pregunta.

—Creo que, efectivamente, la rigidez cadavérica fue quebrantada —dijo el doctor Garfield.

—¿Opina usted, igualmente, que el cuerpo fue movido después

de la muerte —preguntó Mason—, y eso, antes de verlo usted en la habitación 729 del hotel Redfern?

El doctor Garfield vaciló durante un buen rato antes de responder:

—Esta es mi opinión.

—Gracias —dijo Mason—. Es todo lo que tenía que preguntarle.

—No hay más preguntas —señaló Elliott, por su parte.

Hamilton Burger, inquieto y preocupado, en apariencia, inclinóse hacia su ayudante, murmuró unas frases y, después, salió de la sala, andando de puntillas.

—Mi próximo testigo será el teniente Tragg —declaró Elliott.

El teniente avanzó, prestó juramento y empezó a explicar la reunión que había tenido lugar en el despacho del fiscal del Distrito el día 17 de octubre, las nueve de la mañana, a la que asistieron Conway y su abogado, Perry Mason.

Cuando el teniente hubo terminado su declaración, Elliott, miró a Perry Mason.

—Puede usted contrainterrogar —invitó.

—No tengo ninguna pregunta que hacer —manifestó el abogado.

Elliott se mordió los labios e hizo comparecer al siguiente testigo, que no era otro que el policía de uniforme, que también había asistido a la reunión, en el despacho del fiscal.

A mediodía, la vista se aplazó.

—¿Qué sucede? —murmuró Conway a Mason—. ¡Esta mañana se arrastran como caracoles!

—Están inquietos —indicó Mason, también en voz baja—. No se preocupe.

El jurado abandonó la sala del Tribunal y Mason se dirigió al lugar en que se encontraba Paul Drake, Della Street y Myrtle Lamar, la ascensorista.

—Vengan —les dijo el abogado—, voy a llevarles de visita.

—¡Pero tengo hambre! —protestó Myrtle.

—No se apure —replicó Mason—, ya comerá.

Todos subieron al coche del abogado, que les condujo a la residencia de Evangeline Farrell.

Después, el abogado fue al teléfono y solicitó hablar con la joven.

—Señora Farrell —dijo—, aquí Perry Mason. Necesito verla,

inmediatamente.

—¡Pero no estoy vestida para recibirle!

—Pues, arréglese. Tengo que volver al Tribunal, y subo ahora mismo.

—Muy bien, le espero.

Mason hizo una señal a sus tres compañeros y cogieron el ascensor.

La señora Farrell acudió a abrir la puerta y lanzó una exclamación de sorpresa al ver al abogado tan acompañado.

—Lo siento —dijo Mason—, no he tenido tiempo de advertirla. Pero tengo que estar en el Tribunal a las dos.

—Bien… —exclamó Evangeline, apretando contra su cuerpo, la bata que llevaba puesta.

—Ofrézcanos una copa. Es muy importante.

Ella vaciló, luego se decidió.

—Pasen —dijo.

—¿Puedo ayudarla? —se ofreció Della Street.

—¡Qué cabeza la mía! —exclamó el abogado—. Me he olvidado de hacer las presentaciones.

Reparó su omisión, pero limitóse a citar los nombres sin hablar de las profesiones. Después, la señora Farrell, se encaminó a la cocina.

—Bueno —dijo Mason a Myrtle—, ¿había visto ya a esta mujer?

—Creo que sí. Cuando vuelva la miraré mejor. Sin embargo, me gustaría ver sus zapatos.

—¡Venga! —ordenó Mason.

Y se dirigió sin vacilar al dormitorio, abrió la puerta e hizo una señal a Paul Drake para que acompañase a Myrtle. Esta trató de resistir, pero Drake le pasó un brazo alrededor de la cintura.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Perry? —preguntó Drake.

—No —dijo Mason—, ¡pero tengo una corazonada!

Encaróse con Myrtle.

—Examine estos zapatos, Myrtle. ¿Le recuerdan algo? ¡Un momento! Tenemos algo mejor. ¡Mire esto!

Y el abogado sacó del armario una maleta con las iniciales «R. C».

—Pero, ¿qué están ustedes haciendo? —exclamó una colérica voz femenina.

Mason se volvió hacia Evangeline Farrell.

—Por el momento —dijo—, compruebo el equipaje que se llevó usted del hotel Redfern señora Farrell. Esta joven, que trabaja de ascensorista en este mismo hotel, está examinando sus zapatos para tratar de reconocer el par que llevaba usted el día del crimen. ¡Está acostumbrada a fijarse en los pies de la gente!

La señora Farrell abrió la boca para protestar, después la cerró.

—Ahora —ordenó Mason—, echemos una ojeada a esta maleta.

—¡No tienen derecho a hacer esto! —gritó la señora Farrell.

—Muy bien —dijo Mason—, puesto que es así, Paul, ve a telefonear a la Brigada Criminal y pídeles que te envíen a unos hombres, provistos de una orden de detención. Les esperaremos.

Lanzó una ojeada a Evangeline Farrell, que parecía petrificada.

—A menos —prosiguió el abogado— que prefiera explicamos cómo reservó usted la habitación 729, fingiéndose secretaria de Gerald Boswell, que luego nos cuente cómo mató a Rose Calvert, que ocupaba la habitación 728. Relátenos después, las angustias que pasó pensando en el sistema para trasladar el cadáver de una habitación a otra… ¿Se las arregló sola, o tuvo un cómplice?

—¡No puede hacerme esto! —exclamó Evangeline Farrell—. ¡No sabe lo que está diciendo!

Sin añadir ni una palabra, Mason se dirigió al teléfono y cogió el auricular.

—Quisiera hablar con el teniente Tragg, de…

—¡Espere! —gritó la señora Farrell—. ¡Ayúdeme!

Mason colgó.

—Voy a contárselo todo —dijo la joven con voz entrecortada—. Desde aquellos acontecimientos, vivo presa del temor, pero yo no la maté. Créame, se lo ruego, yo no la maté.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Mason.

—Gifford.

—¿Cómo lo sabe?

—Sólo pudo ser él. Pensó que Rose le traicionaba. Sin duda, él me siguió hasta el hotel.

—La escucho —dijo Mason—. Pero quiero hechos, no suposiciones. ¿Qué ocurrió?

—Lo siguiente —explicó Evangeline Farrell—. Yo deseaba entregar al señor Conway la lista de accionistas partidarios de

Gifford, pero haciéndolo de un modo que mi marido creyese que su amante le había traicionado. Por el detective que seguía a Rose Calvert, yo sabía que estaba en el hotel Redfern, donde había reservado una habitación con el nombre de Ruth Culvert.

—¡Ah, ah! —murmuró Mason—. Continúe.

—No era la primera vez que Rose Calvert actuaba así. Había hecho lo mismo en otros dos hoteles, cuyos nombres les puedo citar, así como las fechas en que estuvo en ellos. En cada ocasión, mi marido se reunía con ella y le facilitaba los elementos para que ella confeccionase las listas de accionistas, que mecanografiaba en una máquina portátil. Un día, olvidó una lista en su coche. Como éste no estaba cerrado con llave, me apoderé de ella. Más tarde, comprendí que se trataba de una trampa. Mi marido, que sabía mis sentimientos respecto a Conway, pensó que yo no tendría más que una idea: comunicarle los informes que poseía; fue lo que hice. ¡Ya sabe qué sistema utilicé!

—Prosiga.

—Por lo que concierne a Rose Calvert, me sentía enormemente curiosa y decidí entregarme a una labor de detective aficionado. Sabiendo que estaba en el hotel Redfern, fui, en dos ocasiones, durante la mañana del 16, y subí hasta el séptimo piso. En cada ocasión, al pasar ante la puerta del 729, oí a Rose Calvert, escribir velozmente a máquina. Alrededor de las doce y media, detuvo su trabajo y se hizo subir el almuerzo. A las dos menos diez, bajó y salió del hotel. Yo me encontraba sentada en el *hall* y la vi. Tiró la llave sobre el mostrador de recepción, dejando al empleado el trabajo de guardarla en el casillero. Me levanté, rápidamente, y me apoderé de esa llave, pero, en aquel momento, me vio el empleado, se dirigió hacia mí y me preguntó lo que deseaba. Tuve un rasgo de ingenio. Le declaré que era la secretaria de Gerald Boswell, que me había encargado reservar, a su nombre, una habitación. Le manifesté que, como no llevaba equipaje, estaba dispuesta a pagar, por anticipado, el precio de la habitación, que el señor Boswell vendría a ocupar durante la tarde. Insistí en el hecho de que a mi jefe no le gustaba habitar en pisos bajos y que una habitación en el sexto o el séptimo sería lo ideal. El recepcionista me informó, entonces, que el 729 estaba vacante y me lo alquiló. Me entregó la llave y subí a instalarme. A pesar de que la habitación ocupada por

Rose Calvert, estaba al otro lado del pasillo, oía claramente el ruido de su máquina de escribir. Además, había tenido la precaución de dejar entreabierta mi puerta. Hacia las dos y media, Rose Calvert regresó.

—¡Pero usted tenía la llave del 728!

—Oh, ya sabe lo que sucede en los hoteles. Se pierden llaves, constantemente, y le debieron de dar otra. En todo caso, dejé de oír el ruido de la máquina de escribir y fue entonces cuando empecé a pensar que la lista que había encontrado en el auto de Rose, podía, muy bien, no estar al día, e incluso ser completamente falsa. Bajé a telefonear al señor Conway, desde una cabina pública. Después, hice varios recados y volví a llamarle. Seguidamente regresé a mi habitación para reanudar la vigilancia.

—Un momento —interrumpió Mason—, establezcamos claramente su empleo del tiempo. ¿Estaba en la habitación 729 a las dos y media?

—Sí.

—¿Rose Calvert regresó a la suya en ese momento?

—Sí.

—¿Y entonces, fue usted a telefonear a Conway?

—Sí, por dos veces.

—¿A qué hora regresó al hotel?

—No miré el reloj.

—Muy bien; prosiga su relato en el punto donde lo dejó.

—Le decía que ya no oí ningún ruido procedente de la habitación de Rose Calvert. Alrededor de las tres y media me encontraba en el cuarto de baño, cuando percibí un ruido muy curioso, que me hizo pensar que alguien había llamado a la puerta de mi habitación. Paralizada de miedo, pensé que habían descubierto que vigilaba a Rose Calvert y me pregunté qué debía hacer. Adopté un aire inocente y fui a abrir, pero en el pasillo no había nadie. Casi había cerrado, cuando vi a mi marido que salía de la habitación de Rose Calvert. En aquel momento, la cosa no me causó ningún efecto, puesto que sabía que él actuaba así. Luego, al seguir sin oír ningún ruido en la otra habitación, me dije que se habría ido. Salí del hotel, entré en una cabina telefónica, marqué el número del Redfern y solicité hablar con el 728. La telefonista me informó que no había nadie. Regresé rápidamente al hotel y fui a

llamar, suavemente, a la puerta del 728. Al no contestarme nadie, utilicé mi llave y entré. Rose Calvert yacía muerta en la cama. Y, de repente, comprendí el origen del ruido que me había asustado tanto. ¡Mi marido había matado a Rose con mi revólver!

—¿Qué quiere decir con eso de su revólver?

—Sí, mi revólver. Estaba en el suelo, junto a la cama.

—¿Dónde lo había conseguido usted?

—Fue comprado por la Compañía Integral para proteger al cajero, que era muy miedoso. Luego, un día, éste murió y Gifford me trajo el revólver.

—¿Por qué?

—A menudo me quedaba sola y, por la noche, lo guardaba junto a mí. Lo reconocí perfectamente. Una vez se me cayó y en la culata tenía un ligero arañazo. Para disimularlo le puse encima un poco de laca roja para las uñas.

—¿Cómo es que Gifford lo tenía en su poder?

—Cuando me separé de mi marido, abandoné nuestro departamento, sin pensar en el revólver.

—Comprendo —dijo Mason—. ¿Qué hizo después?

—Decidí no tocar nada y marcharme rápidamente del hotel. Abrí la puerta, salí al pasillo… y, entonces, empezaron a complicarse las cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Una camarera avanzaba hacia mí. Me miró y dijo: «¿Esta es su habitación?». Le contesté que no, que era la de mi amiga, que me había entregado su llave y me había pedido que la esperara, pero como yo tenía prisa para acudir a otra cita, no podía quedarme a esperarla más tiempo.

—¿Consiguió convencer a la camarera?

—Desde luego, creo que no. Se alejó lanzándome una mirada de desconfianza, mientras que el pánico se apoderaba de mí. Sabía que, desde el momento en que se descubriese el cuerpo de Rose Calvert, tendría problemas. Me alejé hacia el ascensor mientras la camarera desaparecía y, después, regresé rápidamente, y me metí en mi habitación, donde me dejé caer en una silla a punto de desmayadme. Luego, me rehíce y decidí que no podía dejar a Rose Calvert en la habitación 728. Si conseguía llevar el cadáver a mi habitación y, después, abandonar el hotel haciéndome pasar por

Ruth Culvert, el nombre facilitado por Rose Calvert, todo iría bien. De esta manera, la policía seguiría una pista falsa al pensar que la muerta era la ocupante del 729. Después, me dije que era preciso dar la impresión de que el crimen se había cometido mucho más tarde de lo que en realidad se había efectuado. Regresé a la habitación donde estaba el cadáver y me puse a hacer las maletas. Fue entonces cuando encontré las hojas de papel carbón que Rose había utilizado, y me apoderé de ellas. Seguidamente, regresé a mi habitación y telefoneé para preguntar si me podían servir el almuerzo. Me contestaron que era tarde y que sólo podían prepararme pavo frío. Les di mi conformidad. Poco después, un camarero me trajo la comida. Le pagué, inmediatamente, procurando ocultar el rostro. Comí lo que me habían servido y luego pedí que se llevasen el servicio. Entonces, volví a pensar en Conway, que, muy pronto, debía ponerse en marcha para obtener la lista. En principio, mi intención había sido llamarle desde un *drugstore*, para pedirle que fuese a cierto hotel, donde le entregarían un mensaje. De repente, comprendí que podía matar dos pájaros de un tiro. Fui a una perfumería y compré un tubo que contenía un producto para confeccionar una máscara de belleza. Después telefoneé a Conway al *Drugstore Empire*, donde le había citado telefónicamente, y me preocupé en llamarlo un poco antes de las seis y cuarto. Con voz suave, le ordené que acudiera al hotel Redfern.

—Así —dijo el abogado—, ¿fue usted quien depositó el sobre que contenía la llave?

—Sí. Al actuar así, Conway se vería acusado de homicidio, pero yo tenía la impresión de que le sería mucho más fácil salirse de este lío que a mí…

—Está bien, está bien —cortó Mason—. Sólo nos quedan unos minutos. Dígame lo que hizo después.

—Pues, esperé la llegada de Jack Conway, me cubrí el rostro con una capa de barro, me envolví el cabello con una toalla, y luego me quedé en ropa interior.

—¿Por qué?

—Porque —repuso ella, con una sonrisa— pensé que un hombre, en tales condiciones, concedería más importancia a mi cuerpo que a mi rostro. Todo salió según había previsto; llegó Conway y le

expliqué que era la camarada de habitación de Rosalind. Después, fingí tener mucho miedo, cogí el revólver del cajón de la mesa y me las arreglé para que Conway me lo quitara de las manos. Eso fue lo que él hizo y, después, se marchó, completamente trastornado. Entonces, me lavé la cara, volví a vestirme y fui a buscar el cadáver… Señor Mason, fue horroroso. Rose Calvert estaba muy delgada y yo había seguido cursos de enfermera. Pero, a pesar de todo… Viví los segundos más atroces de mi existencia, cuando tuve que atravesar el pasillo. Antes, había tenido la precaución de abrir ambas puertas, pero siempre podía surgir alguien inesperadamente. Por fortuna, todo salió bien. Deposité el cadáver sobre una de las camas del 729 y regresé a la otra habitación para ver si había olvidado algo. Fue entonces, cuando descubrí el otro revólver debajo de la cama.

—¿El otro revólver?

—Sí. Un Colt. Lo metí en una caja de sombreros y examiné la habitación, a conciencia, pero, sin descubrir nada más. Luego, regresé junto al cadáver. La rigidez cadavérica ya se apoderaba de él y se veía, con claridad, que el cuerpo había sido colocado sobre la cama. Hice presión sobre el brazo izquierdo para obligarlo a colgar al borde de la cama, y luego esparcí los cabellos sobre el rostro. Finalmente, volví al 728, y llamé a recepción para pedir que me enviasen un mozo, pues me marchaba. Como Rose ocupaba la habitación, desde aquella mañana, justifiqué mi marcha diciendo que había recibido malas noticias de mi padre y que me iba a San Diego para verle. Ahora, ya lo sabe todo.

—No —objetó Mason—. ¿Qué hizo usted del Colt?

—Recordará que cuando vino por primera vez a verme, solicitó poder telefonear. Todas las comunicaciones pasan por una centralita. Después de su marcha, curiosa por saber con quién había hablado, pregunté a la telefonista. Esta me dio el número del *Gladedell Motel*. Reflexioné y, después, llamé a ese lugar, preguntando si el señor Jerry Conway estaba. Me contestaron que ocupaba el *bungalow* 21. Entonces, esperé a que fuese medianoche y cogí mi coche para ir al *Gladedell Motel*. El auto de Conway estaba detenido ante el 21. Metí la lista falsa de accionistas bajo el asiento delantero y luego di la vuelta al *bungalow*. Me había provisto de una pala pequeña, y enterré el Colt. En aquel momento, ignoraba cuál

de las dos armas había servido para cometer el crimen. Pero me dije que si los acontecimientos seguían el rumbo que yo deseaba, siempre podría hacer una llamada telefónica anónima a la policía, para decirle que había visto a alguien enterrar un objeto que se parecía a un revólver detrás del *bungalow* 21 del *Gladedell Motel*.

—Así —dijo Mason, lentamente—, no vaciló usted en echar un crimen sobre los hombros del señor Conway, con tal de proteger su preciosa…

—Señor Mason —interrumpió Evangeline Farrell—, mi marido me había hecho la misma jugarreta, y créame, nunca hubiese podido, justificarme. Si me cogían, era la cadena perpetua o la cámara de gas. Además, estaba convencida de que un buen abogado podría sacar a Jerry de este mal paso. Sin duda, opinará que soy culpable de cierta clase de crimen. De acuerdo. Ignoro cómo ha podido descubrirlo todo, pero, por lo menos, mi conciencia está tranquila y me pongo en sus manos.

Mason consultó su reloj.

—No podemos quedarnos por más tiempo —indicó—, Paul Drake va a entregarle una citación para que comparezca, mañana, como testigo de la defensa.

Drake efectuó lo ordenado por Mason.

Della Street, que había tomado nota de toda la confesión de Evangeline Farrell, hizo a su jefe un leve signo complicidad.

—En marcha —señaló Mason—. Regresemos al Tribunal.

—Olvida una cosa —exclamó Myrtle—. ¡Todavía no he comido!

Capítulo 15

—Paul —dijo Mason, durante el camino de regresó al Tribunal —, acabo de recibir una dura lección.

—¿Cuál?

—Que uno, nunca puede fiarse de las pruebas más claras. Los doctores, basándose en el estado de los alimentos hallados en el estómago de Rose Calvert, y, sabiendo que las cocinas habían subido una comida hacia las cuatro y media de la tarde, están dispuestos a jurar que el crimen tuvo lugar entre las seis y media y las siete, precisamente, en el momento en que Jerry Conway se encontraba en la habitación. No han hecho caso de un detalle insignificante en apariencia: los guisantes. El camarero afirma que en el menú no los había y, sin embargo, han sido hallados en el estómago de la víctima. Todo el mundo ha pensado que se trataba de un error del camarero, que había olvidado que se habían incluido estas legumbres. Sin embargo, este es el indicio más importante de todo el asunto, porque demuestra que la mujer, cuyo cadáver fue hallado en el 729, no pudo ser la que encargó la comida que subieron a las cuatro y media.

—Sí —indicó Paul Drake—, pero el problema estriba en hacérselo admitir al jurado. ¿Creerán la historia de la señora Farrell?

—Todo dependerá de las restantes pruebas que podamos reunir —declaró el abogado—. ¡Y de la identidad del asesino!

—¿Qué quiere decir?

—La señora Farrell se olvida del hecho de que su esposo quiso hacer pasar por suicidio la muerte de Rose Calvert. Entró en la habitación, encontró el cadáver, pero ningún rastro de un arma. Esto, porque el criminal había empujado el arma debajo de la cama, por distracción o, tal vez, por el contrario, expresamente.

—Entonces, según tú, ¿Farrell no es el culpable?

—Todo demuestra lo contrario. ¿Por qué Farrell tenía que matar a Rose y después descargar otro revólver en el colchón para que hubiese un cartucho vacío en el tambor, y seguidamente, abandonar esta arma en el suelo, junto al cadáver?

—¡Para que su mujer fuese acusada del crimen! —dijo Drake.

—Nada de eso. Si hubiera actuado con este propósito, se habría llevado el Smith y Wesson. No lo hubiese dejado en el lugar del crimen.

—Tal vez ignorase que estaba allí.

—Como te parezca. Pero si Farrell hubiese matado a Rose Calvert, forzosamente tenía que saber que el Colt estaba allí, puesto que es el arma del crimen.

—Ya entiendo —asintió Drake.

—Por lo tanto, Farrell fue víctima de las circunstancias. Intentó convertir el crimen en suicidio. Como llevaba consigo el Smith y Wesson, sin duda, para su propia protección, disparó un tiro contra el colchón y dejó el arma junto a la cama. Si la señora Farrell no hubiese estado tan asustada, habría comprendido, inmediatamente, de lo que se trataba, y no hubiese tocado nada.

—En todo caso, que el diablo me lleve, pero es el lío más grande que he visto en mi vida —exclamó Paul Drake—. Como tú posees una gran reputación de enredador de pistas, el jurado quedará desorientado, o lo que es peor, quizás piense que tú lo has tramado todo para tratar de sacar del mal paso a tu cliente.

—Precisamente por esto tengo intención de descubrir la verdad lo más pronto posible.

—¿Cuándo vamos a comer? —intervino Myrtle, con una mueca —. Tengo hambre.

—Pequeña —dijo Mason—, voy a darle dinero y puede ir a comer al mejor restaurante de la ciudad. Nosotros, estamos demasiado ocupados para pensar en eso. Hemos de regresar al Tribunal.

—¡Ah, no! —protestó Myrtle—. ¡No puede hacerme esto! Además, soy una testigo demasiado importante para que me deje en libertad de movimientos. Sé demasiadas cosas. ¡Hay que vigilarme!

—Tiene razón —afirmó Mason, riendo—. Paul, acompaña a esta joven. ¡Y no la pierdas de vista! ¡Pero, sin embargo, regresa

rápidamente a la sala!

* * *

Cuando Mason y su secretaria entraron en la sala, apenas tuvieron tiempo de llegar a sus sitios, antes de que el Tribunal hiciese acto de presencia.

—El oficial de policía ocupaba el sillón de los testigos —indicó el juez De Witt.

Elliott se levantó e hizo al testigo preguntas encaminadas, visiblemente, a ganar tiempo. Después, llegó Hamilton Burger, acompañado por Alexander Redfield, y, ambos, alcanzaron sus puestos, andando de puntillas. El fiscal del Distrito se inclinó hacia su ayudante y le murmuró unas palabras.

—No tengo más preguntas que hacer al testigo —declaró Elliott.

El fiscal del Distrito se levantó.

—Solicito la presencia de Frederic Inskip —ordenó.

El detective se adelantó y prestó juramento. El procurador se puso en pie y se dirigió hacia él, con una expresión satisfecha en el rostro.

—Señor Inskip —dijo el fiscal—, ¿cuál es su profesión y qué hacía usted los días 16 y 17 de octubre?

—Soy detective particular y en las fechas citadas, fui al hotel Redfern, siguiendo las órdenes de mi jefe, Paul Drake.

—¿Para qué?

—Para ocuparme del asesinato que se había cometido.

—¿Sabía quién había dado las órdenes; en este sentido, al señor Drake?

—Perry Mason.

—¿Cómo se enteró?

—Me avisaron de que el señor Mason, el abogado encargado del asunto, se reuniría conmigo.

—¿Dónde?

—En el hotel Redfern.

—Así pues, ¿residía usted allí?

—Sí. Llegué después de haberse descubierto el crimen. Recibí órdenes de instalarme en la habitación 728.

—¿Por qué en esa habitación con preferencia a otra?

—Lo ignoro.

—¿No está la 728 situado frente a la 729, al otro lado del pasillo?

—Exactamente.

—Comprendo —dijo el fiscal del Distrito—. Díganos cómo se las arregló para ocupar precisamente la habitación 728.

—Un momento —interrumpió el juez De Witt—. ¿Es procedente discutir este punto? Todo esto tuvo lugar después del crimen y, además, en ausencia del acusado.

—Señoría —indicó Burger—, tenemos la intención de demostrar que estos hechos tuvieron lugar después de que el señor Mason dio instrucciones en este sentido.

—¿No tiene nada que objetar la defensa? —preguntó el juez, sorprendido, volviéndose hacia el abogado.

—No, señor presidente —repuso Mason—. Estamos dispuestos a que sea expuesto ante el jurado hasta el menor hecho susceptible de aportar luz a este caso.

—Muy bien —aceptó el juez—. En tal caso, este Tribunal autoriza que prosiga el interrogatorio.

—Le preguntaba —continuó el fiscal— cómo se las había arreglado para alquilar la habitación 728.

—Fue sencillo —repuso Inskip—. Señalé en recepción que no quería una habitación ni demasiado alta ni demasiado baja, y que los pisos sexto o séptimo me irían bien. Entonces, me dijeron que un cliente acababa da marcharse del 728 y que yo podía ocuparlo.

—Díganos ahora lo que hizo usted en él.

Inskip repitió fielmente cómo había esperado a Perry Mason y cómo éste se presentó a última hora de la mañana del 17.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Burger.

—El señor Mason me preguntó si llevaba una linterna eléctrica. Le di una, y él se puso a inspeccionar cuidadosamente la habitación. Después me pidió que le ayudara a quitar las sábanas y las mantas de la cama. Entonces, examinó el colchón y descubrió un agujero causado por una bala.

Se oyeron murmullos entre la muchedumbre.

—¿Un agujero de bala? —repitió el juez De Witt, inclinándose hacia adelante.

—Sí, señor.

—¿Cómo sabe que dicho agujero había sido causado por una bala? —preguntó el juez, en tono seco.

—Porque el señor Mason y yo sacamos dicha bala, con ayuda de un gancho que fabriqué con un alambre.

—¿Qué hizo de la bala? —inquirió Burger.

—La he conservado en mi poder, después de hacerle una marca para poderla identificar. Esto lo hice a petición del señor Mason.

—La bala que sostengo, ¿es la que extrajo usted del colchón?

El testigo examinó la bala que le enseñó el fiscal del Distrito.

—Sí, es la misma —declaró.

—¿Sabe cómo había descubierto el señor Mason que una bala se encontraba oculta en el colchón? —preguntó el fiscal del Distrito.

—No, señor.

—Y, sin embargo, ¿le advirtió que, tal vez, encontrarían algo en el colchón?

—Sí, señor.

—A continuación, ¿quitó usted las sábanas y las mantas, y el señor Mason le indicó con la linterna eléctrica el agujero producido por la bala?

—Sí, señor.

Hamilton Burger sonrió triunfalmente.

—Muchas gracias —dijo—. No tengo más preguntas que hacerle.

—No deseo contrainterrogar al testigo —declaró Mason.

Esta frase pareció sorprender al fiscal.

—Hagan pasar a Alexander Redfield —ordenó.

El experto en balística avanzó.

—He aquí la bala identificada por el testigo Inskip, como la extraída de un colchón —señaló el fiscal del Distrito—. ¿Sabe con qué arma fue disparada?

—Sí, señor; con un Smith y Wesson, número C 48809.

—¿El cual figura, ya, como prueba y el acusado ha reconocido haber tenido en su poder?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. En consecuencia, en este caso, tenemos dos balas y dos armas.

—Sí, señor.

—La otra arma, ¿es un colt número 740818?

—Sí, señor. Y fue con esta arma que se disparó la otra bala.

—¿Cuál?

—La que se encontró en el cuerpo de la víctima.

—Ya he terminado. Muchas gracias —dijo Burger.

—No tengo nada que preguntar —manifestó Mason.

—Deseo interrogar, de nuevo, a Robert King —indicó el fiscal del Distrito.

King avanzó y ocupó el sillón de los testigos.

—Ya ha prestado usted juramento —dijo Burger—. Le ruego que nos explique lo que indican los registros del hotel, en lo que hace referencia a la habitación 728, durante el 16 de octubre.

—Fue alquilada a una tal Ruth Culvert durante la mañana.

—¿Qué le ocurrió a esta persona?

—Abandonó el hotel, hacia las siete menos diez de la tarde del mismo día.

—¿Quién le presentó la nota?

—Yo. Me pagó en efectivo.

—Puede contrainterrogar al testigo —dijo el fiscal a Mason.

—¿Había visto usted a Ruth Culvert cuando llegó? —preguntó Mason.

—No, señor. Todavía no estaba de servicio.

—Así, ¿es posible que la mujer que dejó la habitación 728 no fuese la misma que la que la había reservado por la mañana?

—Lo único que sé es que fue la ocupante del 728 quien me pagó la nota, porque hizo subir un mozo a su habitación para bajar el equipaje.

—De acuerdo. Pero, por lo que usted sabe, la persona que reservó el 728, pudo muy bien haber sido Rose Calvert, cuyo cuerpo fue hallado en la habitación 729, ¿no es así?

—¡Protesto, Señoría! —intervino Burger—. La pregunta es improcedente y demuestra los puntos a que quiere recurrir la defensa para excusarse.

—Perfectamente de acuerdo —dijo el Juez.

—Con la venia del Tribunal —repuso Mason—, mi pregunta es lógica. Las iniciales de Ruth Culvert y las de Rose Calvert son idénticas. Las maletas que se sacaron del 728, llevaban las letras R. C., y…

—¡Señoría, Señoría!, protesto —vociferó Burger—. Se trata de

maniobras dilatorias, inadmisibles. El acusado ha reconocido haber tenido en su poder un revólver Smith y Wesson desde las 6, 30, ó 6, 45 de la tarde del 16 de octubre, hasta el día siguiente a las 9, en que lo entregó a las autoridades. En el intervalo, el acusado consultó con Perry Mason, lo contrató como abogado y probablemente le entregó el Colt. El señor Mason, al descubrir que había una habitación libre en el séptimo piso, tuvo tiempo, de sobras, para ocuparla y disparar una bala contra el colchón. Seguidamente, dio órdenes a un detective privado para que fuese a dicha habitación, en la que al señor Mason le fue fácil, a la mañana siguiente, fingir que acababa de descubrir la bala en el colchón.

»Considero que este es un proceder inadmisible que convierte a la defensa en cómplice de…

—¡Un momento! —exclamó el juez, golpeando su mesa con el martillo—. Señor fiscal del Distrito, este Tribunal no autorizará que, en su presencia, se hagan acusaciones de este género. Había usted protestado la pregunta hecha por la defensa en relación con las iniciales, pero después de haber oído la explicación del señor Mason, esta Sala considera que dicha pregunta no es improcedente. La defensa se contenta con preguntar al testigo lo que constituye un hecho evidente, puesto que el testigo no vio a la mujer que retuvo la habitación 728, si no podría tratarse de la joven que más tarde resultó asesinada.

»Por lo tanto, este Tribunal sugiere, señor fiscal del Distrito, que si considera usted importante que la persona que retuvo la habitación 728 acuda a declarar la convoque si entra dentro de lo posible. En caso contrario, si desea demostrar que la persona que reservó el 728 es la misma cuyo cadáver fue encontrado en el 729, incluya en el expediente el registro del hotel y haga acudir a un experto grafólogo que comprobará las diferencias entre las escrituras.

—Y si el experto grafólogo es consultado, Señoría —intervino Mason, sonriendo—, deberá declarar que la Ruth Culvert que firmó en el registro y reservó la habitación 728, es la Rose Calvert cuyo cadáver fue hallado en la 729.

—¡Señoría, Señoría! —aulló Hamilton Burger—. ¡Protesto, pues esta declaración de la defensa está hecha para desorientar al jurado!

—Vamos —dijo el juez—, un poco de calma. Después de todo,

este punto es muy fácil de aclarar. ¿Ha procedido usted a la verificación del registro, señor fiscal?

—No, Señoría —repuso Hamilton Burger, enrojeciendo—. No hemos considerado necesario hacerlo. No nos es preciso comprobar quién firmó el registro del hotel Redfern por la mañana del 16 a fin de deshacer totalmente la teoría falaz que la defensa trata de exponemos.

—En tal caso —dijo secamente el juez—, no entiendo porqué ha considerado preciso convocar al testigo Inskip.

—Queríamos poner en evidencia las tácticas de la defensa.

—Muy bien —dijo el juez—, pero absténgase de hacer observaciones personales. En su lugar, yo también me abstendría de tratar de adivinar, anticipadamente, los planes de la defensa y reducirlos a la nada. Esta manera de actuar no es demasiado hábil. Señor Mason, puede interrogar al testigo.

—No es necesario —dijo Mason.

—Que comparezca el testigo siguiente —ordenó el juez.

—Solicito que Norton Barclay Calvert, marido de la víctima, ocupe el sillón de los testigos —indicó Burger—. Señor Calvert, preste juramento, por favor.

El alguacil acompañó a Calvert, que se instaló en el sillón y juró decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

—Señor Calvert —preguntó el fiscal—, ¿es usted el marido de la fallecida Rose Calvert?

—Sí, señor.

—En el depósito, ¿reconoció usted, formalmente, el cadáver de su esposa?

—Sí, señor.

—¿Cuándo se enteró de que su mujer había muerto?

—Con la venia de la sala —exclamó Mason—, la pregunta es improcedente. El resultado de este proceso no variará cuando se sepa cómo supo el señor Calvert, que su mujer había muerto.

El juez asintió con la cabeza.

—Un momento —exclamó Burger—. Antes de que el Tribunal acepte o rechace la objeción de la defensa, desearía que se me escuchara.

—De acuerdo, señor procurador —dijo el juez De Witt.

—Tenemos intención de demostrar que el testigo se enteró de la

muerte de su esposa a primeras horas del 17 de octubre, mucho antes de que la policía conociera la identidad de la víctima. También demostraremos que el testigo fue informado por el señor Perry Mason, que está actuando de abogado del acusado, y que la única manera como el señor Perry Mason pudo saber este hecho, fue de propia boca de su cliente, el cual, con toda evidencia, había visto y reconocido a la víctima.

El juez De Witt miró a Mason.

—Esto presenta la situación bajo un aspecto distinto —dijo.

—¿Cómo demostrará el señor fiscal que yo sólo pude conocer la identidad de la víctima por mediación de mi cliente? —preguntó Mason.

—Lo demostraremos por deducción.

—No creo necesario proseguir la discusión sobre este punto —intervino el juez—. La declaración del testigo bastará para aclarar los hechos, pero dadas las circunstancias, esta sala rechaza la objeción de la defensa.

—¿Cuándo se enteró usted de que su esposa había sido asesinada? —repitió el fiscal del Distrito.

—Hacia la una de la madrugada del 17 de octubre —repuso Calvert—. El señor Mason me vino a ver a casa para darme la triste noticia.

—¡Puede usted contrainterrogar! —exclamó Burger, triunfalmente.

—¿Recuerda usted la hora en que llegué a su casa? —preguntó Mason a Calvert.

—Debía de ser la una menos cuarto.

—¿Sabe a qué hora me marché?

—Hacia la una y quince minutos.

—¿No le dije que pensaba que su esposa había sido asesinada, después de haber visto fotografías de ella?

—En efecto, yo le enseñé fotografías, pero usted parecía muy seguro de lo que decía. De lo contrario, no se hubiese molestado en venirme a ver a tales horas.

Burger sonrió con satisfacción.

—Se ruega al testigo se abstenga de discutir con la defensa —dijo el juez De Witt—. Debe contentarse con responder a las preguntas que se le hagan.

—¿Dormía usted cuando llegué? —preguntó el abogado.

—Sí.

—¿A qué hora se acostó?

—Entre las nueve y media y las diez.

—¿Se durmió sin dificultad?

—Sí.

—¿No le dije, señor Calvert, que había encontrado su dirección gracias a una carta que había escrito usted a su esposa?

—No lo recuerdo. Estaba aturdido. Lo único que sé es que me anunció usted la muerte de Rose.

—Usted había escrito a su esposa, ¿no es cierto? —insistió Mason.

—¡Protesto! —exclamó el fiscal—. El señor Calvert no es testigo de la defensa.

—No veo la diferencia —indicó el juez—. Prosiga, señor Mason.

—Voy a repetir la pregunta, según las reglas —repuso el abogado—. Señor Calvert, ¿no me dijo usted que había escrito una carta a su esposa?

—No lo recuerdo. Puede ser.

—¿No es igualmente, cierto que su esposa, Rose Calvert, le había escrito para anunciarle que tenía intención de ir a Reno a obtener el divorcio?

—Sí.

—Y cuando yo acudí a verle el 17 de octubre, manifestándole que era abogado, ¿no me declaró usted que no accedería a nada que facilitase las cosas a su esposa?

—Sí.

—¿No especificó que había contestado la carta que ella le había enviado, para notificarle su decisión?

—Creo que sí.

—¿No le expliqué que dicha carta se encontraba en el buzón del apartamento de su esposa?

—No lo recuerdo.

—¡Oh, ya lo creo que sí! —exclamó Mason—. Y el motivo por el que no acudió usted a la policía de Elsinore, después de haberme ido yo, fue que, de repente, comprendió que esa carta haría que las sospechas recayesen sobre usted. Porque usted manifestaba a su esposa que antes la mataría que dejarla casar con otro.

—No dije nada de esto —declaró el testigo, con aire enfurruñado.

—Cuando le hablé de esa carta —prosiguió el abogado—, comprendió usted que había olvidado esta prueba importante y se apresuró a recuperar la carta antes de ir a preguntar a la policía si su esposa había, efectivamente, muerto.

—¡Es falso! —exclamó Calvert.

Mason se volvió hacia los espectadores y, en aquel preciso momento, la puerta se abrió y Myrtle Lamar y Paul Drake entraron en la sala del Tribunal.

—Con la venia de la sala —dijo Mason—, distingo a Myrtle Lamar, que acaba de llegar. Desearía pedirle que se acercara, mientras que ruego al testigo que se ponga en pie.

—¿A qué viene todo esto? —inquirió Hamilton Burger.

—Como ascensorista del hotel Redfern —repuso Mason—, Myrtle Lamar tiene un sistema especial de identificar a la gente. Acérquese, por favor, señorita Lamar.

Mason se dirigió a la barrera que separaba al público del Tribunal, se hizo a un lado para dejar pasar a Myrtle Lamar.

—¡Protesto! —exclamó el fiscal del distrito.

—¿Qué es lo que alega? —preguntó el juez De Witt.

—¡La defensa no puede interrogar dos testigos al mismo tiempo!

—No se trata de esto —repuso el juez—. Por lo que yo veo, la defensa sólo trata de efectuar una identificación.

Mason se encaró con el testigo.

—Tenga la bondad de levantarse.

Calvert obedeció, a regañadientes.

—Debo una explicación al Tribunal —comentó Mason—. La señorita Lamar se entretiene estudiando los pies de todas las personas que utilizan su ascensor, y he observado que el testigo, aquí presente, tiene la costumbre de andar con los pies hacia dentro.

—Un momento —intervino el fiscal, levantándose de su asiento y acercándose a Calvert—: Quiero presenciar esto.

—Señor Calvert —dijo Mason—, en este momento está usted con los pies bien derechos. No siempre está así, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó Calvert.

—¡Oh, no! —exclamó Myrtle Lamar, con voz clara—. Cuando

está distraído tuerce mucho los pies hacia dentro. Trata de engañar a la gente…

—¡Silencio! —ordenó el juez—. Se la ha llamado para que reconozca a alguien, no para que haga una declaración, señorita Lamar. Regrese a su sitio. ¡Testigo, puede volver a sentarse!

Mason se acercó a Calvert, que había obedecido la orden del juez, y le contempló durante un rato.

—Amaba a su esposa, ¿verdad, Calvert? —dijo el abogado, con tono lleno de simpatía.

El aludido asintió con la cabeza.

—Se dijo usted que si no podía obligarla a volver a su lado, nadie más la tendría. Pensó en matarla y después en suicidarse. En el último minuto, le fallaron los nervios y no tuvo valor para eliminarse.

Calvert se agitó en su asiento, contuvo un sollozo y, recuperando el dominio de sí mismo, se irguió.

—Con la venia del Tribunal —dijo Mason—. Dado que las circunstancias son completamente excepcionales, desearía solicitar una suspensión de diez minutos, con el fin de poder hablar con ciertos testigos.

—Me opongo —objetó Burger.

—¿Es verdaderamente necesario? —interrogó el juez.

—Sí, Señoría. La señora Farrell hacía vigilar el piso de Rose Calvert. No estoy demasiado seguro de la hora en que los detectives interrumpieron su vigilancia durante la noche del 16 al 17, pero espero que alguno de ellos pudiese ver al testigo que entraba en el edificio e iba a coger una carta del buzón de la víctima, con el fin de que la policía no pudiera encontrarla, cuando se descubriera la identidad de la misma.

—Protesto de esta declaración hecha ante el jurado —exclamó Hamilton Burger.

—Se ruega a la defensa que se abstenga de hacer tales manifestaciones ante el jurado —dijo el juez De Witt, con tono seco —. Sin embargo, como estas manifestaciones han sido hechas como consecuencia de una pregunta hecha por el Tribunal, éste considera que es justo acordar una suspensión de diez minutos.

Mason se precipitó hacia Paul Drake.

—Haz seguir inmediatamente a Calvert —ordenó.

—Perry —murmuró Drake, en voz baja—. Sabes muy bien que los detectives encargados de vigilar el departamento de Rose Calvert se marcharon a la una y media de la madrugada. Por lo tanto, nadie pudo ver a Calvert cuando se apoderó de la carta…

—Cuando se juega al póker —replicó Mason, en el mismo tono —, a veces uno hace una apuesta, muy importante, teniendo sólo dos ases en la mano. Haz seguir a Calvert. Me da la impresión de que va a tratar de escaparse.

Calvert, que se dirigía hacia la puerta, con aire sombrío, fue interrumpido de repente, por Myrtle Lamar.

—Sabe usted bien —dijo— que fui yo la que le subí en el ascensor hasta el séptimo piso, el día del asesinato y que después volví a bajarle. Al llegar al séptimo, usted me preguntó…

Bruscamente, Calvert empujó a la joven y se puso a correr, en dirección al pasillo.

—¡Deténganle! —gritó alguien—. ¡Detengan a ese hombre!

Dos espectadores trataron de coger a Calvert, y se produjo una breve lucha. Llegaron corriendo dos policías que, cogiendo a Calvert, le colocaron unas esposas en las muñecas.

Capítulo 16

Cuando el juez solicitó al jurado que emitiera un veredicto de inocencia en favor de Jerry Conway, mientras Calvert era conducido a la cárcel, se produjo un verdadero tumulto en la sala. Después, el público se dispersó, lentamente, y Mason, Della Street, Paul Drake y Jerry Conway, se encontraron juntos.

—¿Cómo pudiste adivinar lo que había ocurrido realmente? —preguntó Drake a Mason.

—La idea se iba abriendo camino, lentamente, en mi cerebro, hasta que, de repente, lo vi todo claro.

»El doctor había declarado que Rose había muerto dos horas después de haber comido, pensando que había ingerido esta última comida hacia las cuatro y media de la tarde. En realidad, yo sabía que fue la señora Farrell la que había encargado un almuerzo a esa hora tan tardía, y, también, que Rose Calvert había comido hacia las doce y media. Por lo tanto, la muerte se había producido hacia las dos y media de la tarde. A esa hora, la señora Farrell estaba telefoneándole a usted, Conway. Después, recordé haber hablado a Calvert de la carta que se encontraba en el buzón de su esposa. Y, sin embargo, la policía nos declaró que en el buzón de Rose Calvert no había nada cuando se verificó el registro del departamento. Yo pensé que Calvert acudiría inmediatamente a las autoridades después de mi visita nocturna. En cambio, primero vino a los Angeles a buscar la carta y, después, regresó a Elsinore. Fue entonces, cuando avisó a la policía.

»¡Todo lo demás no era más que una pura baladronada, basándome en las aptitudes especiales de Myrtle, para reconocer los pies de sus clientes!

—En todo caso —rogó Jerry Conway—, voy a pedirle, Perry, que asista a la Asamblea general de accionistas y que les cuente

todo el asunto. ¿Accederá?

—¡Desde luego! —exclamó el abogado.

—En cuanto a Farrell —prosiguió Conway—, pese a toda su astucia, no creo que por ahora consiga apoderarse de la Compañía integral.

Mason se encaró sonriente con Drake.

—Paul —dijo—. Has pagado un buen almuerzo a Myrtle, pero considero que le debemos también una cena opípara.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó la joven—. Mi intervención vale más que esto. ¡Considero que un abrigo de pieles no estaría de más!

Jerry Conway se puso a reír.

—Perry —ordenó—, regale un abrigo de pieles a esta pequeña, e inclúyalo en su nota de gastos.